

La
PERLA
y el
BANDIDO

Mia Heywood



Selecta



La perla y el bandido

Mia Heywood

Selecta

*Para la ciudad de Ronda,
cuna de mi familia.
Y para todas las mujeres en la historia
que rompieron las reglas*

*If adventures will not befall a young lady in her own village,
she must seek them abroad.*

Jane Austen, *Northanger Abbey* (1818)

Capítulo 1

Ronda, mayo 1847

Era una apacible tarde de mayo. El cielo estaba despejado, se escuchaba cantar a las golondrinas y ni una ráfaga de viento se atrevía a enturbiar aquel perfecto día de paseo.

Mercedes había mandado recado a Mari Paz nada más levantarse. Se había asomado a la ventana y había decidido que no podía malgastar aquel día tan precioso encerrada en casa, así que había garabateado una nota y encargado a uno de los criados que la llevara a casa de su amiga y regresara con su respuesta. Por suerte, Mari Paz no tenía compromisos aquel día y aceptó su invitación nada más recibirla.

Salieron a pasear poco después del desayuno, acompañadas de las tías Angustias y Martirio, que caminaban a poca distancia de ellas y comentaban en voz baja los últimos escándalos de la ciudad. Se adelantaron unos cuantos pasos, cogidas del brazo, para poder hablar sin sentirse espiadas, y no tardaron en adentrarse en aquel laberinto de calles adoquinadas, abarrotadas de hombres y mujeres que iban y venían, absortos en sus quehaceres diarios, y de niños que correteaban con sus amigos y se abrían paso a empujones entre la multitud.

Una niña que no debía tener más de seis años se detuvo junto a ellas y se quedó mirando con curiosidad el vestido azul de Mercedes. Ella le hizo un gesto a Mari Paz y paró también al tiempo que enarcaba una ceja. La pequeña, con las mejillas teñidas de rojo, se acercó un paso más. Estiró una mano y, con un movimiento rápido, tiró de su falda, sorprendiéndola, antes de volver corriendo con sus amigas, que estaban en un callejón a pocos metros y no le quitaban los ojos de encima.

—¡Eh, cuidado! —protestó Mari Paz. Negó con la cabeza y se agarró con un poco más de fuerza al brazo de Mercedes mientras la observaba de arriba abajo—. Espero que no te haya roto el vestido.

Ella negó con la cabeza y fijó la vista en el pequeño grupo. Aquellas niñas todavía la miraban, entre risas y cuchicheos. Estaban despeinadas y llevaban la ropa desastrada e incluso alguna mancha en la cara, pero parecían tan felices que, por un instante, deseó poder volver a su infancia, a aquel momento en el que sus únicas preocupaciones eran las nubes que enturbiaban

sus tardes de juego. Aunque su infancia jamás fue como la de aquellas niñas: sus padres jamás le habrían permitido salir así a la calle a corretear.

—¿Estás bien? —le preguntó la tía Martirio nada más alcanzarla.

—Sí, tía, no se preocupe —se apresuró a contestar. Desvió por fin la mirada de aquel callejón y sonrió—. Ha sido solo una niñería, no le dé importancia.

La mujer asintió y las cuatro prosiguieron con su paseo, aunque Mari Paz no dejaba de mirarla de reojo con cierta sospecha.

—¿Qué sucede? —le preguntó en cuanto estuvieron a una distancia prudencial de las dos mujeres—. ¿Es por la boda?

Mercedes contuvo un suspiro. La temible boda. Apenas quedaban unos días para su enlace y cada vez estaba más ansiosa. ¿Y si no había tomado la decisión correcta? ¿Y si se había equivocado al aceptar la propuesta de Francisco? En su momento le pareció la opción más sensata, pero habían pasado tantas cosas en los últimos meses que ya no estaba segura de aquello.

—No deberías estar nerviosa —insistió su amiga al ver la sombra de la duda reflejada en sus ojos—. Francisco es un buen hombre.

—Ya lo sé.

—Sé que es algo nuevo, pero estoy segura de que serás muy feliz con él. Se desvive por ti y te ha comprado una casa maravillosa en Madrid, ¿no?

Mari Paz siguió hablando, pero Mercedes ya no la escuchaba. Su mente estaba muy lejos y el rostro en el que pensaba no era, desde luego, el de su prometido, sino el de cierto poeta inglés que había puesto su mundo completamente del revés.

Había conocido a Leopold poco después de su llegada a Ronda. Un amigo de su padre, que se vanagloriaba de conocer a todos los artistas europeos que se hospedaban en la ciudad en busca de inspiración, los había presentado en una corrida de toros, y no habían tardado en conectar. Leopold era un poeta inglés que estaba viajando por toda Europa buscando una musa y que, al final, la había encontrado a ella. A Mercedes le fascinaron su acento, sus poemas y, sobre todo, su forma de entender la vida; y a él lo cautivaron sus ojos verdes y el desparpajo con el que se enfrentaba a todo. Empezó a mandarle en secreto cartas llenas de versos y, tras muchas miradas indiscretas y encuentros poco casuales, quedaron en verse una noche. Así que, a pesar de los nervios, se escabulló de su dormitorio de madrugada, intentando no pensar en lo que dirían sus padres o Francisco si la descubrían, y recorrió de puntillas los pasillos hasta llegar a la puerta que utilizaba el servicio. Se detuvo antes de abrirla, consciente de que aquel simple gesto lo cambiaría todo para siempre. ¿De verdad estaba dispuesta a hacer algo así? ¿Iba a cruzar aquel umbral y reunirse con Leopold? Una chispa de cordura la hizo retroceder un par de pasos. Todavía podía volver a la cama, olvidarse para siempre de ese poeta y seguir el camino que habían trazado por ella. Sería una anécdota que contar a sus amigas cuando fueran ancianas. Cuando ya todo aquello fuera cosa del pasado, les hablaría de aquel escritor inglés que se había

enamorado perdidamente de ella y había intentado seducirla, y las demás, entre risas, fingirían escandalizarse. Lo meditó durante unos instantes, pero, a pesar de lo tentadora que resultaba la seguridad, no se echó atrás. No podía regresar a su dormitorio y pasarse el resto de su vida preguntándose qué habría pasado si se hubiera atrevido a acudir a su cita aquella noche, si se hubiera atrevido a vivir aquella aventura, así que se armó de valor y salió de casa para reunirse con él.

Leopold la esperaba al final de su calle, para no levantar sospechas entre sus vecinos. La recibió con una sonrisa y besó su mano de forma caballerosa antes de conducirla hasta la posada en la que se alojaba para «enseñarle sus últimos poemas». Mercedes recordaba perfectamente cómo su corazón se aceleró mientras recorría, agarrada de su brazo, las calles por las que tantas veces había paseado con sus hermanas, Francisco o Mari Paz. ¿Qué dirían si se enteraban? La repudiarían. La echarían de su casa y lo perdería todo. ¿De verdad estaba dispuesta a aquello? Pero todas sus dudas se esfumaron en cuanto estuvieron en su habitación. Sus labios acallaron sus temores, sus manos le arrancaron suspiros y sin saber muy bien cómo se encontró desnuda entre sus sábanas mientras sus cuerpos se entrelazaban y él le recitaba versos en inglés al oído.

Aquello volvió a repetirse noche tras noche hasta que Leopold decidió que había llegado el momento de marcharse y Mercedes se quedó sola con un puñado de poemas y un corazón lleno de dudas. Era incapaz de olvidar aquellas manos acariciándola, aquel fuego consumiéndola. Aquel poeta era tan distinto a su prometido... Francisco era un hombre respetable que la trataba bien, pero era calculador y frío como un témpano de hielo. Con él los paseos eran aburridos, casi tediosos, y las veladas podían llegar a convertirse en suplicios silenciosos. No se atrevía a quejarse, puesto que sabía que tenía mucha más suerte que otras mujeres, pero empezaba a arrepentirse de su decisión. A lo mejor se había equivocado al aceptar aquel compromiso.

Francisco había empezado a cortejarla poco después de su diecisiete cumpleaños, para satisfacción de las familias de ambos. Pidió permiso para ir a visitarla, la invitó a pasear e incluso le mandó cartas llenas de galanterías durante sus estancias en Madrid. Ella aceptó sus atenciones desde el principio, aunque no quiso darle demasiadas esperanzas. Francisco tenía un futuro prometedor, su familia era rica y todos en la ciudad estaban convencidos de que llegaría a ser un político importante, pero no sabía si debía casarse con él. Al fin y al cabo, ella heredaría un marquesado y a lo mejor podía optar a un partido aún mejor, así que dejó pasar unos cuantos meses. No obstante, él no se rindió. Continuó visitándola y escribiéndole, dejando más que claras sin intenciones a pesar de que no se atrevió a pedir su mano a su padre hasta poder hablar con ella en privado. Y fue aquella conversación la que lo cambió todo.

Desde el primer momento fue claro con ella. Le dijo que no la amaba y que no esperaba que ella lo hiciera, pero que creía que aquel matrimonio los beneficiaría a ambos. Le aseguró que la llevaría a vivir a Madrid, que nunca le faltaría de nada y que podría contratar a todos los criados que quisiera. Le prometió joyas y vestidos, veladas elegantes y vida en sociedad. Y a cambio solo le pidió dos cosas: el título que heredaría al morir su padre y un hijo que pudiera heredarlo

después.

—Creo que es un acuerdo que nos conviene a ambos, ¿no te parece? Te sacaré de aquí y podrás vivir en la capital. Es lo que quieres, ¿no? Veo cómo relucen tus ojos cada vez que hablo de Madrid. Acepta mi propuesta y podrás marcharte para siempre.

Mercedes no tuvo que pensárselo. Asintió lentamente y aceptó la pulsera que le regaló. En aquel momento no le pareció un precio demasiado caro para poder vivir su vida más allá de los muros de su ciudad natal.

En cuanto Francisco consiguió el permiso de su futuro suegro, fecharon la boda. No obstante, apenas unas semanas antes de su celebración, tuvieron que posponerla puesto que la abuela de Mercedes falleció y su familia debía respetar el período de luto riguroso. Cuando este por fin terminó y la chica consiguió de nuevo el beneplácito de su padre, eligieron una nueva fecha, pero tuvieron que retrasarla de nuevo. La situación política en el país estaba bastante revuelta, así que a él no le quedó más remedio que trasladarse durante unos meses a Madrid para resolver unos asuntos con el partido.

Sin embargo, justo en ese momento, cuando la fecha definitiva al fin se acercaba, ella ya no estaba segura de su decisión. Después de haber conocido lo que era la auténtica pasión era incapaz de imaginar toda su vida al lado de un hombre al que no deseaba. No quería vivir en un mundo pequeño y monótono junto a un marido de hielo. No quería que todos sus días fueran iguales. Madrid y su sociedad ya no le parecían suficientes. Leopold le había hablado de tantísimos lugares que la idea de no poder salir nunca de una casa le resultaba aterradora. Si ni siquiera iban a tener una luna de miel porque Francisco solo pensaba en asentarse en la capital para avanzar en su carrera política, ¿qué aventuras podía esperar de aquel matrimonio?

—Quizás deberíamos volver. —Mari Paz se detuvo, haciéndola regresar a la realidad, a aquella calle abarrotada y a aquella mañana del mes de mayo—. Pareces indisputada.

—Estoy bien —contestó mientras fingió una sonrisa—. Son nervios, eso es todo.

—¿De verdad?

—Te lo aseguro. —Tiró levemente de su brazo, instándola a caminar de nuevo—. Estaba pensando en el viaje y todo lo que nos espera en Madrid.

Mari Paz asintió, más tranquila, y siguieron andando hasta que a lo lejos vislumbraron tres figuras muy conocidas que hicieron que Mercedes tuviera que contener un suspiro. Definitivamente aquel paseo no había sido buena idea.

Su madre, su futura suegra y el sacerdote que oficiaría su enlace en la colegiata de Santa María la Mayor acababan de girar la esquina mientras conversaban de forma animada. Las dos mujeres pasaban mucho tiempo juntas ultimando los preparativos para el enlace que sus despreocupados hijos no se habían molestado en organizar. A Mercedes aquel matrimonio cada día le interesaba menos y, si por Francisco hubiera sido, se habrían casado en cualquier iglesia de paso con las maletas en la mano, pero ninguna de sus familias estaba dispuesta a consentir aquello, así que se estaban encargando de que la boda fuera aún más sonada que la de la reina Isabel y la infanta

María Luisa.

Nada más verla, su madre le hizo un gesto y Mercedes se acercó con la mejor de sus sonrisas dibujada en el rostro. Ver a aquel sacerdote le provocaba incluso arcadas, pero no podía permitir que descubrieran lo que le sucedía.

—Buenos días —saludó—. ¿Cómo están?

—Muy bien, querida —contestó Fernanda, la madre de Francisco, sonriendo también—. Su madre y yo hemos decidido salir también a pasear y visitar la iglesia para ultimar los preparativos. Queda ya muy poco para el gran día.

—Apenas unas semanas. —Carraspeó, un poco incómoda, y miró hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los de Mari Paz y le suplicó ayuda de forma muda. Necesitaba una excusa para no tener que hablar de sus nupcias, pero su amiga no pareció entenderla.

—Fernanda me comentaba que Francisco tendrá que ausentarse unos días, pero que regresará a tiempo para la ceremonia —añadió su madre, obligándola a mirar de nuevo al frente.

—Sí, ya lo sé, madre. Tiene una reunión con miembros del partido, pero solo estará fuera una semana, dos a lo sumo. No se preocupe.

—Me sorprende que no me lo comentaras.

—No lo consideré importante —se excusó—. Es solo un viaje más.

—Había pensado pasarme luego por su casa para ver el vestido —añadió su suegra al notar cómo el ambiente se tensaba entre madre e hija—. Ya está terminado, ¿verdad? Me encantaría ver cómo le queda.

—Estoy seguro de que será la novia más guapa que ha visto Ronda en mucho tiempo —intervino el párroco—. Francisco es un joven afortunado por poder desposarla.

Por suerte para ella, sus tías llegaron justo en aquel momento y no tuvo que responder a aquellos comentarios que tan incómoda la habían hecho sentir. Saludaron a las dos mujeres y al sacerdote y desviaron el tema de conversación. Mercedes suspiró aliviada y se alejó unos pasos.

—Tengo que salir de aquí cuanto antes—le dijo a Mari Paz en un susurro—. ¿Me invitas a comer a tu casa? Así tendremos una excusa para irnos.

—Sabes que siempre eres bienvenida, pero no entiendo qué sucede. —Frunció ligeramente el ceño—. ¿Por qué no quieres esperar a tu madre y tus tías?

—No quiero seguir hablando de la boda hoy. Por favor, Mari Paz.

—¿Pero te han dicho algo? ¿Hay algún problema?

—No, pero necesito marcharme —insistió. La agarró de las manos y le dedicó una mirada de súplica—. Ya te he dicho que estoy nerviosa y todos esos comentarios...

Su amiga asintió de forma comprensiva. Aún recordaba los días previos a su propio enlace y lo agobiada que se había sentido por culpa de todos los que la rodeaban. Así que se acercó al grupo y, tras saludar, les explicó que tenía que marcharse, pues su marido debía estar a punto de regresar de un compromiso, y que Mercedes se quedaría a comer con ellos.

—Un criado la acompañará luego a casa, no se preocupen —les dijo—, pero debemos partir

ya.

Su madre quedó conforme y las dos chicas se fueron, aunque Mercedes no pudo evitar echar la vista atrás. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al ver que toda aquella comitiva la observaba como si fuera una piedra preciosa, una perla recién encontrada.

Para ellos la boda era el evento de la década, pero ella no dejaba de pensar en las cadenas que estaban a punto de imponerle y de las que, por muchas vueltas que le daba, no sabía cómo escapar.

Capítulo 2

Mercedes se miró en el espejo mientras se acariciaba la falda del vestido verde que su suegra le había regalado hacía apenas unas semanas y que su madre le había obligado a ponerse para aquella velada. Suspiró sin poder evitarlo. ¿De verdad tenía que bajar? Llevaba todo el día fingiendo que estaba emocionada por la cena, pero no era más que una patraña que sus padres jamás descubrirían.

No era la primera vez que Mercedes mentía a su familia. Desde que era una niña había aprendido que la forma más rápida de salirse con la suya era ocultarles sus emociones e intenciones, así que había perfeccionado el arte de la mentira y se había convertido en una auténtica experta. De hecho, mentía con tanta facilidad que si era cierto aquello de «no darás falso testimonio ni mentirás», le vetarían la entrada al paraíso por toda la eternidad. Aunque no le importaba demasiado lo que pudiera sufrir su alma inmortal en el cielo mientras pudiera conseguir todo lo que quisiera en la tierra.

—¿Todavía no estás lista? —Amalia, la más pequeña de sus hermanas, entró a su dormitorio y la miró de arriba abajo con una ceja enarcada—. Pero si ya estás vestida. ¿Por qué sigues aquí? Todos te esperan abajo. Los señores De los Ríos están a punto de llegar.

Mercedes se miró una última vez en el espejo y se giró fingiendo la mejor de sus sonrisas a pesar de que no le apetecía en absoluto cenar con la familia de Francisco y escuchar a su futuro suegro parlotear sobre lo afortunada que era por poder casarse con un «futuro presidente». Como si ella no fuese la heredera de una fortuna y un marquesado. Como si él no ganara nada con aquel matrimonio.

—Estaba retocándome —mintió con cierta indiferencia.

No pensaba explicarle cómo se sentía a una niña de catorce años que apenas conocía el mundo, así que se limitó a actuar como siempre y esperar que ella no hiciera preguntas indiscretas. Si sus padres no se daban cuenta de sus mentiras, ¿cómo iba a hacerlo su hermana?

—¿Quieres estar guapa para Francisco?

—No seas metomentodo, Amalia.

—Es que siempre vas muy guapa cuando vienen a casa.

—Tú también y no te hago preguntas inapropiadas.

Amalia enrojeció y fijó la mirada en sus manos. No era tan elegante como sus hermanas mayores, pero aun así creía que era bonita. Todos decían que había heredado los mejores rasgos de las tres: tenía los mismos ojos que Mercedes, el pelo de Eugenia y la sonrisa de Margarita. Sin embargo, ser la pequeña significaba pasar siempre inadvertida. Y aquel día quería brillar un poco, ya que por una vez le permitían asistir a la cena. Sabía que solo lo hacían porque Mercedes y Francisco iban a casarse, así que los De los Ríos eran prácticamente parte de la familia, pero quería sentirse especial. Sobre todo porque Luis también estaría allí y sus miradas no le habían pasado inadvertidas.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Su voz fue apenas un murmullo y Mercedes sintió una chispa de curiosidad, aunque intentó ocultarla lo mejor que pudo.

—¿No decías que todos nos esperaban?

—Sí, pero esto es importante y solo te lo puedo preguntar a ti —insistió. Dio un par de pasos y cogió la mano de su hermana—. Mercedes, ¿cómo sabes si estás enamorada?

La mayor tuvo que contener un bufido. ¿Enamorada? ¡Como si ella creyera en esos cuentos de viejas! El amor era para las heroínas de las novelas y las incautas, no para las mujeres con los pies en la tierra. Mucho menos para la gente como ellas que no podían dejarse llevar por las emociones a la hora de elegir marido.

—¿Por qué quieres saber eso? —Se soltó y la miró con una ceja enarcada—. ¿Hay algo que debería saber?

—Creo que estoy enamorada —confesó. Se mordió el labio y contuvo una risa nerviosa—. Creo que... Creo que amo a alguien.

Mercedes dibujó una mueca de sorpresa. Aquello no le gustaba en absoluto. Amalia no era más que una niña ingenua con la cabeza llena de pájaros de la que cualquier joven avisado podría aprovecharse. Podría obligarla a hacer cosas de las que después se arrepentiría, cosas que podrían arruinar su reputación para siempre.

—No digas tonterías, Amalia. No estás enamorada.

—¡Claro que lo estoy!

—Oh, ¿y puede saberse de quién?

La pequeña enrojeció. Le daba vergüenza admitir delante de su hermana que estaba enamorada del hermano de Francisco. Luis apenas le sacaba tres años y desde la primera vez que se vieron notó su interés. Siempre que coincidían intentaba sentarse a su lado y más de una vez le había susurrado palabras de forma disimulada al oído. Era agraciado y simpático y ella solo esperaba que en unos años, cuando la presentaran en sociedad, empezara a cortejarla y acabara por pedirle matrimonio.

—Es un secreto.

—Eso quiere decir que sé quién es el afortunado —replicó Mercedes. Se acercó un poco más a

su hermana y la escrutó con la mirada—. No conoces a tantos jóvenes. No me será difícil adivinarlo.

—Mercedes...

—¿Es Carlos, el nieto de doña Adela?

—Claro que no.

—¿Fernando, el hermano de Carlota?

La expresión de Amalia no cambió, así que su hermana siguió insistiendo hasta que la pequeña enrojeció y supo que había dado con el nombre correcto. Menos mal que no era tan buena mentirosa como ella.

—¿Luisito? ¿De verdad?

Mercedes casi contuvo un suspiro de alivio. Al menos no era ningún galán que fuera a destrozarle el corazón. Luis era encantador, pero totalmente inofensivo. Al menos de momento.

—No se lo digas a nadie, por favor. —Amalia la agarró de las manos y le dedicó una mirada suplicante—. No quiero que madre se entere.

—¿Y por qué debería enterarse? —Mercedes puso los ojos en blanco—. Sois dos niños, no creo que os fuguéis.

—¡Por supuesto que no! —Sus mejillas se tiñeron de rojo y apartó la mirada de su hermana. Aunque una fuga por amor le parecía un gran gesto romántico, sabía que no sería capaz de hacerle eso a su familia—. Yo jamás me escaparía.

—Más te vale, Amalia. No quiero que cometas ningún error.

—¿Crees que casarme con Luis sería un error? ¡Pero si tú vas a desposarte con su hermano!

Mercedes no contestó. Amalia era demasiado joven para entender lo que le estaba sucediendo en aquel momento. No podía contarle que había cometido un error al aceptar aquella proposición, que ya no quería casarse con Francisco y convertirse en un mero objeto decorativo, un adorno que él colgaría de su brazo y pasearía por reuniones de sociedad hasta que se cansara y la dejara relegada a su casa. Su hermana era solo una niña ilusionada que había leído demasiadas novelas románticas, así que no comprendería que entre ellos no había ni un ápice de amor, que su compromiso siempre fue una mera transacción económica y que ni siquiera aquello le valía ya.

Algún día hablaría con ella y le explicaría cómo funcionaba realmente el matrimonio, pero todavía no había llegado el momento. Lo mejor sería dejarla creer en aquellos cuentos un poco más.

—Deberíamos irnos. Padre se enfadará con nosotras si nuestros invitados llegan y los hacemos esperar.

—No has contestado a mi pregunta —insistió—. ¿Crees que sería un error?

Lo meditó durante unos instantes y decidió que lo mejor sería simplemente decirle lo que quería escuchar. ¿Qué más daba una mentira más? Así que le dio un beso en la frente y sonrió.

—Creo que eres demasiado joven para pensar en el matrimonio, pero sé que Luis será un buen marido llegado el momento.

—Gracias, Mercedes. —La abrazó, mucho más tranquila—. Eres maravillosa.
—Ya lo sé.

El mayordomo recibió a Francisco y su familia, que llegaron a la hora acordada, y los condujo hasta la salita en la que los estaban esperando los marqueses y sus hijas, vestidos con sus mejores galas y joyas. Se saludaron de forma protocolaria e intercambiaron las típicas preguntas de cortesía. Hablaron del tiempo, de la salud de algunos amigos comunes y, para disgusto de Mercedes, de la inminente boda.

En cuanto la cena estuvo servida, pasaron al comedor, aunque Francisco se quedó algo rezagado e hizo un pequeño gesto que Mercedes no tardó en entender. Asintió de forma casi imperceptible y aguardó hasta que todos hubieron salido de la sala. Sabía que tenía que contarle algo en privado.

—¿Qué sucede? —preguntó en cuanto se quedaron solos.

—Me ha llegado una carta de un colega hace un rato. Noticias de Madrid.

—¿Algo que deba saber?

—Quieren que me instale allí cuanto antes. Los carlistas no paran de dar problemas y el Gobierno es un caos. Desde que Istúriz dimitió nadie consigue hacerse con el control, así que necesitan que vayamos a hacer presión.

—¿Y...?

—Han pensado que quizás podríamos introducirte en ciertos círculos.

—¿A mí? —Mercedes se cruzó de brazos, a la defensiva. Aquello no le daba buena espina—. ¿Por qué?

—Eres noble.

—Ni que mi padre fuera el duque de Alba.

—Un título, por humilde que sea, siempre abre puertas. Podrás moverte en determinados ambientes y conocer a personas importantes. Serás bienvenida en la corte incluso.

—¿Crees que la reina o alguno de sus amigos me prestaría atención? No seas tan inocente.

Francisco la miró fijamente durante unos instantes y la recorrió de arriba abajo con la mirada. Había días en los que se preguntaba si aquel matrimonio tendría sentido, pero otros sabía que no había errado al elegirla. Conocía a Mercedes y sabía que detrás de aquel rostro angelical se escondía una mentirosa capaz de engañar a toda la corte y al Gobierno. Quizás ella no se diera cuenta de la cantidad de puertas que ese par de ojos podrían abrirles, pero él pensaba utilizarlos para llegar hasta la cima.

—No te infravalores.

—No voy a ser una pieza de tu juego político, Francisco.

—No te estoy pidiendo que seas la amante del rey.

—Porque ambos sabemos que te preferiría a ti —replicó, cada vez más a la defensiva—. No pienso participar en esto.

—¿No querías emociones? —Se acercó un poco más y bajó el tono de voz para que nadie pudiera oír sus susurros—. ¿No querías huir de los muros de esta ciudad?

—Este nunca fue el trato. No me dijiste que tendría que convertirme en un arma.

—Te prometí vida en sociedad y eso es lo que tendrás.

—Pero no así. No es lo que quiero —dijo con firmeza. Le sostuvo la mirada y dejó caer los brazos—. Os pasáis la vida diciéndonos que no entendemos de política y que no podemos dar nuestra opinión, pero no os tiembla el pulso a la hora de utilizarnos. Yo no soy ninguna carta que puedas lanzar cuando se te antoje.

—Ya discutiremos esto después de la boda.

—Quiero discutirlo ahora.

—No es el momento apropiado. Nos esperan para cenar y dudo que quieras que nuestros padres se enfaden.

—Creerán que somos dos enamorados que se han entretenido hablando de su brillante futuro.

—¿Engañas así a las personas que te dieron la vida y crees que no podrás hacerlo con completos desconocidos? —Francisco sonrió. Cogió su mano y se la llevó a los labios de forma casi caballerosa. Aunque ella ya lo conocía demasiado bien y aquel gesto no iba a conmoverla—. Vamos a llegar muy lejos juntos, Mercedes. Ya lo verás.

Tuvo que morderse la lengua para no responder que no iría a ningún lugar, ni lejos ni cerca, con él. Ella no tenía alma de política y no pensaba verse envuelta en oscuras conspiraciones solo para que Francisco pudiera conseguir su tan preciado sillón. Cada vez estaba más segura de que huir de aquel enlace era la opción correcta.

—¿Podemos marcharnos ya? —insistió, casi sin separar los labios del dorso de su mano—. No quiero que sospechen.

Mercedes asintió de mala gana, se agarró a su brazo y dejó que la condujera hasta el comedor, donde los demás los esperaban ya sentados. En cuanto cruzaron el umbral, interrumpieron sus conversaciones y ellos, al sentirse el centro de atención, fingieron sus mejores sonrisas. Debían aparentar ser algo que no eran. Francisco la acompañó hasta su sitio, retiró la silla y la ayudó a acomodarse antes de sentarse a su lado.

—¿Nos hemos perdido algo importante?

—No mucho, hijo —contestó su padre—. Los marqueses nos han invitado a su finca este sábado.

—Yo estaré en Madrid —se excusó—. Me marcho el mismo sábado y volveré apenas un par de días antes de la boda.

—Lo sabemos, pero nos gustaría invitar a los demás a pasar el día —intervino Cayetana, la madre de la joven—. Acabamos de terminar las obras de mejora y nos gustaría que vierais la nueva entrada y el jardín norte.

—Iremos encantados.

Mercedes desvió la mirada y sonrió al ver a Luis diciendo algo en voz baja a Amalia y a ella riendo de forma disimulada. Al menos alguien estaba sacando algo bueno de aquella reunión.

—La verdad es que el nuevo jardín ha quedado precioso —explicó Eugenia—. Podría ser el escenario de uno de esos poemas bucólicos que tanto le gustan a Mercedes.

—¡Siempre con esas tonterías! —El padre de la chica bufó—. Francisco, debería prohibirle leer tantos poemas. No son más que una pérdida de tiempo.

—Dudo que pueda hacerlo —contestó la aludida antes de beber un sorbo de vino—. Usted no lo ha conseguido, padre.

—Con un poco de suerte, marqués, cuando se quede embarazada se olvidará de todos esos libros y se centrará.

Mercedes estuvo a punto de atragantarse y escupió el vino en la copa, sorprendida por aquel comentario tan inapropiado. Su madre la regañó con la mirada y ella se limpió con una servilleta, sin dejar de toser. Aquellas palabras habían superado todos los límites de la decencia. ¿Cómo podían estar hablando de aquello en mitad de la cena delante de sus hermanas pequeñas?

—Creo que no es un tema apropiado para la mesa, padre —intervino Francisco, visiblemente incómodo—. No queremos hacer enrojecer a las damas.

—Francisco, por Dios...

—Es solo una broma, madre. No se escandalice usted también.

Mercedes contuvo un suspiro de alivio al darse cuenta de que habían dejado de observarla. Sabía que se había comprometido a tener un hijo al aceptar aquella boda, pero le daba auténtico pavor pensarlo. Un bebé sería el último eslabón de su cadena y no estaba dispuesta a destrozarse la salud y la vida solo para que sus familias y Francisco fueran felices. Cada vez estaba más convencida de que no podía seguir adelante. No cuando aquello significaría perderse a sí misma y convertirse en un mero títere en manos de un político sin escrúpulos.

Tenía que escapar de aquel matrimonio.

Capítulo 3

La casa de los marqueses de Arquería estaba casi en completo silencio. Juan estaba resolviendo unos asuntos de negocios y Eugenia, Margarita y Amalia habían salido a hacer unas visitas con su madre, por lo que Mercedes se había quedado sola. Había fingido un dolor de cabeza para escabullirse de aquellos compromisos y se había encerrado en la salita con un libro al que no estaba prestando atención. Tenía demasiadas cosas en la cabeza en aquel momento como para centrarse en las páginas abiertas frente a ella. Habían pasado ya dos días desde la cena, pero desde esa noche sentía un agujero en el pecho que amenazaba con asfixiarla. Todo lo que había sucedido la había puesto aún más alerta y había convertido su corazón y su mente en un huracán de pensamientos y sensaciones.

Sabía que debía impedir aquella boda, que tenía que marcharse antes de que fuera demasiado tarde y acabara encadenada, siendo una mera pieza del rompecabezas político que Francisco trataba de resolver. Si de verdad quería ser libre y recorrer el mundo, tendría que ser rápida. Y, sin embargo, no se atrevía a dar ningún paso. A pesar de su espíritu aventurero, de sus ansias de libertad, era incapaz de romper el compromiso, recoger sus cosas y huir.

Al fin y al cabo, la habían educado para cumplir con sus obligaciones.

Desde que era pequeña todos le habían dejado claro cuál era su destino: encontrar un buen marido, tener hijos con él a los que poder legar su título y convertirse en una dama respetable. Era la heredera del marquesado, así que todos esperaban que acatara su deber sin discutir ni rechistar. No podía poner en evidencia a la familia, ni exponerla a la censura de la sociedad. El marquesado ya había pasado por algo así y la marquesa viuda, la abuela de Mercedes, había dejado muy claro desde su más tierna infancia que no estaba dispuesta a permitir que un escándalo salpicara de nuevo a su familia. Por ello le habían repetido hasta la extenuación que el amor era algo que solo encontraría en las novelas, como la magia, y que debía elegir a su futuro esposo con la cabeza, poniendo siempre los intereses familiares por delante de cualquier sentimiento volátil que pudiera arruinarlo todo. Y aquello era exactamente lo que había hecho: se había comprometido con un hombre pudiente dispuesto a darle el futuro que merecía. Él le había ofrecido una buena vida en Madrid y ella había aceptado, puesto que siempre había creído que

un matrimonio debía cimentarse sobre eso.

Pero entonces llegó Leopold y puso su mundo del revés al descubrirle una parte de sí misma que ni siquiera sabía que existía. Una parte que solo ansiaba ser libre, vivir aventuras y viajar con lo puesto a todos los lugares sobre los que había oído hablar. Quería conocer las Tierras Altas de Escocia, la costa italiana y las grandes ciudades de Europa. Quería correr por la campiña inglesa y surcar el océano hasta llegar a América. Y, para lograr eso, debía escapar de Francisco y la boda. No podía encadenarse a un hogar solo porque su abuela le hubiera dicho antes de morir que debía buscar un marido rico que le proporcionara la vida que estaba acostumbrada a vivir. No podía tener hijos solo porque las familias de ambos lo esperaran. No podía convertirse en una pieza del juego político solo porque Francisco lo necesitara.

El reloj dio las once y media, rompiendo aquel silencio casi sepulcral. Mercedes suspiró. Su familia no tardaría en regresar para el almuerzo y ella tenía que recuperar la compostura, así que se enderezó y dejó el libro sobre la mesa. No había sido capaz de leer ni una línea en toda la mañana.

El sonido de la puerta a lo lejos la sacó de nuevo de sus pensamientos. Oyó los pasos del mayordomo seguido de voces amortiguadas y aguzó el oído, intentando descubrir de quién se trataba. Su padre no solía pararse a hablar con el servicio y sus hermanas eran bastante más escandalosas que aquel inesperado visitante. Escuchó susurros insistentes y, finalmente, más pasos por el pasillo. Frunció el ceño. No sabía quién se atrevía a visitarles casi a la hora de comer, pero había dado orden expresa de que nadie la molestara, así que esperaba que fuera algo grave.

El mayordomo entró a la salita, con expresión preocupada. La miró desde la entrada durante unos instantes, sin saber muy bien qué hacer. Parecía temer enfadarla.

—Siento mucho molestarla —dijo tras unos segundos eternos—, pero tiene visita, señorita.

—Hoy no recibo a nadie —le recordó a pesar de que estaba segura de que no se había olvidado de aquello—. Dígale a quien sea que estoy indispuesta y que tendrá que volver en otro momento.

—He intentado explicárselo, pero la señorita... Perdón, la señora de Urquijo ha insistido.

—¿Mari Paz?

Su mayordomo, después de tantos años trabajando para ellos, aún no se había acostumbrado a tratar a Mari Paz como a una señora casada y a menudo seguía refiriéndose a ella como «señorita».

—Dice que necesita hablar con usted de inmediato. Se trata de un asunto de vital importancia.

—¿Y a qué espera para hacerla pasar? ¡Rápido!

El hombre salió de forma apresurada, dejando la puerta entreabierta. Mercedes se peinó rápidamente con los dedos, un poco preocupada. Esperaba que su amiga se encontrara bien.

Apenas unos segundos después, Mari Paz, que estaba pálida y parecía bastante nerviosa, entró a la habitación precedida por el mayordomo.

—Gracias, ya puede marcharse.

Él asintió y salió, cerrando aquella vez la puerta tras de sí. Ambas chicas se miraron durante unos instantes, en silencio, hasta que Mercedes señaló uno de los asientos libres y Mari Paz se sentó.

—Perdona por presentarme sin avisar y por insistir para verte —se disculpó—. ¿Te encuentras bien?

—Es solo una jaqueca, no te preocupes. —Le quitó importancia con un gesto y sonrió—. ¿Y tú? ¿Ha sucedido algo?

—Tengo una noticia que darte.

—¿Debería asustarme? Estás pálida. ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Se encuentran todos bien en tu casa?

—Sí, todos están bien —se apresuró a responder—. No te traigo malas nuevas.

—¿Y entonces por qué pareces tan nerviosa?

—Porque ha sido... inesperado. —Suspiró—. Estoy en estado.

El silencio se hizo en la habitación y Mercedes sintió que el agujero de su pecho crecía. Sabía que su amiga llevaba ya varios meses casada y que aquello era lo habitual, pero su noticia le había hecho recordar las palabras de su futuro suegro durante la cena. Sabía que, en cuanto desposara a Francisco, todos comenzarían a presionarla para que diera a luz al perfecto heredero con el que ambas familias soñaban desde que anunciaron el compromiso.

—¿No te alegras?

La voz de su amiga la trajo de nuevo al presente. En menos de un segundo recuperó la compostura, sonrió y asintió. Mari Paz no podía darse cuenta de lo mucho que la preocupaba todo aquello.

—¡Por supuesto! Es una noticia maravillosa. ¿Lo sabe ya tu familia?

—Solo Fernando. —La chica bajó la mirada y empezó a jugar con la tela de su falda—. Está muy contento. Tenía muchas ganas de que esto pasara y todos los meses se llevaba un disgusto al ver que tanto, eh, esfuerzo no germinaba.

Mercedes la observó durante unos instantes y frunció el ceño. Puede que Fernando estuviera exultante por la noticia, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que Mari Paz no se sentía así.

—¿Y tú? ¿Estás contenta?

—¿Yo? —Volvió a suspirar y se encogió de hombros—. Creo que eso no importa.

—Claro que importa. Es tu vida. Es tu... tu cuerpo.

—Mercedes, siempre supe que sería madre. Todas lo seremos, ¿no? En cuanto os caséis, Francisco te pedirá un hijo y tú también tendrás que dárselo. Es lo que debemos hacer, nuestro destino.

—Ya lo sé, pero creo que una noticia tan importante debería hacerte, al menos, sonreír. Y pareces apenada.

Mari Paz guardó silencio. No era estúpida y sabía que aquello no la hacía feliz. Nunca se había planteado si quería tener o no hijos, pero nadie le había dado opción. Nunca le habían preguntado si quería ser madre, nunca había hablado del tema con nadie. Además, Fernando asumió, desde el principio de su matrimonio, que tendrían muchos hijos, así que aquella noticia lo había convertido en el hombre más feliz de Ronda y toda la serranía.

—Son solo nervios —mintió—. Ya sabes que mi tía murió dando a luz a mi prima cuando éramos niñas y me da miedo que algo así me suceda a mí también. Sé que esas complicaciones se presentan solo de forma ocasional, pero no puedo evitar estar algo asustada.

—Es normal tener miedo a lo desconocido, pero a mí no tienes que mentirme. —Mercedes se acercó un poco y la cogió de las manos. Mari Paz nunca había sabido disimular, así que no se había creído aquella excusa—. ¿De verdad que no te aflige nada? Sabes que puedes contarme lo que sea.

—Te lo aseguro —mintió de nuevo—. Estoy convencida de que pronto todos mis miedos se disiparán.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites y siempre lo estaré —insistió su amiga—. Así que, si tú estás contenta con esta situación, yo también lo estaré. Si tú quieres ser madre, yo seré la primera en celebrar el nacimiento de tu bebé. Pero no tienes que mentirme porque jamás voy a juzgarte.

El silencio se hizo de nuevo en la habitación y Mari Paz volvió a clavar la vista en su vestido. Confiaba en Mercedes y sabía que podía contarle la verdad, que sería su confidente como siempre había sido, que la escucharía sin juzgarla. Al fin y al cabo, para eso había ido a verla: para poder dar aquella buena nueva sin tener que fingir una sonrisa perfecta. Quizás ella pudiera entenderla.

—¿Y si no lo estuviera? —se atrevió a murmurar.

—Entonces también te apoyaría. Siempre lo haré.

—Es que a veces... —Se mordió el labio con fuerza. ¿Cómo iba a decir aquello en voz alta?

—¿A veces qué? —la animó. Apretó con un poco más de fuerza sus manos y sonrió—. Venga, cuéntame.

—Sé que la noticia debería haberme hecho feliz, pero solo siento un terrible desasosiego que amenaza con volverme loca —confesó por fin, todavía con la vista gacha—. No debí permitir que esto pasara, pero ¿qué podía hacer? Fernando estaba tan empeñado... ¡Y mis padres! Mis padres no paran de preguntarme cuándo voy a darles un heredero. Mi hermano no parece muy interesado en el matrimonio y ellos están preocupados por el linaje familiar, así que todos los meses mi madre me interroga para saber que todo va bien y cumplo con mis deberes matrimoniales. Por no hablar de mi suegra, que ha ofrecido dinero a mi doncella para que le cuente todos los detalles de nuestra vida matrimonial y de mis días.

—Pero ellos no pueden tomar esas decisiones por ti.

—Ah, ¿no? —Negó con la cabeza—. Son mi familia y Fernando es mi marido, Mercedes.

—Si no quieres tener ese hijo, hay... —se acercó un poco más y, temerosa, bajó el tono de voz— soluciones.

—Por Dios. —Mari Paz soltó sus manos y la miró, escandalizada—. ¿Cómo puedes insinuar algo así?

—Es una opción —se defendió—. Quizás no sea la más segura, pero si no quieres tenerlo, no pueden obligarte.

—No puedo hacer eso y tú no deberías ni siquiera insinuarlo. ¿Sabes lo que dirían de ti si supieran lo que me has sugerido? Además, ni siquiera deberías saber esas cosas.

—Una dama debe estar preparada para todo.

—Mercedes...

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. No pueden pretender que no sepamos nada de la vida. Sé que hay formas de no quedarse encinta, no soy ingenua.

Mari Paz la miró de arriba abajo, con los ojos ligeramente entornados. Sabía que Mercedes le ocultaba cosas, pero no estaba segura de hasta dónde había sido capaz de llegar su amiga. Ni con quién. Porque estaba convencida de que Francisco no era precisamente un amante apasionado, ni los dos una pareja enamorada incapaz de esperar a la noche de bodas. Aunque no era quién para juzgarla. Ella estaba tan enamorada de Fernando cuando la estaba cortejando que lo había colado en su casa una noche antes siquiera de que le propusiera matrimonio.

—¿Francisco...?

—No, por supuesto que no —la interrumpió antes de que pudiera terminar la pregunta—. Y ahora no hablamos de mí, sino de ti. No quiero que seas infeliz, Mari Paz.

—No lo seré —murmuró—. Sé que tardará en encajar y que tendré miedo, pero al final lo aceptaré. Fernando y yo nos queremos de verdad y esto es fruto de nuestro amor.

Se tocó el vientre y Mercedes asintió. No terminaba de creerse aquello, pero si Mari Paz quería seguir adelante, ella solo podía apoyarla.

—Entonces te prometo que estaré a tu lado.

La abrazó, aunque no tardó en sentir de nuevo aquella quemazón en el pecho. Sentía cómo estaba a punto de terminar la cuenta atrás que la llevaba a una jaula de oro en la que no quería estar, a una vida que no quería vivir. Si finalmente se veía obligada a pasar por el altar, podría intentar luchar contra ello un tiempo, usar todos los métodos conocidos y por conocer para evitar un embarazo, pero sabía que tarde o temprano tendría que ceder, que no podría esquivar sus deberes matrimoniales para siempre. Francisco la haría ceder. Al fin y al cabo, se había comprometido a darle un hijo que pudiera heredar su título.

La quemazón subió hasta su garganta y tuvo que aferrarse con más fuerza a su amiga para no desfallecer. Le costaba respirar y los ojos le escocían. No podía hacer aquello. No podía seguir adelante. Se lo habían dejado bastante claro durante aquella cena: después de la boda, su vida dejaría de pertenecerle y no sería más que un peón del juego político de Francisco y un recipiente para sus hijos. Llevaba toda la mañana dándole vueltas a lo mismo, tratando de aclarar sus ideas,

pero aquella visita había sido la gota que había colmado el vaso.

—Estás temblando —susurró Mari Paz. La sostuvo contra sí, casi acunándola—. ¿Qué sucede?

—Nada —mintió.

Su voz sonó ahogada y tuvo que esforzarse para no ponerse a llorar.

—Mercedes...

No contestó. No podía decir nada sin delatarse. Y en aquel mismo instante supo que no había vuelta atrás, que su decisión estaba tomada a pesar del miedo y de todo lo que le habían inculcado desde pequeña. No tenía ningún plan, pero le daba igual. No podía dejar que la empujaran hacia aquel sendero. No podía consentir que le impidieran viajar, soñar y ser libre. Tenía que marcharse cuanto antes.

No pensaba esperar ni un solo día más.

Capítulo 4

Mari Paz se marchó en cuanto la madre y las hermanas de Mercedes regresaron, pero a esta la sensación de desasosiego no la abandonó en todo el día. No fue capaz ni siquiera de beber agua durante el almuerzo y tuvo que fingir que estaba indispuesta de nuevo para librarse de preguntas inoportunas y poder encerrarse en su dormitorio.

Se pasó la tarde y prácticamente toda la noche tumbada en su cama, pensando. Sabía que no podía esperar, pero no sabía cómo salir de aquella casa. No podía recoger sus cosas y marcharse sin más. Sus padres o algún criado la detendrían antes de poder siquiera cruzar el umbral. ¿Y dónde iría después? Quería recorrer el mundo, pero no sabía por dónde empezar. ¿Cómo podría salir de España sin ser descubierta? Tendría que llegar al menos hasta Madrid para poder viajar hasta la frontera francesa, pero la encontrarían si utilizaba las vías tradicionales. Empezarían a buscar a chicas jóvenes viajando solas y no tardarían en dar con su paradero. Francisco no era estúpido y no iba a perder a la gallina de los huevos de oro.

Y, entonces, cuando el alba estaba a punto de despuntar, una idea cruzó su mente. Era arriesgado, ¡una locura incluso!, mas era la única solución posible. Así que salió de la cama, se vistió con el humilde vestido que había comprado para poder escabullirse con Leopold sin ser reconocida y empaquetó unas pocas cosas: todas sus joyas, el dinero que tenía en el cuarto y su ropa más sencilla. Echó un vistazo a su cuarto y suspiró. Lo echaría de menos a pesar de sus ansias de libertad.

Salió al pasillo, dispuesta a comenzar la segunda parte del plan, la más delicada. Un paso en falso y todos la descubrirían. Anduvo por el corredor a oscuras hasta alcanzar los aposentos de su madre. Contuvo la respiración y, con mucho cuidado, abrió la puerta y se deslizó al interior. La habitación estaba en tinieblas, pero ella la conocía bastante bien, así que no le costó llegar hasta el joyero. Sabía que estaba a punto de cometer un delito, pero necesitaba todas esas joyas para empezar una nueva vida lejos, así que lo vació todo en la bolsa y la guardó bajo su falda, a buen recaudo.

Volvió al pasillo y se deslizó como una sombra hasta llegar a la cocina, coger la llave que la cocinera siempre escondía en el mismo armario y abrir la puerta que usaba el servicio que, por

fortuna, todavía no había comenzado a trabajar. Dudó un segundo entonces. Se paró en el umbral y miró por encima del hombro la casa que estaba a punto de abandonar y que había sido su hogar durante casi veinte años. Sabía que un paso más lo cambiaría todo para siempre, que si hacía aquello no podría regresar jamás. Aquella huida arruinaría la reputación de toda su familia, los señalarían otra vez. Dudaba que algún día pudieran perdonarla por abandonarlos así.

Se aferró a la madera con fuerza. Fuera estaba empezando a clarear, así que tenía que decidirse de una vez: una vida monótona o una vida de aventuras, ser esposa y madre o ser la dueña de su destino. Lo meditó durante exactamente diez segundos: dos segundos dedicados a sus padres, que siempre la habían querido, pero que habían empezado a verla como una moneda de cambio en cuanto se convirtió en mujer; un segundo para Mari Paz, para su mejor amiga a la que abandonaba justo cuando iba a convertirse en madre y a la que tendría que escribir una larga carta confesándole todo; tres segundos a sus hermanas pequeñas, a las que aquella huida no beneficiaría, a las que dejaba desamparadas justo cuando iban a salir en sociedad; un segundo para Leopold por las noches de pasión y, sobre todo, por sus historias sobre los países que había visitado; dos segundos a Francisco, el primero de ellos por su ambición familiar y el segundo por su ambición política; y un último segundo dedicado a ella misma. Y lo tuvo completamente claro.

Tomó una bocanada de aire y salió, sin volver de nuevo la vista atrás. Había llegado la hora de ser valiente y tomar las riendas de su vida.

—Pero ¿qué ha podido pasar?

Cayetana daba vueltas por la habitación de Mercedes, con los ojos anegados en lágrimas y un pañuelo en la mano. No entendía qué había sucedido, no era capaz de comprenderlo. ¿Dónde estaba su hija?

—Han tenido que llevársela —contestó su marido. Paseó la vista por aquel desorden. Habían revuelto todo el cuarto y las joyas de su hija habían desaparecido—. Habrán entrado mientras todos dormíamos.

La mujer sollozó y se cubrió el rostro con las manos. Aquel día estaba siendo una auténtica pesadilla. La habían despertado los gritos de la doncella que descubrió que el dormitorio de Mercedes estaba vacío y desde entonces todo se había precipitado.

Su marido se marchó a avisar a las autoridades nada más descubrir lo que sucedía mientras ella tranquilizaba al resto de sus hijas y mandaba llamar a Francisco. Al fin y al cabo, era el prometido de Mercedes y debía estar al corriente de su desaparición. Un criado le llevó una nota y el joven no tardó en personarse en casa de los marqueses, desconcertado. No comprendía cómo la chica podía haberse desvanecido en mitad de la noche.

—¿Falta algo más? —preguntó—. ¿Han mirado en los demás dormitorios?

—Mis joyas —respondió Cayetana—, pero las de las niñas sí están.

—Es tan extraño...

—Puede que no les diera tiempo a buscar más —murmuró la mujer—. Puede que Mercedes los descubriera mientras robaban en su dormitorio. Ya sabe cómo es. Estoy convencida de que intentó detenerlos y por eso se la llevaron. Mi pobre hija...

Francisco dio otra vuelta alrededor de la habitación. Había cierto desorden, pero no parecía que alguien hubiera estado rebuscando entre las pertenencias de su prometida. De hecho, solo había ropa esparcida por el suelo. El resto de los objetos seguían en su sitio, como si alguien hubiera rebuscado entre las prendas, aunque no comprendía qué motivo podía haber detrás de ello. Había cosas mucho más valiosas en aquel cuarto que un puñado de vestidos.

—¿Han podido hablar con Rafael?

—Sí, me ha dicho que hará todo lo que esté en su mano para encontrarla —respondió Juan—. Ha puesto a trabajar a todos los agentes y guardias de la ciudad.

—¿Y no notaron nada extraño? ¿No vieron a nadie sospechoso rondando la casa?

—No, todo ha estado muy tranquilo.

Siguió caminando. Había algo que no encajaba. Mercedes podía ser a veces una fierecilla sin domar, pero no entendía por qué habían decidido secuestrarla. Podrían haberla dejado inconsciente con facilidad o haberla amordazado en lugar de revolver sus pertenencias y sacarla a escondidas de la casa. Además, ¿cómo era posible que nadie hubiera escuchado nada? La conocía lo suficiente como para saber que habría gritado, peleado e incluso lanzado objetos si hubieran intentado llevársela a la fuerza, así que la idea de un secuestro silencioso cada vez le parecía menos plausible.

—No han podido llevársela muy lejos, ¿no? —Eugenia, que estaba junto a sus hermanas en la puerta, se atrevió a pasar al cuarto. Estaba pálida y, a pesar de que la casa estaba llena de gente, no estaba vestida para recibir—. La encontrarán, ¿verdad, padre? Si se la llevaron hace unas horas, no habrán podido alejarse demasiado.

—Y Mercedes es muy peleona —añadió Margarita, aunque no se movió del umbral—. Les estará poniendo las cosas difíciles.

Cayetana y Juan intercambiaron una mirada rápida al escuchar aquello. Los dos sabían que su hija patearía e incluso atacaría a sus captores y eso también los preocupaba. ¿Y si la mataban y la dejaban abandonada en cualquier desfiladero para librarse de ella?

Sin embargo, la mente de Francisco cada vez estaba más lejos de aquellos temores. Una idea había comenzado a cobrar fuerza, a pesar de que le parecía una auténtica locura. Después de tanto tiempo comprometidos, conocía bien a Mercedes y sabía que aquella cabecita llevaba tiempo tramando algo. No le habían pasado inadvertidas sus miradas durante la cena, ni su inquietud cuando le habló de sus planes. Era una auténtica mentirosa que los había engañado a todos más de una vez, pero no sabía si realmente se habría atrevido a hacer algo así. Fingir un secuestro para escapar de una boda era demasiado incluso para ella. Y, sin embargo, era lo único

que parecía tener sentido. Por más vueltas que le daba a ese dormitorio, por más pruebas que buscaba, no encontraba nada que pudiera exculparla.

El sonido de la puerta principal lo sobresaltó y los pasos apresurados de una de las doncellas lo sacaron finalmente de su ensimismamiento.

—Señores, es el alcalde. Quiere hablar con ustedes.

—Lo mejor será entonces que bajemos —contestó Juan. Suspiró y se encogió de hombros. Aquel asunto amenazaba con superarlo—. No quiero hacer esperar a Rafael.

El matrimonio abandonó el dormitorio, seguido de sus dos hijas mayores, pero Francisco permaneció allí unos instantes más, tratando de dar con alguna otra prueba. No quería creer que Mercedes le hubiera hecho realmente aquello porque, de ser verdad, tendría que tomar cartas en el asunto y traerla de vuelta a Ronda como fuera para evitar que sus planes se vieran frustrados.

—La van a encontrar, ¿verdad? —preguntó Amalia, en un murmullo. El joven se giró hacia ella y la miró de arriba abajo. Parecía muy asustada—. La van a buscar y usted también intervendrá, ¿no? Es político, así que conoce a mucha gente, y mi hermana es su prometida.

—Amalia, ¿Mercedes te ha dicho algo raro últimamente?

La pequeña arrugó la frente, confundida. No entendía qué tenía eso que ver con la desaparición de su hermana.

—¿Algo raro? —Negó con la cabeza—. No, creo que no. Estuvimos hablando antes de la cena, me estuvo aconsejando sobre unos... asuntos.

—¿Y ayer qué hizo?

—Estuvo aquí todo el día porque no se encontraba bien. Mari Paz vino a verla por la mañana.

—¿Y sabes de qué hablaron?

—No entiendo por qué me pregunta...

—Contesta, Amalia. Es importante.

—No lo sé, yo no estaba en casa. Mis hermanas y yo salimos a hacer unas visitas —contestó finalmente. Se agarró con fuerza la tela de la falda. No se sentía cómoda y no comprendía a qué venía aquel interrogatorio—. Solo sé que estuvo un rato y que habló con mi hermana a pesar de su indisposición.

—¿Y luego? —Se acercó y la agarró con fuerza del brazo—. Vamos, Amalia, haz memoria. ¿Qué hizo?

—Luego... Luego Mari Paz se fue y Mercedes pasó toda la tarde en su cuarto porque se sentía mal.

La pequeña se sacudió, intentando que la soltara. Le hacía daño y estaba empezando a asustarla. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Qué quería escuchar?

—¿Y...?

—¡Y ya está! ¡No sé nada más! No sé qué pretende con esto, pero más le vale soltarme.

Francisco bufó, pero por fin la dejó libre. Probablemente aquella niña no sabía nada más. Dudaba que Mercedes les hubiera revelado sus planes a sus hermanas pequeñas. Aunque a lo

mejor debía ir a hacerle una visita a Mari Paz. Quizás ella sí que supiera algo más.

Amalia se frotó el brazo y se encogió un poco sobre sí misma. Francisco siempre le había parecido un joven muy simpático y no entendía por qué la había tratado de esa forma. Ella también estaba preocupada por Mercedes, pero no actuaba así.

—Perdona, Amalia, estoy un poco nervioso. —El joven suspiró y se revolvió el pelo. No tendría que haber reaccionado así, no podía perder la confianza de aquella familia. Por suerte sabía exactamente qué debía decir para que aquella cría no les contara nada del incidente a sus padres—. Por cierto, mi hermano Luis te manda recado.

—¿A mí?

Se puso completamente roja y Francisco sonrió. Con lo bien que mentía Mercedes y lo poco que sabía disimular su hermanita.

—Sí, claro. ¿A quién si no?

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó, intentando disimular su emoción. Eso era una señal de que él también estaba enamorado de ella. Seguro que acabaría por proponerle matrimonio y serían felices juntos.

—Me ha pedido que te diga que le alegró poder charlar el otro día y que está ansioso por verte de nuevo.

—¿De verdad? —preguntó Amalia, dejando caer los brazos. Parecía haber olvidado por completo lo que había sucedido unos minutos antes.

—Claro. ¿Por qué iba a mentir? —Amplió su sonrisa y se encogió de hombros. Aquello había sido pan comido—. Debería bajar a hablar con el alcalde. Al fin y al cabo, Mercedes no va a regresar sola.

—Entonces, ¿hará todo lo que esté en su mano para traerla de vuelta a casa? ¿Me lo promete?

—Pues claro, Amalia. Créeme: tu hermana no va a irse a ninguna parte mientras yo pueda evitarlo.

Capítulo 5

Aquello era una completa locura. Mercedes estaba convencida de que debía haberse vuelto loca porque aquel plan era totalmente descabellado. No podía salir bien y, sin embargo, ahí estaba: dando vueltas por la sierra, buscando a alguien que no sabía si aparecería. Había oído hablar de los bandoleros, aquellos forajidos sin escrúpulo que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero, y sabía que se ocultaban por aquella zona, así que había supuesto que no tardaría en dar con ellos. Al fin y al cabo, era una dama sola y desvalida, una presa fácil de atacar. Supuso que solo necesitaría ser paciente y que tarde o temprano ellos aparecerían. Pero se estaban demorando demasiado y estaba empezando a ponerse nerviosa.

¿Y si no venían? No podría huir entonces, no podría hacerlo sola. Necesitaba transporte y protección para llegar hasta Madrid al menos. Si no llegaban pronto, tendría que dar media vuelta, inventar alguna excusa y volver a Ronda. Aunque quizás las autoridades dieran antes con ella. Dudaba que sus padres y Francisco no hubieran puesto ya la ciudad patas arriba y todos se hubieran enterado de su misteriosa desaparición.

Anduvo en círculos durante lo que le parecieron horas hasta que, agotada, se dejó caer en el suelo. Estaba hambrienta y hacía rato que había dejado de creer que los bandoleros aparecerían. ¿Y si lo mejor era dejarse encontrar por los guardias de la ciudad y fingir un secuestro? No quería estar sola en mitad de la nada cuando anocheciera y no sabía si sería capaz de regresar a la ciudad. Había dado muchas vueltas y hacía largo rato que se había desorientado.

De repente, escuchó unos cascos de caballo acercándose. Se levantó de un salto, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. No sabía quiénes era, pero sí que aquella era su única oportunidad de salir de aquel monte, así que estiró la falda de su vestido y comenzó a andar hacia el sendero del que parecía proceder aquel sonido. No tardó en oír voces a lo lejos y distinguir varias figuras montadas a caballo. Tragó saliva antes de interponerse en mitad del camino. Así no les quedaría más remedio que parar.

El hombre que cabalgaba delante fijó la mirada en ella y frunció el ceño. ¿Quién era aquella chica y qué hacía ahí parada? ¿Acaso no los estaba viendo acercarse?

—¡Alto! —gritó al darse cuenta de que no iba a moverse y si no se detenían, se la llevarían por

delante—. ¡Parad!

Los cinco frenaron y Mercedes los recibió con una sonrisa autosuficiente que los hizo enarcar una ceja.

—¡Ya era hora! —exclamó—. Por Dios, sí que se han hecho de rogar.

Los hombres se miraron entre sí, desconcertados. ¿Quién se suponía que era aquella chica? ¿La conocían de algo?

—¿Disculpe?

—¿Quién es el líder de esta cuadrilla? —siguió diciendo sin perder la compostura. Los miró de arriba abajo. Aquellos ropajes, los pañuelos y catites no dejaban lugar a dudas—. Porque son bandoleros, ¿no?

—Eso a usted no le importa —replicó el mismo que había hablado antes. Debía de ser el mayor del grupo a juzgar por las arrugas que adornaban su cara y sus ojos cansados. Aun así, tenía el pelo negro y se mantenía erguido sobre el caballo. Llevaba las ropas algo desgastadas y, colgadas del cinturón, una pistola y una navaja que casi mareó a Mercedes—. ¿Quién se cree que...?

—Espera, Pepe. —El que estaba al frente se bajó del caballo de un salto y se acercó a Mercedes. Era bastante joven y apuesto, tanto que Mercedes sintió cómo el estómago le daba un pequeño vuelco. Llevaba el pelo moreno revuelto, sus ojos marrones brillaban con picardía y su piel estaba bronceada. La miraba con curiosidad, como si no pudiera creerse que aquella dama tan bella hubiera aparecido de la nada y se hubiera interpuesto en su camino—. Yo soy el líder de la cuadrilla. Creo que no tengo el placer de conocerla, así que permítame presentarme. Mi nombre es Diego, pero en la serranía me conocen como «el Niño Bonito».

—Un apodo nada pretencioso —replicó ella, intentando mantener la entereza. No debía ponerse nerviosa si quería salirse con la suya.

—¿Y usted es...?

—Eso no es de su incumbencia. —Le quitó importancia con el gesto y sonrió—. Digamos que soy una persona que necesita llegar hasta Francia cuanto antes. Estoy huyendo de alguien.

—¿Un matrimonio indeseado?

—Algo así. La cuestión es que preciso llegar hasta Madrid sin ser descubierta, por lo que necesito contratar sus servicios.

—¿Perdone? —preguntó, incrédulo.

—Sí, exacto: quiero contratarlos para que me acompañen hasta Madrid. —Sacó una bolsa de dinero y se la mostró—. Todo esto será para ustedes si consiguen llevarme sana y salva hasta la capital.

—¿Y por qué no coge una diligencia desde Sevilla, señorita? —preguntó Diego, mirándola con desconfianza. No conseguía comprender a aquella chica que había aparecido de la nada reclamando «sus servicios».

—Porque mis padres y mi prometido me detendrían—contestó. Se pasó la bolsa de monedas

de una mano a otra y sonrió. No se le estaba dando nada mal aquello de controlar la situación—. No puedo usar las vías tradicionales de momento, así que necesito que me guíen hasta la capital para poder partir desde allí hasta París.

Diego la miró fijamente durante unos segundos. Aquella dama llevaba la palabra «peligro» tatuada en sus ojos, por lo que sabía que lo más sensato sería robarle el dinero y las joyas y marcharse cuanto antes. Sin embargo, había algo en ella que lo incitaba a quedarse.

Miró a los demás, intentando adivinar lo que opinaban. Todos parecían confusos, aunque Pepe, que lo conocía muy bien, lo miraba con una ceja enarcada. Sabía lo que estaba pensando y casi pudo oírlo decir que cualquier día una chica guapa se convertiría en su perdición.

—¿Cuánto lleva? —le preguntó, girándose para encararla de nuevo. Necesitaba ganar un poco de tiempo y averiguar hasta dónde estaba dispuesta a llegar para huir de Ronda.

—Más dinero del que conseguirán asaltando a extranjeros incautos durante las próximas semanas —respondió Mercedes. Dio un paso hacia él y extendió una mano que temblaba ligeramente—. ¿Trato entonces?

—No tan deprisa, señorita. —Se cruzó de brazos y ella, sorprendida, dejó caer el suyo—. ¿De verdad creía que iba a resultarle tan fácil? ¡Menuda malcriada! Aquí no le van a servir cuatro frases mandonas y un par de pestaños coquetos. ¿Quiere hablar de negocios? Bien, pues hablemos de negocios.

—Está... Está bien.

—Nosotros la acompañaremos hasta las afueras de Madrid para que pueda tomar una diligencia a Francia desde allí, pero no entraremos en la ciudad. Tendrá que llegar usted solita.

—Si voy a pagar por un servicio, quiero que se garantice mi seguridad hasta llegar a la mismísima capital. ¿Y si me atacan antes de llegar a mi destino? No, ni hablar. Deben acompañarme hasta la ciudad.

—No pienso arriesgarme a que alguien detenga a mis hombres, señorita. La llevaremos hasta las afueras, pero no iremos más allá. No vamos a jugarnos el cuello por mucho dinero que nos ofrezca.

—No le estoy pidiendo que se juegue el cuello de sus hombres, solo que me conduzcan sana y salva hasta Madrid —replicó ella, cada vez más incómoda. Sabía que estaba perdiendo las riendas, pero no cómo recuperarlas—. Necesito saber que no me dejarán tirada en medio del campo.

—La dejaremos en un punto seguro, descuide. —Diego dio un par de pasos más hacia ella, haciendo que su nerviosismo aumentara—. ¿Está de acuerdo?

Mercedes titubeó unos instantes. No sabía qué era un punto seguro para ellos ni si la dejarían sola lejos de la civilización, pero era su única opción. Parecía algo innegociable, así que debería fiarse de su criterio si quería llegar sana y salva al menos hasta las afueras de la ciudad.

—Supongo —accedió de mala gana.

—Y tenemos otra condición: nosotros la acompañaremos hasta la capital, pero usted tendrá

que valerse por sí misma.

—¿Disculpe?

—No nos haremos cargo de ningún lastre, así que, si nos atacan, deberá ser capaz de defenderse y apañárselas sola.

—¿Y de qué me sirve entonces viajar con ustedes? —Negó con la cabeza, intentando mantener la compostura para que aquellas negociaciones no se fueran completamente al traste—. El camino es largo y hay muchas zonas peligrosas. Exijo que se garantice mi seguridad en todo momento.

—Le daremos un arma, no se preocupe.

—¡Eso no...! —Mercedes bufó y Diego estalló en carcajadas, haciendo que la chica se pusiera completamente roja—. Quizás debería buscar otra cuadrilla de bandoleros a la que contratar. Estoy segura de que no son la única de la zona. A lo mejor otros aceptan el encargo sin tantas exigencias.

—¿Y con qué dinero piensa pagarles? No sea ingenua, señorita: vamos a quedarnos con esa bolsa decida usted lo que decida.

Mercedes tuvo que morderse la lengua para no insultarlo. ¿Cómo había podido pensar que aquello sería buena idea? ¿En qué estaba pensando? ¡Era una locura! Se había internado en el monte sola para negociar con una panda de ladrones sin escrúpulos. ¿Cómo había podido creer que aquello saldría bien y lograría salirse con la suya? Estaba sola y a su merced. Podrían llevarse todo su dinero y sus joyas. Podrían incluso matarla y nadie acudiría en su ayuda. De repente la idea de casarse con Francisco y llevar una existencia monótona y aburrida no le parecía tan mala.

A lo mejor debía darles el dinero, pedirles que la guiaran de vuelta a la ciudad y olvidarse de aquella locura para siempre. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas, así que podía fingir que había logrado escapar de sus secuestradores. Todavía podía inventar alguna mentira y regresar a casa. ¿De verdad estaba dispuesta a dejarse la vida por conseguir la libertad?

—Yo...

—Creo que has asustado a la niña, Diego. —Pepe rio. Se bajó del caballo de un salto y se acercó a ella—. Vuelva a casa, señorita. Seguro que tiene salmos que rezar y un ajuar que preparar. Denos el dinero y márchese. No es una revolucionaria, termine con este juego.

Estuvo tentada de hacerlo. Una parte de ella quiso decir que sí, darles la bolsa y regresar corriendo a la ciudad. Al fin y al cabo, tenían razón: no era una revolucionaria. Su viaje acababa de comenzar y ya estaba aterrada. ¿Cómo sobreviviría sola?

Pero la otra parte... La otra parte recordaba todo lo que había sentido con Leopold. Recordaba la libertad absoluta de sentirse dueña de su vida. Y recordaba todos sus sueños aún por cumplir y que jamás se harían realidad si se quedaba en casa y se casaba con Francisco. No quería una vida monótona. No quería rezos y ajuares. Quería seguir sintiéndose viva y sabía que solo podría lograrlo si se marchaba.

—Acepto —dijo de repente, sorprendiéndolos a todos e incluso a ella misma—. Deme una pistola y enséñeme a disparar. Supongo que me vendrá bien aprender si voy a recorrer yo sola toda Europa.

—Una dama de carácter. —Diego sonrió, satisfecho. Aquella señorita era una caja de sorpresas.

—No se hace una idea.

—El viaje a Madrid será largo y tendremos que salir de nuestro territorio. Nos cruzaremos con otras cuadrillas y no todos los bandoleros son tan amistosos como nosotros, así que tendrá que estar preparada para lo que pueda suceder.

—Lo estoy.

—Pues entonces tenemos un trato. —Le extendió la mano y sonrió en cuanto ella se la estrechó—. La pongo directamente bajo mi protección.

—¿Debería sentirme halagada? —Mercedes enarcó una ceja y puso los ojos en blanco. No podía creerse que aquel pretencioso fuera su única opción de escapar.

—Mucho, señorita. —Diego tiró de su mano y la acercó hasta quedar prácticamente pegados. Se agachó un poco y pegó los labios a su oreja—. No todas tienen el privilegio de ser las protegidas del Niño Bonito. Téngalo en cuenta.

Se estremeció de pies a cabeza y contuvo la respiración, aunque intentó disimular. No quería que él se diera cuenta de lo nerviosa que se había puesto al tenerlo tan cerca.

—Y no todos tienen el honor de poder escoltar a una dama como yo —consiguió replicar. Se alejó de él, con una expresión de absoluta indiferencia, y se cruzó de brazos—. ¿Cuándo nos vamos?

—Paciencia, señorita —contestó. Le gustaba el carácter de aquella joven y que no se dejara avasallar por sus encantos—. Primero, debemos ir a nuestro refugio para reunir provisiones y descansar. Partiremos al amanecer.

—Pero faltan horas para eso —protestó—. Tengo que alejarme cuanto antes de aquí. Estoy convencida de que mis padres y mi prometido ya habrán dado la voz de alarma. No pueden encontrarme. Me obligarán a volver.

—Le aseguro que no lo harán. Además, si esperamos hasta mañana conseguiremos despistar a los guardias. La buscarán por estos montes hoy, pero mañana irán por otros lares. Si partiéramos ahora, nos cruzaríamos con ellos y todos estaríamos en un gran aprieto.

—Pero si aguardamos un poco conseguiremos alejarlos —murmuró ella. Asintió lentamente con la cabeza. Aquello tenía sentido. Se notaba que aquellos hombres llevaban años huyendo de la justicia—. Me perderán la pista y podré escapar.

—Exacto.

—Está bien. Lléveme a su escondite o donde quiera que podamos encontrar provisiones y descansar unas cuantas horas. Esta noche no he pegado ojo, así que dormir un poco antes de emprender el viaje me vendría muy bien.

Diego hizo una reverencia un tanto burlesca antes de señalar su montura. Mercedes se irguió y anduvo hacia esta con la cabeza bien alta. Si creía que aquello iba a intimidarla, estaba muy equivocado. Era una excelente amazona que no tenía nada que envidiar a ningún caballero maestrante y aquella yegua no era ni siquiera pura raza. Dudaba tener problemas para manejarla a su antojo.

Sin embargo, justo cuando se disponía a subirse al animal, este se encabritó, haciéndola dar un traspié hacia atrás. Diego la sujetó antes de que cayera al suelo. La agarró con firmeza por la cintura y la giró para quedar cara a cara.

—¿Necesita ayuda?

—Creo que este condenado animal quiere matarme.

—A mi pequeña no le gusta que la traten con condescendencia, ¿sabe?

—O quizás debería adiestrarla mejor.

—Tranquila, señorita: esta yegua, al contrario que usted, es mansa como un corderito cuando está conmigo.

—¿Está comparándome con un caballo? —le preguntó, indignada. Se separó de él, dándole un empujón, y se colocó un par de mechones que se le habían escapado de la trenza.

—Con la mejor yegua de toda la comarca. —Volvió a reír y le tendió la mano—. Venga, no tenemos tiempo que perder. Déjeme ayudarla, seño...

—Mercedes —lo interrumpió ella. Fijó la mirada en su falda y empezó a quitarle las arrugas de forma nerviosa. No sabía por qué la asustaba tanto revelar algo tan simple como su nombre.

—¿Mercedes?

—Sí, me llamo Mercedes. Puede llamarme así a partir de ahora. Creo que ya no soy una señorita, si es que alguna vez lo he sido...

—Me encantaría escuchar su historia.

—No le pago por escuchar, sino por acompañarme hasta Madrid. Límitese a hacer su trabajo, Niño Bonito. Lo demás no es de su incumbencia.

Y dicho esto, se acercó de nuevo a la montura. Apoyó una mano en el cuello de la yegua y chistó un poco para tranquilizarla antes de recogerse la falda y subirse con agilidad. Tuvo que contener una sonrisa de autosuficiencia al ver cómo la miraban los demás, especialmente Diego, que parecía francamente impresionado. La observó durante unos instantes antes de montar delante de ella y agarrar las riendas. Los próximos días iban a ser toda una aventura desde luego.

Capítulo 6

Francisco no tardó en deshacerse de sus futuros suegros y el alcalde para poder ir a casa de Fernando y Mari Paz. Los dejó en el salón diseñando el plan de búsqueda y se escabulló con la excusa de informar de lo sucedido a la pareja. A pesar de que todos querían actuar con discreción por el momento, sabían que tarde o temprano la noticia acabaría por extenderse por la ciudad, por lo que lo mejor sería contárselo a su círculo de confianza antes de que se enteraran por boca de otros. Aquel cotilleo era demasiado jugoso como para permanecer en secreto mucho tiempo.

Anduvo con pasos rápidos por las calles empedradas, sumido en sus pensamientos. No dejaba de darle vueltas a la visita que Amalia le había referido. Aquello no podía ser una casualidad y estaba dispuesto a llegar al fondo de aquel asunto.

No se detuvo hasta llegar a la imponente casa de piedra cercana a la iglesia Mayor a la que la pareja se había mudado nada más casarse y que había pertenecido a los abuelos del joven abogado. Se descolocó un poco la chaqueta para simular que había ido corriendo y fingió su mejor cara de prometido angustiado antes de golpear la puerta con la aldaba metálica.

El mayordomo no tardó en abrir. Francisco se precipitó hacia el interior y, prescindiendo de cualquier formalidad, le pidió que avisara al señor Urquijo cuanto antes.

—Es un asunto de vital importancia y necesito reunirme con él de forma inmediata —le dijo sin entrar en detalles.

—Se encuentra en su despacho, pero iré a informarlo. Aguarde aquí un momento, por favor.

El hombre desapareció y él sacó su reloj del bolsillo con impaciencia. El tiempo jugaba en su contra. Debía darse prisa si quería detener a aquella inconsciente antes de que fuera demasiado tarde.

—Dice que puede pasar.

Cerró el reloj al escuchar la voz del mayordomo. Asintió y lo siguió hasta el despacho, donde Fernando lo esperaba sentado detrás de su escritorio.

—Qué sorpresa, Francisco —lo saludó al tiempo que señalaba las sillas libres frente a él—. Toma asiento, por favor. ¿Qué te trae por aquí? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me temo que no vengo por temas legales, amigo. —Suspiró y bajó la mirada. Debía seguir

jugando la carta del enamorado doliente si quería conseguir información—. Ha sucedido algo tan terrible que no sé cómo...

—Por Dios, Francisco, no me asustes. ¿Estáis todos bien?

—No. Mercedes ha desaparecido.

—¿Cómo dices? —El otro estuvo a punto de tirar el vaso que tenía en su mesa al escuchar la noticia. Aquello no tenía ningún sentido. La gente no se esfumaba así como así, de la noche a la mañana—. ¿Desaparecido? Pero ¿cómo es posible?

—No lo sabemos. Creemos que alguien entró a robar y se la llevó.

—Eso es... es horrible. Por Dios, no puedo ni imaginar cómo debes sentirte ahora mismo. ¡Y a tan pocas semanas de la boda! Debes de estar destrozado.

—Es una desgracia.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? ¿Ha comenzado su búsqueda?

—Sí, ya hemos hablado con Rafael y ha puesto a nuestra disposición a todos los guardias de la ciudad —le contó. Carraspeó y levantó de nuevo la mirada. Llegaba el momento más delicado del plan—. He venido a hablar con Mari Paz. Mercedes y ella son muy buenas amigas.

Fernando frunció los labios y entrelazó los dedos. Sabía que su mujer tenía que saber aquello, pero le preocupaba darle semejante noticia en su estado. No quería que se llevara un disgusto y perdiera al bebé que esperaban con tanta ilusión.

—No puedes impedir que se entere —prosiguió Francisco al ver que el otro no parecía dispuesto a dejarlo a hablar con su esposa—. Eres su marido y sé que solo quieres lo mejor para ella, pero es algo demasiado escandaloso para mantenerlo oculto mucho tiempo. Estamos intentando contener la noticia mas no sabemos cuánto tardará alguien en darse cuenta. Es mejor que lo sepa por mí antes que por terceras personas.

—Lo sé, Francisco, pero es que en su estado...

—¿Qué estado?

—No queríamos dar la noticia tan pronto, pero estamos esperando un hijo. Mari Paz está encinta.

—¿Encinta?

Algo encajó entonces en el cerebro de Francisco. ¿Y si había acudido el día anterior a darle la noticia a Mercedes y esta había huido al darse cuenta de que ella sería la siguiente? Aquel hecho podía haber actuado como un resorte y haberla impulsado a actuar sin medir las consecuencias de sus acciones. La veía más que capaz de huir en mitad de la noche para protegerse de unas cadenas que quería evitar a toda costa.

Definitivamente, tendría que haber escogido a otra dichosa noble con la que casarse. Aquella no le había dado más que problemas desde que se comprometieron.

—Sí, de pocas semanas —le explicó el otro, ajeno a sus divagaciones—. No quiero que esto afecte al bebé. Estoy seguro de que la noticia entristecerá y preocupará a Mari Paz y no quiero que lo pierda.

—Lo entiendo. —Francisco se recompuso como pudo. Ahora sí que tenía que hablar con ella para comprobar sus teorías—. Y enhorabuena por tu futura paternidad. Estarás exultante.

—Lo estoy. Es un pequeño muy esperado.

—Lo imagino y justo por eso debemos decírselo con tacto —insistió—. ¿Te imaginas qué pasaría si lo escuchara en la calle? Podría desmayarse y eso sería terrible en su situación.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Lo mejor será hacérselo saber en un ambiente tranquilo y controlado. Aquí podremos asistirlo. Además, eres su marido —insistió—, así que ¿quién mejor que tú para contárselo?

—Supongo que tienes razón. —Fernando suspiró. Cogió el vaso y bebió toda el agua que quedaba de un trago—. Dudo que los padres de Mercedes puedan acallarla la noticia durante mucho tiempo.

—¿Entonces?

—Pediré que la avisen. Aguarda un minuto.

Se levantó y se asomó a la puerta. Francisco sonrió, satisfecho. Sabía que no le costaría convencer a Fernando con buenas palabras y caras tristes. Siempre había sido un ingenuo incapaz de soportar el sufrimiento ajeno. Probablemente por eso jamás llegaría a ser un abogado de prestigio: era demasiado íntegro y justo. Sabía que, si acudía a él con palabras bonitas sobre lo mucho que quería a su mujer, lo dejaría hablar con ella sin ningún tipo de sospecha.

—Ya viene. —Fernando volvió a su asiento y Francisco borró su sonrisa. Debía seguir fingiendo ser un prometido desolado durante un rato más—. Lo mejor será que me lo dejes a mí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Mari Paz no tardó en llegar al despacho, aunque se quedó quieta en la entrada al ver a Francisco reunido con su marido. Frunció el ceño y paseó la mirada entre ambos, extrañada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tras unos segundos de incómodo silencio.

—Querida, ¿por qué no te sientas? —Su marido señaló la otra silla vacía—. Tenemos algo que comunicarte.

—¿Le ha pasado algo a Mercedes? —Anduvo hasta el escritorio y tomó asiento, sin apartar la vista del prometido de su amiga—. Ayer me dijo que no se encontraba bien. ¿Está enferma, Francisco?

—Lo mejor será que mantengas la calma. —Fernando estiró el brazo y le tendió la mano, intentando atraer su atención. Cuando ella se la estrechó y se giró para mirarlo por fin, suspiró—. No quiero que te alteres, ¿de acuerdo? Piensa en el bebé.

—Estoy empezando a asustarme... —Se llevó la mano libre al vientre, de forma instintiva. Algo grave debía haber sucedido.

—Alguien entró anoche a casa de Mercedes.

—¿Y está bien? —Lo soltó de forma brusca. Todo su cuerpo se había puesto en tensión—. Por

Dios, Fernando, dime que está bien. —Se giró para mirar al otro y le dedicó una mirada de súplica—. Francisco, por favor...

Los dos intercambiaron una mirada preocupada, pero finalmente Fernando asintió. Francisco, intentando parecer considerado, esbozó una pequeña sonrisa de ánimo.

—No queremos que te aflijas, Mari Paz, pero no sabemos cómo está Mercedes porque ha desaparecido. Creemos que la han secuestrado.

La joven sintió que el aire se escapaba de sus pulmones. Aquello debía tratarse de un error o una broma de mal gusto. ¿Cómo podían habérsela llevado en mitad de la noche sin que nadie se percatara?

—Querida...

Negó con la cabeza e intentó tomar una bocanada de aire, aunque este no llegó a sus pulmones. Aquello no podía ser verdad. Mercedes tenía que estar bien. No podía ni imaginarse lo que aquellos desalmados podrían estar haciéndole en esos momentos.

—Iré a por tus sales...

Fernando estuvo a punto de derribar su silla al levantarse. Salió corriendo del despacho y Francisco supo que aquella sería su única oportunidad para hablar con Mari Paz a solas.

—Ayer estuvisteis juntas, ¿verdad? —le preguntó, apoyando una mano en su brazo con fingida despreocupación—. Fuiste a verla.

—Sí, estuvimos hablando un rato.

—¿Le dijiste lo del bebé?

Ella enarcó una ceja y lo miró con el ceño ligeramente fruncido. Había algo extraño en su actitud.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Mera curiosidad.

—Ya, claro.

—Mari Paz, necesito que me digas todo lo que sucedió ayer —insistió—. Es muy importante. Podría ser clave para encontrarla, así que tienes que ayudarme. Eres su amiga, ¿no quieres que esté aquí para conocer a tu bebé?

—No sé qué quieres saber, Francisco. Dudo que nuestra conversación haya tenido algo que ver con su secuestro.

—Pero ¿le dijiste lo del bebé?

—No entiendo por qué...

—Contéstame, Mari Paz —la interrumpió, perdiendo la compostura durante unos segundos. Carraspeó y se recolocó la chaqueta—. Te repito que es importante.

Ella dudó unos instantes, pero finalmente asintió.

—Sí, pero no sé cómo va a ayudarte a encontrarla.

—¿Y cómo se lo tomó?

La joven volvió a dudar unos instantes. Todas esas preguntas no parecían tener sentido.

—Ya la conoces —se limitó a contestar de forma ambigua.

—Sí, demasiado bien.

Francisco tuvo que tomar una bocanada de aire. Sentía ganas de gritar. Aquella desgraciada se había escapado en mitad de la noche porque se había asustado. Por suerte no parecía un plan premeditado, así que dudaba que hubiera sido capaz de llegar muy lejos. Probablemente habría echado a correr hacia el monte, pensando que así nadie daría con su paradero, y estaría vagando por ahí, sola y perdida. Aunque con Mercedes nunca se sabía. Por muy improvisada que hubiera sido su huida, dudaba que no tuviera ningún as bajo la manga.

Mari Paz lo miró con el ceño fruncido, tratando de entender a qué venía todo aquello. Hasta que de repente lo hizo. Abrió mucho los ojos y contuvo la respiración.

—No se la han llevado —murmuró—. Mercedes ha huido.

—Ni se te ocurra decirle eso a nadie —la advirtió él. La agarró del brazo con fuerza y le dedicó una mirada amenazadora que la hizo estremecerse—. ¿Me has oído bien, Mari Paz?

—Suéltame. —Se zafó de él con un manotazo—. No te atrevas a venir a mi casa a amenazarme.

—No te estoy amenazando, pero este asunto es muy grave —le explicó, bajando el tono de voz para que nadie pudiera oírlo—. Solo intento descartar una hipótesis, así que no le cuentes esto a nadie.

Mari Paz no tuvo tiempo de replicar. Justo entonces Fernando regresó al despacho y Francisco se puso de pie de un salto.

—Lo mejor será que me marche —dijo, recuperando su cara de enamorado triste—. Quiero saber si han llegado noticias.

—Si necesitas cualquier cosa...

—Muchas gracias, Fernando, y siento haber venido a traeros malas noticias.

—Estoy seguro de que pronto la encontrarán sana y salva. Quizás incluso podáis celebrar la boda.

—Estoy dispuesto a casarme con ella pase lo que pase. Es mi prometida y nada de lo que pase podrá cambiarlo.

—Eso te honra.

Francisco sonrió. Al parecer aquel matrimonio podría beneficiarlo aún más de lo que se había imaginado. Al final le sacaría incluso beneficio a la pataleta de Mercedes. Aunque todavía tenía que encontrarla y traerla de regreso a Ronda.

Se despidió de la pareja y abandonó la casa. Al menos ya sabía que no se trataba de un secuestro y podía comenzar a trazar un nuevo plan. Mercedes no iba a salirse con la suya mientras él pudiera evitarlo. No podría escapar de aquel matrimonio mientras los dos siguieran con vida.

Capítulo 7

Cabalaron por el bosque durante lo que a Mercedes se le antojaron horas hasta llegar a una cueva oculta entre las montañas. Cuando alcanzaron la entrada, Diego detuvo su montura y se bajó de un salto.

—Bienvenida a nuestra humilde morada —dijo al tiempo que le tendía una mano a la joven—. No es gran cosa, pero espero que sea de su agrado y se encuentre cómoda.

—Sé bajarme de una yegua yo sola, gracias —replicó ella, ignorando sus palabras y rechazando la mano que le ofrecía.

Se agarró el vestido y bajó también de un salto, aterrizando con elegancia. Miró al bandolero con cierta chulería y este no pudo evitar dibujar una sonrisa y negar con la cabeza. Aquella señorita no paraba de sorprenderlo desde que sus caminos se habían cruzado.

—¡Pepe!

Una mujer morena que debía rondar la treintena salió corriendo del interior de la cueva y se lanzó a los brazos del hombre, que acababa de bajarse del caballo. Él la abrazó con fuerza antes de besar su frente y sus labios y acariciar sus mejillas con dulzura, como si fuera el ser más maravilloso de todo el universo.

—Temía que te hubiera pasado algo —siguió diciendo ella. Lo miró de arriba abajo, comprobando que realmente estaba sano y salvo—. Habéis tardado mucho en volver. ¿Qué ha sucedido?

—Algo se ha cruzado en nuestro camino. —Desvió la vista hacia Mercedes, que seguía al lado de Diego y estaba atenta a aquella conversación—. O, mejor dicho, alguien.

La mujer se giró y abrió mucho los ojos al reparar en aquella chica desconocida. No sabía quién era, pero había algo en ella que le resultaba familiar. No era la primera vez que se veían.

—¿Quién es? —preguntó, aún tratando de ubicarla—. ¿Y por qué la habéis traído hasta aquí? Supongo que será alguien de fiar, ¿no?

—Venga, Anita, no te pongas a la defensiva —intervino Diego. Dio un par de pasos hacia ella y apoyó una mano en su hombro, aunque ella se apartó de malas maneras—. Es una dama respetable que nos ha encargado una misión de extrema importancia.

—¿A qué se refiere? —Miró a Pepe de nuevo y se cruzó de brazos, cada vez más tensa—. ¿De qué misión habla?

—Nos ha pedido que la acompañemos a Madrid. Está huyendo a Francia y no quiere que la encuentren.

Anita se giró de nuevo hacia ella y achicó los ojos, aún tratando de averiguar de qué conocía a aquella supuesta «dama respetable».

—Creo que no es de buena educación mirar así a otra persona —dijo ella, algo incómoda—. Mucho menos a una desconocida.

—No se preocupe. Es Anita, la mujer de Pepe —intervino Diego, sin perder la sonrisa—. Vive en uno de los pueblos de la comarca, pero suele pasarse a comprobar que su marido sigue con vida.

—Y hoy me habéis hecho perder mucho tiempo —replicó ella—. ¡He dejado a los niños solos! ¿Y qué es eso de que os vais a Madrid? ¿Es que habéis perdido la cabeza?

—Nos paga mucho dinero para que la acompañemos.

—Ah, ¿sí? ¿Y no os parece algo extraña esta historia? ¿No te has parado a considerar que esto podría ser solo una trampa para atraparos? —insistió ella—. Diego, tienes que dejar de intentar meterte bajo las faldas de todas las chicas bonitas con las que te cruzas porque algún día acabarás en un lío.

—Tranquila, no creo que Mercedes nos esté tendiendo una trampa. De hecho, tiene bastante prisa por abandonar la comarca. Está huyendo de un enlace y...

—No hace falta que le cuente mi vida a todo el mundo, ¿sabe? —lo interrumpió ella antes de que pudiera seguir divulgando su vida privada—. Mis padres y Francisco acabarán por encontrarme si sigue...

—Oh, no.

Todas las piezas encajaron de repente en la mente de Anita, que se llevó una mano a la boca y otra a la frente. ¿Pero qué acababan de hacer aquel puñado de inconscientes?

—¿Qué sucede, amor mío? —Pepe le dio la mano, preocupado—. ¿Te encuentras bien?

—¿Tenéis idea de quién es esta chica? —La señaló, con los ojos desorbitados—. ¿Lo sabéis?

—Una dama que va a pagarnos muy bien por sacarla de aquí —respondió Diego—. No necesito saber más.

—Claro que lo necesitas porque no es una niña rica cualquiera —insistió—. Sabía que su cara me resultaba familiar. La he visto pasear por Ronda con sus hermanas y su prometido cientos de veces. Usted es Mercedes Díaz de Medina y Quevedo, la primogénita del marqués de Arquería y prometida de Francisco de los Ríos. ¿Me equivoco, señorita?

Todas las miradas se fijaron en Mercedes, que se irguió y enarcó ambas cejas, en un gesto de superioridad. Habría preferido permanecer en el anonimato por su propia seguridad hasta salir del país, pero ahora que se había descubierto su secreto, no pensaba amedrentarse.

—No, no se equivoca —contestó con arrogancia—. Aunque no creo que a nadie le interese

quién es mi prometido ni cuáles son mis apellidos.

—Esta niña va a llevaros a la ruina. Va a acabar con todos nosotros —les advirtió Anita—. De lo único que se habla en Ronda es de su enlace. Removerán Roma con Santiago para encontrarla.

—No lo lograrán.

—Claro que sí y, si os atrapan con ella, os acusarán de secuestro. Dirán que os la habéis llevado para pedir un rescate. O sabe Dios qué más se inventará el marqués para proteger a su primogénita del escándalo. Ella saldrá impune y recuperará su vida, pero vosotros lo perderéis todo.

Todos seguían con la mirada fija en Mercedes y Diego se dio cuenta de que, a pesar de la mueca orgullosa que había adoptado, en sus ojos brillaba una chispa de temor. Algo le decía que aquella dama no quería que la llevaran de vuelta a su cómoda vida y se moría de curiosidad por averiguar por qué alguien renunciaría a algo así. ¿Su prometido sería un mal hombre? ¿La estarían obligando a casarse con alguien a quien despreciaba? Tenía muchas preguntas y no veía el momento de resolverlas.

—Es una suerte que no vayan a descubriros entonces —intervino él tras un par de minutos de silencio—. Anita, quédate tranquila: sé lo que hago.

—¿Estás seguro de eso? Porque yo creo que un par de pestaños coquetos te han hecho perder el poco sentido común que te quedaba. Y ten muy claro que mis hijos no pagarán por tus errores, Diego. No consentiré que nadie vuelva a hacerles daño jamás.

—Los niños estarán bien —le prometió Pepe. Tiró de su mano para acercarla y volvió a abrazarla—. Te juré cuando nos casamos que siempre estaríais a salvo y no pienso faltar a ese juramento.

—Pues entonces no participes en esta locura, Pepe —casi le suplicó ella—. Por mí y por ellos, por favor. Esto no va a salir bien. No conseguiréis llegar a Madrid sanos y salvos.

—Venga, tranquila, vamos dentro. —El hombre besó su frente, intentando calmar su agitación—. Tengo algo de dinero para que podáis comprar.

Rodeó su cintura con un brazo y la condujo hasta la cueva. Mercedes los siguió con la mirada hasta que desaparecieron. Era consciente de que, en parte, aquella mujer tenía razón: removerían cielo y tierra para encontrarla, no dejarían piedra sin levantar, no descansarían hasta llevarla de vuelta a casa. ¿Y si no podía escapar? ¿Y si la atrapaban y la obligaban a regresar?

—Id con los demás, chicos —murmuró Diego, aunque sus ojos seguían clavados en Mercedes, que parecía haberse quedado muda—. Enseguida me reuniré con vosotros para empezar a preparar el viaje.

Los tres entraron a la cueva y Mercedes, sin saber muy bien qué hacer, anduvo unos cuantos pasos. Sus hombros se habían hundido hacia delante por culpa de la preocupación. Diego parecía dispuesto a acompañarla, pero sabía que podía cambiar de opinión. Especialmente en aquel momento, ya que había descubierto quién era. Podría conseguir muchísimo dinero si pedía un rescate a sus padres y Francisco. Mucho más del que ella iba a darles.

—Así que es usted la hija mayor de un marqués...

Se giró hacia el bandolero, que seguía observándola sin moverse del sitio. La observaba con detenimiento, como si no acabara de creerse que aquello fuera verdad.

—Así es.

—¿Y tiene hermanos varones?

—No.

—La futura marquesa entonces.

—Si va a pedir un rescate, le recomiendo que lo haga cuanto antes —replicó, escondiéndose de nuevo tras una máscara de indiferencia y frivolidad—. Mi prometido no es un hombre que se ande con tonterías, así que lo mejor será terminar con todo esto cuanto antes.

—¿Cree que voy a romper nuestro acuerdo? —Diego sonrió y dio dos pasos en su dirección—. Está usted muy equivocada, Mercedes.

—¿Sigue queriendo llevarme a Madrid? —intentó que su voz no la delatara, aunque enseguida se dio cuenta de que no lo había logrado. Carraspeó y desvió la mirada, avergonzada por haber dejado que él viera lo mucho que la había sorprendido—. ¿Por qué?

—No sé su historia, pero supongo que tendrá sus motivos para huir de una vida llena de lujos. No soy quién para juzgarla, ni mucho menos para obligarla a regresar a un lugar del que parece desesperada por escapar —contestó, acercándose un poco más—. Yo hui hace ya mucho tiempo de la que un día fue mi casa. Si alguien hubiera intentado detenerme entonces... francamente, no sé qué habría hecho. Así que no voy a venderla por treinta monedas. Tenemos un trato, ¿no es cierto? Pues pienso cumplir con él.

—Es usted un hombre de palabra —murmuró, todavía con la mirada gacha.

—No se deje engañar por las malas lenguas que dicen que no somos más que mercenarios. No todos somos tan terribles.

Ella lo miró al fin y sonrió, agradecida. Al menos de momento estaba a salvo.

Mercedes no paraba de dar vueltas sobre sí misma. Acostumbrada como estaba a dormir en una cama mullida y confortable, le resultaba imposible conciliar el sueño sobre el duro suelo. Además, la cabeza no paraba de darle vueltas. Era la primera vez que pasaba tanto tiempo lejos de sus seres queridos y miles de dudas parecían haber surgido de la nada. ¿De verdad estaba haciendo lo correcto? ¿Y si estaba cometiendo un error irreparable al intentar huir?

Se sentó y apartó la manta con la que se cubría. Todos los demás estaban durmiendo y no quería despertar a nadie, pero no podía seguir ahí tumbada, por lo que se puso en pie y se asomó a la entrada de la cueva. Un poco de aire fresco le sentaría bien para despejar las ideas.

Junto a la entrada vio una pequeña fogata, frente a la que estaba sentado Diego, que debía estar de guardia para comprobar que nadie los atacaba por sorpresa. Aprovechó para observarlo

con tranquilidad, apoyada en la piedra. En la oscuridad de la noche, no parecía tan pretencioso como a la luz del día. De hecho, el reflejo del fuego en su rostro le daba un aspecto juvenil. No podía ser muy mayor, aunque era evidente que había vivido mucho.

—¿Va a fugarse también de aquí?

Dio un respingo al escuchar aquella pregunta. Diego se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa, que ella acabó por devolverle.

—Necesitaba respirar aire fresco.

—Puede sentarse si le apetece. Le prometo que estará a salvo.

Titubeó sin poder evitarlo. Sabía que quedarse a solas con un hombre en mitad del bosque era completamente inapropiado, aunque suponía que toda aquella situación lo era. Una auténtica dama no se escapaba de su hogar al amparo de la noche para irse a recorrer el mundo. Una verdadera señorita no estaría en paños menores delante de un hombre desconocido. Así que al final asintió y se colocó cerca de él, aunque guardó una distancia prudencial. Diego no dejaba de ser un extraño, como se obligaba a recordar.

—¿Nerviosa por el viaje?

—Un poco —confesó—. No dejo de pensar en las palabras de Anita. Quizás esté en lo cierto. A lo mejor esto acaba con ambos presos y condenados a muerte: usted ajusticiado y yo casada.

—Saldrá bien.

—¿Cómo está tan seguro?

—Nunca incumplo mi palabra. Además, no se lo tenga en cuenta a Anita. —Se acercó y bajó el tono de voz, como si estuviera a punto de hacerle una confidencia que no quería que nadie más oyera—: Su vida no ha sido precisamente fácil y tiende a desconfiar.

—¿Qué le sucedió? Si puedo preguntar, claro está. No me gustaría parecer una entrometida...

—Pasó mucho tiempo con un hombre que no era bueno —le contó Diego, aún en aquel tono de voz tan bajo que la obligó a echarse un poco hacia delante para no perder detalle—. Era apenas una niña cuando lo conoció y no tardó en engatusarla con promesas y palabras bonitas. La sedujo y quedó embarazada poco después, así que sus padres la obligaron a desposarlo. Fue entonces cuando descubrió que no era tan encantador como parecía. Le hacía daño e intentaba hacérselo también a sus hijos. Decía que todos eran de su propiedad y podía hacer con ellos lo que deseara.

—Qué horror —murmuró Mercedes—. No le deseo un matrimonio así ni a la peor de mis enemigas.

—Es terrible, sí —asintió Diego—. Un día Anita no pudo seguir aguantando. No sé qué se encontró cuando volvió a casa, pero recogió unas pocas pertenencias, cogió a los tres niños y huyó. Pasó mucho tiempo aterrada.

—Porque podía quitarle a sus hijos.

—Exacto. Sabía que si su marido la encontraba, la mataría y se los llevaría y entonces nadie podría protegerlos. Por eso se marchó lejos e intentó pasar desapercibida. Fingió ser una humilde

viuda y entró a servir en una casa en la que se «apiadaron» de ella. Allí conoció a Pepe, que era uno de los jornaleros que trabajaba en la finca de sus señores. Al principio no se fiaba de él. Temía que volvieran a hacerle daño o que se aprovecharan de su delicada situación, pero no tardó en darse cuenta de que no hay ni un ápice de maldad en su corazón. Y se enamoraron.

—¿No le contó que estaba casada?

—No pudo hacerlo. Su marido la encontró antes de que pudiera explicarle la verdad. El muy malnacido conocía a mucha gente y logró dar con ella.

Diego guardó silencio y Mercedes enarcó ambas cejas, muerta de curiosidad. No podía dejar la historia así.

—¿Y qué pasó?

—Estuvo a punto de matarla, pero, por fortuna, Pepe llegó y pudo salvarlos tanto a ella como a sus hijos. Se encaró con él, forcejearon... y lo mató. Ambos sabían que condenarían a Pepe si lo encontraban, así que los cinco se echaron al monte. Fue entonces cuando los conocí. Me contaron su historia y les ofrecí ayuda. Anita no tenía delito de sangre, por lo que podía quedarse en un pueblo, pero Pepe debía permanecer oculto, al menos hasta que las aguas se calmasen por completo, por lo que le ofrecí unirse a nosotros.

Diego se encogió de hombros y Mercedes sonrió, cada vez más sorprendida. Nunca se habría imaginado que un forajido pudiera tener tan buen corazón.

—Muy noble por su parte.

—Era lo mínimo que podía hacer. No soporto las injusticias.

—Así que ¿va por la serranía salvando a gente en apuros? ¡Vaya! De haberlo sabido no le habría ofrecido dinero, sino que le habría contado mi historia para que me auxiliara también.

—Puede contármela si quiere. Se me da bien escuchar.

Mercedes negó con la cabeza. Por muy buena persona que Diego pareciera, no podía revelar todas sus cartas si quería salirse con la suya.

—Lo mejor será que intente dormir un poco. Mañana nos espera una jornada complicada.

—Como quiera. Tenga una buena noche y procure descansar.

Ella dio media vuelta y anduvo hacia el interior de la cueva, aunque la voz del bandolero la detuvo antes de que pudiera entrar.

—¿Puedo preguntarle una última cosa? Algo personal.

—Depende. —Se giró de nuevo y frunció el ceño—. ¿Qué quiere saber?

—Su prometido, el hombre del que huye, ¿es como el marido de Anita?

—No —contestó, turbada. No se había parado a pensar en lo que aquellos hombres sospecharían, en lo que pensarían de ella y sus circunstancias. Nunca se había imaginado que la tomarían por algo más que una dama mimada en mitad de una pataleta—. Quédese tranquilo: Francisco no me ha puesto nunca la mano encima, en ningún sentido. Es solo que quiere controlar mi vida y ponerme unas cadenas que yo no estoy dispuesta a aceptar. Además, no huyo solo de un matrimonio.

—Ah, ¿no?

—No. Huyo de una vida que no quiero.

Diego sonrió y asintió. Al menos había descubierto algo más de aquella misteriosa señorita.

—¿Algo más?

—Me quedaría escuchándola el resto de la noche, pero me ha dejado bastante claro que no quiere contarme nada más, por lo que no insistiré.

—Buenas noches pues, Niño Bonito.

Al decir aquello no pudo evitar morderse el labio, aguantando la risa. Él levantó una ceja, aunque decidió que no era el mejor momento para comentar el cambio de tono en aquella pullita. Ya tendrían tiempo durante el viaje.

—Buenas noches, Mercedes. Descanse porque mañana será un largo día.

—¿Sabe qué? Estoy deseando que llegue.

Capítulo 8

Amalia apenas fue capaz de conciliar el sueño. Se pasó toda la noche dando vueltas en la cama, pensando en su hermana. ¿Estaría a salvo? ¿Le habrían hecho daño aquellos malhechores? Todavía le costaba creer que la hubieran secuestrado en su propio hogar. ¿Y si regresaban? ¿Y si no volvían a estar jamás a salvo en casa? Estaba aterrada y solo rogaba a Dios para que Mercedes apareciera sana y salva pronto.

Por la mañana, cuando Manuela, su doncella, fue a despertarla, lo primero que hizo fue preguntarle si había noticias. Quizás algún guardia o incluso el mismísimo alcalde había traído nuevas temprano. O a lo mejor Francisco había descubierto algo. El día anterior les había dicho que tenía ciertas sospechas, que trataría de esclarecerlas cuanto antes. No obstante, la joven respondió que nadie había acudido a la casa, ni habían recibido ninguna carta.

—Pero no se preocupe —trató de animarla mientras la ayudaba a vestirse para el desayuno—. Estoy convencida de que pronto darán con ella. El señor ha movilizado a todas las autoridades y esos malnacidos no podrán esconderse eternamente.

—Lo sé, pero temo que le hagan daño. —Se giró para mirarla, aún a medio vestir—. ¿Y si se deshacen de ella, Manuela?

—Ya conoce a su hermana, señorita. No es de las que se deja avasallar.

—Mis padres temen que la maten justo por eso.

—Tenga fe. —Apoyó una mano en su hombro y la hizo girar de nuevo para poder terminar de ajustarle el vestido—. ¿Por qué no acompaña a su madre a misa? Orar la ayudará a calmarse.

Amalia asintió en silencio. Aunque dudaba que aquello aliviara su angustia, suponía que salir y despejarse un poco le sentaría bien. El nerviosismo que se respiraba en cada rincón de su hogar amenazaba con asfixiarla, así que un poco de aire fresco quizás templara sus nervios. Además, a pesar de que sabía que su padre no quería que ella y sus hermanas salieran de casa, para que los vecinos no se percataran de la ausencia de Mercedes, no podían negarle ir a misa, ¿verdad?

En cuanto Manuela terminó de vestirla, salió del dormitorio y bajó hasta el comedor para desayunar. La mesa estaba tan llena como de costumbre, como si no hubiera pasado nada, y sus padres ya estaban allí. Tenían ojeras y parecían agotados, por lo que dedujo que tampoco habrían

dormido demasiado aquella noche. Al parecer, el insomnio se había adueñado de toda la casa desde la desaparición de Mercedes.

Comieron en silencio, demasiado cansados para conversaciones vanas, y ni siquiera la llegada de Eugenia y Margarita alivió el ambiente. En cuanto acabaron, Juan se marchó a entrevistarse con el alcalde, Cayetana se retiró a la salita y las tres jóvenes se dispersaron por la casa, tratando de olvidar durante un rato todo lo que estaba sucediendo. Aunque aquello era una tarea imposible.

Francisco llegó a la casa de los marqueses a media mañana. Juan aún no había regresado, así que su esposa lo recibió. Le ofreció asiento y un refrigerio antes de despedir a todos los criados. Sabía que, si traía noticias de Mercedes, lo mejor sería evitar que se propagaran fuera de aquella habitación.

—Creo que sé dónde encontrarla —dijo directamente el joven en cuanto se quedaron a solas—. He estado dándole muchas vueltas al asunto y tengo una teoría.

—Cuénteme, por favor.

Francisco dibujó una mueca compungida para que la mujer no sospechara. Llevaba desde el día anterior perfeccionando aquel plan, eligiendo con cuidado cada una de sus palabras y cómo iba a presentarlas ante los padres de su prometida. Sabía que, si quería obligarla a regresar, tendría que ir personalmente a buscarla y aquella era la excusa perfecta. Solo debía esforzarse por resultar creíble y que no se dieran cuenta de que todo era una artimaña.

—Ya sabe que la serranía está plagada de esos horrendos bandoleros que se dedican a asaltar y malear.

—Unos auténticos criminales que deberían ser ajusticiados de inmediato —coincidió ella—. Pero ¿qué tienen que ver con la desaparición de mi hija?

—Es posible que alguno entrara a robar aprovechando la noche. Es bien sabido que no tienen ningún respeto y que están dispuestos a jugarse la vida por unas cuantas monedas.

—Esos hombres no salen de los montes —lo contradijo la mujer—. No se atreverían a entrar en la ciudad y asaltar una casa. Han debido de ser otro tipo de ladrones.

—Yo no estaría tan seguro. Piénselo: cualquier vándalo habría pedido ya un rescate por ella; sin embargo, no hemos recibido noticias. Puede que se la llevaran con otro propósito y que la tengan retenida en una de sus cuevas.

Cayetana palideció al escuchar aquellas palabras. De todos los bandidos que poblaban aquellas tierras, los bandoleros eran, sin lugar a duda, los peores de todos. Había escuchado tantas historias terribles sobre ellos que no quería ni imaginarse que una de esas cuadrillas tuviera a su hija en su poder. No sabía qué atrocidades podrían haberle hecho, pero, de ser cierta la teoría de Francisco, era probable que jamás pudieran recuperarla. Con algo de suerte podrían encontrarla e

internarla en algún convento, pero jamás podría regresar a la vida en sociedad.

—¿De verdad cree que eso es posible?

—Son los únicos que se llevan a gente para sus propios fines —insistió él, manteniendo el mismo gesto afligido.

—Entonces no hay nada que podamos hacer. La hemos perdido para siempre.

—No sea tan pesimista. Quizás podamos localizarla. Al fin y al cabo, esos grupos se esconden en estos bosques, ¿no?

—Sí, pero son muy escurridizos. Los guardias nunca logran acercarse lo suficiente a sus escondites.

—Y es por eso por lo que he decidido echarme yo mismo al monte para tratar de recuperarla.

Dijo aquello con convicción, como había ensayado tantas veces en su casa. Era consciente de que podía parecer una insensatez, pero conocía demasiado bien a Mercedes y sabía que era lo suficientemente astuta como para esconderse de los guardias. Probablemente estaría esperando una gran partida de búsqueda, pero no a una única persona que pudiera seguir sus huellas con sigilo. No lo creería capaz de ensuciarse las manos, por lo que lograría pillarla por sorpresa, cuando estuviera desprevenida, y no le quedaría más remedio que regresar. Por las buenas o por las malas.

—Francisco, por Dios, no puede estar hablando en serio.

—Es la única alternativa. Un grupo de guardias pondría a esos rufianes en alerta, los asustaría y podrían incluso acabar con la vida de Mercedes antes de que pudieran rescatarla, pero si fuera solo yo...

—¡Es demasiado peligroso! —insistió la mujer, cada vez más pálida—. Usted es un político, ¿cómo va a enfrentarse a unos forajidos?

—Es mi deber como su prometido hacerlo —insistió e incluso apoyó una mano sobre la de su futura suegra—. Marquesa, puede que esta sea nuestra única oportunidad para salvarla.

—Pero es una locura. ¿Cómo lo logrará?

—No se preocupe por eso. He salido a cazar muchas veces y sé cómo acercarme a un cervatillo sin espantarlo.

—Sigo creyendo que no debería ir solo. Estoy convencida de que las autoridades...

—No podemos seguir esperando. El tiempo juega en nuestra contra, así que haré todo lo que haga falta por traerla de vuelta a casa sana y salva.

—Pero podrían matarlo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. Mercedes lo merece.

Y tanto que lo merecía. No pensaba renunciar a un matrimonio tan provechoso solo porque aquella malcriada hubiera decidido rebelarse contra su destino y huir de casa.

Cayetana lo miró fijamente, sin saber qué contestar. Seguía creyendo que aquello era una auténtica insensatez, pero le parecía más que evidente que Francisco solo quería lo mejor para Mercedes. Quizás tenía razón y esa era la única alternativa posible. A lo mejor una sola persona

tenía más probabilidades de recuperar a su pobre niña.

—Tenga mucho cuidado, por favor —le dijo al fin—. No quiero que esta desgracia acabe convirtiéndose en una auténtica tragedia.

—No se preocupe. Le prometo que volveré y traeré a Mercedes conmigo.

No tardó en despedirse. Le aseguró de nuevo a la mujer que regresaría pronto y la obligó a prometer que impediría que sus padres enviaran una patrulla tras sus pasos (no necesitaba que un puñado de guardias truncara su plan) antes de dedicarle una inclinación de cabeza caballerosa y abandonar la sala, listo para empaquetar lo necesario y echarse al monte. Recorrió el pasillo hasta la puerta principal con paso firme, pero una voz lo detuvo antes de cruzar el umbral.

—¡Francisco, espere! ¡Espere, por favor!

Se giró y vio a Amalia, que corría en su dirección olvidando cualquier protocolo. Se detuvo frente a él y su mirada ansiosa hizo todas las preguntas que su boca no se atrevía a formular.

—Creo que sé dónde está tu hermana y voy a ir a buscarla —dijo, dibujando la mejor de sus sonrisas.

Después de su pequeño incidente sabía que tenía que ser especialmente amable con ella para que no sospechara de sus verdaderas intenciones y lo delatara. Amalia podía parecer una cría ilusa e inocente, muy distinta a Mercedes, pero no podía olvidar que eran hermanas. A lo mejor había heredado algo de su ingenio y, Dios no lo quisiera, acababa por atar cabos y darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿De verdad? —La chica contuvo un grito a duras penas. No era capaz de ocultar el alivio que la había invadido al escuchar aquello—. ¿Cree que podrá traerla entonces a casa?

—Eso espero, aunque debo partir cuanto antes. El tiempo juega en nuestra contra.

Ella asintió con el estómago encogido. No eran las buenas noticias que había esperado, pero suponía que era mejor que la más absoluta de las incertidumbres. Al menos Francisco tenía un plan y, si todo salía bien, Mercedes regresaría y todos podrían recuperar su vida.

—Pues márchese entonces —lo apremió—. Confío en usted. Sé que será capaz de devolverme a mi hermana sana y salva. Estoy convencida de que es el único capaz de hacerlo.

Él sonrió al escuchar aquello. Parecía que cualquier posible sospecha había quedado olvidada por completo.

Se despidió de la joven y salió, por fin, de la casa. Una vez en la suya, y sin tiempo que perder, ordenó a uno de los criados que empaquetara unas pocas pertenencias y se sentó a redactar varias cartas para sus compañeros de partido. Sabía que lo esperaban para resolver asuntos importantes, pero Mercedes era su prioridad en aquel momento y estaba convencido de que no le negarían nada a un afligido prometido. Además, todos sabían lo importante que era la joven y tenían planes para ella, por lo que su regreso se convertiría también en prioritario en cuanto recibieran la noticia.

Tras pedir que enviaran aquellas misivas cuanto antes, ordenó que prepararan su montura y le comunicó su decisión a su familia. Sabía que le pedirían prudencia y que dirían que lo más

sensato sería dejar trabajar a las autoridades; puede que su madre incluso le suplicara que no hiciera aquella locura, pero su decisión ya estaba tomada. En cuanto le confirmaron que todo estaba listo, y sin dejar que sus padres protestaran, se despidió de ellos y partió. No sin antes enfundar su arma, por supuesto. Mercedes no suponía una auténtica amenaza y estaba convencido de que no le costaría obligarla a regresar, pero nunca estaba de más. Aunque indefensa, su prometida era terca como una mula y dudaba que aceptara regresar sin presentar pelea.

Y él estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta para obligarla a hacerlo. Incluso a usar la violencia si era necesario.

Capítulo 9

Diego y Pepe tuvieron una fuerte discusión antes de partir. Después de su conversación con Mercedes y de haberse pasado casi toda la noche en vela, el líder de la cuadrilla estaba más que convencido de su decisión. Sin embargo, su compañero también había tenido tiempo para reflexionar sobre lo que su mujer le había dicho el día anterior y había llegado a la conclusión de que Anita estaba en lo cierto. Aquello era una locura y debían parar antes de acabar ajusticiados. El mayor le pedía prudencia: se jugaban demasiado por una dama a la que ni siquiera conocían. Pero Diego no parecía dispuesto a cejar en su empeño. Iba a acompañar a Mercedes hasta Madrid pasara lo que pasara.

—¿Y qué más da que sea una desconocida? —le espetó, cada vez más exasperado. A lo lejos veía a la joven pasear de forma nerviosa, consciente de que estaban hablando de nuevo de ella—. A vosotros tampoco os conocía y os ayudé a esconderos.

—Sabes tan bien como yo que la situación era distinta. Si la encontraran...

—No lo harán.

—No puedes estar seguro de eso. Anita tiene razón: te has quedado prendado de ella y no eres capaz de razonar. Si cualquiera de nosotros te hubiera propuesto algo así, nos habrías llamado inconscientes.

—No estoy prendado, ni quiero meterme bajo sus faldas como todos creéis.

—Lo disimulas bastante bien.

—Esa mujer necesita ayuda, Pepe. Está dispuesta a renunciar a una fortuna y un título nobiliario para conseguir libertad. ¿No te das cuenta de lo que eso significa? Nadie huye de una vida así sin un buen motivo, así que ¿quiénes somos nosotros para juzgarla?

—Nadie, pero no juzgarla no implica que tengamos que ayudarla a costa de nuestras propias vidas.

—Estás siendo demasiado melodramático...

—Esto es una insensatez, Diego. Y, si me capturan, ¿qué será de mi familia? Nadie depende de ti, pero yo tengo una mujer y unos niños que quedarían desamparados si algo me sucediera. ¡Ya han pasado por mucho y no voy a consentir que un par de pestaños les arruinen la vida!

Se hizo el más absoluto de los silencios en la cueva. Ambos sentían los ojos de todos sus compañeros fijos en ellos y bajaron las miradas, cohibidos. A pesar de que eran muy distintos y solían tener opiniones dispares, nunca discutían de aquella forma delante de los demás.

—No tienes por qué venir —murmuró Diego, derrotado, tras unos segundos eternos. Evidentemente prefería que su amigo y mano derecha lo acompañara a Madrid, pero entendía su postura. Pepe y Anita habían tenido que luchar mucho para estar juntos y poder sacar a sus hijos adelante, por lo que comprendía que no quisiera jugárselo todo por ayudar a una dama a la que no conocía—. Estaremos bastante tiempo fuera, así que necesitamos que alguien se quede aquí para proteger el fuerte.

—Supongo. —Pepe suspiró. No quería dejar a Diego solo, pero aquel viaje era demasiado arriesgado. Además, su compañero tenía razón: alguien debía quedarse mientras él acompañaba a aquella señorita a Madrid—. Cuantos menos seáis, más fácil os resultará pasar desapercibidos.

—Exacto. Solo necesitaré un par de acompañantes.

—Los demás os esperaremos aquí y nos encargaremos de que todo siga como siempre.

Guardaron silencio de nuevo, aunque aquella vez se miraron a los ojos. Y se dijeron con la mirada las palabras que no se atrevían a pronunciar. No querían dejar al otro solo, a merced de la incertidumbre y peligros desconocidos, pero era la única solución posible. Iban a extrañarse, pero la decisión estaba más que tomada.

—Que Dios te guarde, Diego. Sé que no eres creyente mas vas a necesitarlo.

El primer día cabalgaron casi sin parar hasta que anocheció. Querían poner toda la tierra de por medio que fuera posible para que los guardias que buscaban a la chica no dieran con ellos, así que no se detuvieron hasta que cayó la noche.

Mercedes cabalgaba tras Diego, aferrándose a regañadientes a su cintura de vez en cuando. Habría preferido tener su propia montura, pero, al parecer, ninguno de aquellos bandoleros podía prescindir de la suya, por lo que se veía obligada a ir de acompañante durante todo el trayecto.

—Lo mejor será que paremos para descansar un rato —dijo Diego al tiempo que detenía su yegua—. Cenaremos, dormiremos y retomaremos nuestro camino al amanecer.

—Aún estamos demasiado cerca de Ronda —protestó Mercedes—. Creía que íbamos a alejarnos más.

—No podemos seguir forzando los caballos —replicó él. Se giró para mirarla y enarcó una ceja—. Sé que no está acostumbrada a viajar así, pero nosotros no los cambiamos en una posta, por lo que debemos respetar su tiempo de descanso.

—Soy consciente de eso, tranquilo, pero creo que aún podríamos aprovechar un par de horas.

—No insista, señorita —intervino Jonás, otro de los bandoleros que los acompañaba—. Lo mejor será descansar para poder retomar el viaje por la mañana. Además, ya está demasiado

oscuro.

Intentó protestar de nuevo, pero los tres hombres le dejaron claro que su decisión no era discutible, así que Mercedes acabó por rendirse y descender de la yegua, aún refunfuñando. Ataron sus monturas a árboles cercanos y montaron un improvisado campamento en el que pasar la noche. Habían traído algo de queso y fruta para aquellos primeros días, por lo que los repartieron y comieron en silencio. Mercedes apoyó la espalda contra el tronco de un árbol y suspiró. A pesar de lo mucho que había insistido para continuar con el viaje, estaba exhausta después de aquella jornada tan larga.

Cuando terminaron la frugal cena, decidieron dividirse en parejas para hacer guardia, de manera que dos de ellos siempre estuvieran despiertos mientras los otros dos dormían para prevenir posibles ataques. El primer turno les tocó a Diego y Mercedes, que no estaba demasiado conforme con aquello, aunque comprendía que, por mucho que estuviera pagándoles para que la escoltaran, también tenía que arrimar el hombro si quería llegar a su destino a salvo.

—¿Y qué se supone que hacemos ahora? —le preguntó a Diego una vez Jonás y Matías se hubieron acostado—. ¿Sentarnos y observar?

—Básicamente —respondió él al tiempo que se dejaba caer en el suelo. Estiró los brazos y bostezó, aunque enseguida volvió a erguirse—. Podemos conversar para espantar el sueño si le apetece. Las noches de guardia pueden volverse largas y tediosas en completo silencio.

—Si esto es una estratagema para que le cuente mi historia, debo advertirle que no va a servirle de nada.

Diego sonrió de forma burlona al escuchar aquello. La cabezonería de aquella dama cada vez le parecía más encantadora.

—Vaya, ha descubierto mi plan maestro —bromeó—. ¿Cómo conseguiré ahora averiguar por qué una señorita respetable como usted ha decidido echarse al monte?

—Ya no soy una señorita, como le dije ayer. Y yo también podría hacerle muchas preguntas, ¿sabe? —Mercedes se sentó a su lado, bastante más cerca de lo socialmente aceptable, aunque a ninguno de los dos pareció importarle—. Parece bastante joven y, aun así, es el líder de esta cuadrilla.

—No me gusta presumir, pero así es.

—Eso quiere decir que lleva mucho tiempo huyendo de la justicia.

—Desde los catorce años, como el Tempranillo. De hecho, mi apodo data de la época en la que me escapé. Me lo pusieron los bandoleros a los que me uní porque decían que tenía cara de ángel. Y porque todavía era casi un niño, claro.

—Dios mío —murmuró ella—. Mi hermana pequeña, Amalia, tiene catorce años e imaginármela sola en los bosques me provoca escalofríos. ¿Qué puede llevar a un crío a abandonar su hogar y unirse a una cuadrilla de malhechores?

—Es una larga historia.

—Tenemos gran parte de la noche.

Diego volvió a sonreír y agitó la cabeza ante aquel comentario tan descarado.

—Así que usted no va a contestar a ninguna de mis preguntas, pero pretende que yo le cuente toda mi vida...

—Es que me provoca una gran curiosidad —insistió ella. No sabía muy bien por qué, pero se sentía muy relajada charlando aquella noche con él. Cuando se quitaba la máscara de chulería que llevaba durante el día, resultaba un hombre bastante agradable—. ¿Qué suceso terrible lo empujó a esta vida, Diego?

—El mismo que a la mayoría de los que hemos acabado vagando por la serranía: un asesinato.

Mercedes notó un pequeño tirón en el pecho. A pesar de que siempre había escuchado las terribles historias de bandoleros asesinos, no se le había pasado por la cabeza que Diego pudiera ser uno de ellos. Y, a pesar de que aquello debía haberla horrorizado, no pudo evitar que su curiosidad aumentara.

—¿De quién?

—Si se lo dijera, no volvería a mirarme con los mismos ojos.

Movida cada vez por una mayor curiosidad, se inclinó hacia delante, tratando de animarlo a que continuara hablando. Cientos de posibles situaciones, a cada cual más inverosímil, se le estaban pasando por la cabeza y necesitaba averiguar si alguna de ellas era la correcta.

—Póngame a prueba, Niño Bonito. No soy de las que se asustan con facilidad.

Él titubeó, aunque, al final, acabó por confesar debido a su insistencia. Si de verdad quería saberlo, él no se lo ocultaría por muy oscura que fuera la verdad.

—Tuve que huir porque asesiné a mi padre.

Mercedes contuvo la respiración y dio un pequeño respingo sin poder evitarlo, lo que hizo que Diego enarcara una ceja. Menos mal que le había insinuado que estaba preparada para escuchar lo que fuera. Ella, por su parte, aún trataba de asimilar lo que acababa de oír. De todas las cosas que había imaginado, aquella no se le habría pasado jamás por la cabeza. Había sospechado de alguna riña entre vecinos, alguna pelea con un atacante, cualquier tipo de traición, pero nunca había pensado que hubiera matado al hombre que le había dado la vida.

—Sí, esa es justo la reacción que esto suele provocar. Aunque creía que usted tenía más agallas...

—¡Y las tengo! —replicó ante su provocación. Se sonrojó al darse cuenta de cómo había sonado y se obligó a bajar el tono de voz para no seguir delatándose—. Es solo que no esperaba esa confesión. Supongo que algo muy grave debió suceder para que hiciera algo así.

—Sí, aunque eso se lo contaré otro día, cuando se recupere del susto.

—Yo no...

—Claro que sí. Lo noto en su voz y sus ojos —lo interrumpió él antes de que pudiera fingir que todo iba bien—. Pero, como le digo, no se preocupe: es la reacción habitual.

Se quedaron en silencio y Mercedes aprovechó para observarlo. A pesar de la penumbra podía distinguir perfectamente sus rasgos y, especialmente, la intensidad de su mirada. Sentía cómo la

abrasaba cada vez que fijaba la vista en ella, cómo cada centímetro de su piel amenazaba con arder cuando posaba los ojos sobre ella. Y había algo en todo aquello que estaba empezando a atraerla de forma irremediable. Suponía que era la emoción del peligro.

—¿De verdad no va a contármelo? Así solo conseguirá que piense mal de usted y, al contrario de lo que pueda parecer, no lo tengo en baja estima.

—Es usted persistente.

—No se hace una idea de cuánto, Diego, así que desembuche o le juro que me pasaré toda la noche insistiendo hasta que me cuente lo que sucedió.

—Yo podría hacer lo mismo, ¿sabe?

—Y no le serviría de nada porque, como usted mismo ha dicho, soy persistente, por lo que no soltaría prenda. —Mercedes se cruzó de brazos, dispuesta a demostrarle que era capaz de mantenerse firme y que no iba a dejarse amedrentar por él. Incluso alzó el mentón en un gesto desafiante—. ¿Por qué mató a su padre?

Diego estuvo tentado a negarse, a discutir con ella. Parecía tan pagada de sí misma que una parte de él se moría por demostrarle que en el mundo real su origen nobiliario no tenía ningún valor y que no podía seguir ejerciendo sobre los demás el poder que acostumbraba. Sin embargo, aquella actitud le resultaba tan divertida y adorable que acabó por ceder. Además, tarde o temprano acabaría enterándose de la historia, así que ¿qué más daba cuándo se lo contara?

—Porque era un mal hombre que no respetaba la memoria de mi difunta madre —dijo al tiempo que se acomodaba—. Durante su vida no fue el mejor de los maridos, pero tras su muerte se dedicó a ensuciar su recuerdo de todas las maneras posibles. Incluso me obligó a abandonar nuestro hogar y me alejó de mi abuelo y mi tía, lo único que me quedaba de ella.

—¿Y solo por eso lo mató?

—No, claro que no. Acababa de cumplir catorce años cuando descubrí que había perdido jugando a las cartas un colgante de mi madre que había pertenecido a mi abuela y siempre me dijeron que sería para mi futura esposa. Entré en cólera y lo encaré. Y el muy desgraciado me dijo que esa joya era de su propiedad y que yo también lo era, así que podía hacer lo que le placiera.

Diego aún recordaba con nitidez aquel momento. A pesar de que habían pasado diez años y que veía su vida anterior al monte casi como un sueño, podía recrear todo lo que sucedió aquella fatídica tarde que cambió su vida para siempre. Casi podía volver a sentir las manos de su padre enganchadas a su cuello, apretando hasta que empezó a sentir que le faltaba el aire. Por un segundo había estado convencido de que aquel sería su final.

—Actué en defensa propia —siguió diciéndole—. Y no me arrepiento de lo que hice. Era su vida o la mía y me elegí a mí primero. Aunque después tuve que huir, claro. Ni siquiera pude regresar a buscar a la familia de mi madre. Sé que ellos me habrían protegido, pero no quería causarles problemas. Ya habían sufrido bastante.

Mercedes, que de repente parecía haber perdido su aplomo, bajó la mirada y tomó una

bocanada de aire. Aquel relato la había atrapado tanto que se había olvidado incluso de respirar.

—Dios mío... Qué horror. ¿Su propio padre lo atacó?

—Ya le he dicho que no era el mejor de los hombres —contestó él con indiferencia, tratando de no mostrar lo mucho que, en realidad, le seguía afectando aquello—. Bueno, ¿está satisfecha con mi respuesta?

—Mucho.

—¿Y va a aprovechar este momento de confesiones para contarme algo o volverá a dejarme con la miel en los labios?

Ella sonrió y negó con la cabeza. De momento prefería seguir guardándose su historia para ella. Aunque algo le decía que, si seguían como hasta entonces, acabaría por contárselo todo antes de llegar a Madrid.

Y no sabía si esa certeza era precisamente buena.

Capítulo 10

Partieron de nuevo al alba. Mercedes apenas había pegado ojo, ya que, cuando por fin logró dormirse, Diego la despertó para informarle de que había llegado la hora de marchar, así que se aferraba a él con fuerza, tratando de no quedarse dormida y caer de la yegua.

Pasaron, de nuevo, prácticamente todo el día cabalgando. Solo se detuvieron para reponer fuerzas y hacer las necesidades más básicas antes de seguir. Necesitaban poner toda la tierra de por medio que pudieran aquellos primeros días. Además, estaban atravesando el territorio de una cuadrilla enemiga, por lo que lo más sensato sería abandonarlo cuanto antes. Ya tendrían tiempo más adelante para aminorar la marcha si lo necesitaban.

—¿Esta noche en la guardia me contará al fin algo de su historia? —le preguntó Diego de repente a Mercedes—. Anoche yo le confesé demasiadas cosas.

—Fue una charla muy interesante, desde luego —contestó ella con cierta indiferencia, a pesar de que llevaba horas dándole vueltas a su historia. No dejaba de pensar en lo terrible que habría sido vivir algo así para un niño de apenas catorce años—. Pero ya le he dicho que no le pago para escuchar.

—El camino es largo y yo puedo ser muy obcecado, Mercedes —replicó. Miró por encima del hombro y le dedicó una sonrisa chulesca que hizo que ella resoplara—. Al final soltaré prenda.

—Lo dudo mucho.

—¡Esperad un momento! —exclamó Jonás de repente, atrayendo la atención de todos e interrumpiendo su conversación—. ¿Habéis oído eso?

—¿Oír qué?

—No lo sé. Es como si hubiera alguien más aquí. Creo que no estamos solos.

Detuvieron las monturas, guardaron silencio... y entonces lo escucharon. Unas ramas crujiendo y, de la nada, un disparo.

—¡Cuidado! —Diego tiró de Mercedes para ocultarla bajo su cuerpo mientras miraba a su alrededor, tratando de localizar al tirador y comprobar que no había herido a nadie—. ¿Estáis todos bien?

Matías y Jonás asintieron mientras trataban también de averiguar de dónde había salido aquel

disparo.

—Esto no me hace gracia —intervino Mercedes, asiéndose a Diego de forma inconsciente.

—Ni a mí tampoco —murmuró él, aún oteando los árboles que los rodeaban. Llevó una mano a su arma y alzó la voz—: ¿Quién anda ahí?

Escucharon ramas y hojas crujiendo, un murmullo y, de repente, cinco hombres aparecieron de la nada. Diego se puso en tensión al reconocerlos. Había esperado no encontrarse con ellos, especialmente con su líder. Las cosas entre Pacheco y él nunca habían sido precisamente amistosas y algo le decía que, después de su último encuentro, no habían mejorado.

—Mirad quién está aquí —exclamó Pacheco. Dibujó una sonrisa torcida al tiempo que dedicaba a Diego una mirada cargada de desprecio—. El Niño Bonito. Creía que no iba a tener la dicha de volver a verte, Dieguito.

—Eso mismo esperaba yo, Pacheco —replicó este—, pero parece que el azar tenía otros planes.

—¿Qué haces en mi territorio? Te dejé muy claro la última vez que nos vimos que no quería volver a verte por aquí.

—Lo recuerdo, como también recuerdo que te tuve a tiro y decidí perdonarte la vida por los viejos tiempos —replicó. Asió con más fuerza su arma, listo para desenfundarla en caso de ser necesario—. No hagas que me arrepienta de no haberte matado cuando tuve la oportunidad.

—Yo me arrepiento de tantas cosas en lo que a ti respecta... —Desvió la mirada hacia Mercedes y torció aún más la sonrisa, mostrando sus dientes picados, lo que hizo que ella dibujara una mueca asqueada—. ¿Quién es?

—No te importa.

—Es guapa.

—Ni la mires, Pacheco.

Mercedes, que no entendía qué estaba sucediendo, pero notaba cómo la tensión entre los dos hombres crecía por segundos, se aferró con aún más fuerza a Diego. Si aquel hombre era también un bandolero, daba gracias por no haberse cruzado antes con él (o con alguien de su calaña) porque solo Dios sabía cómo habría terminado aquel encuentro. No le gustaba nada cómo la miraba: como si no fuera más que un pedazo de carne, como si fuera a abalanzarse encima de ella en cualquier momento para llevársela de allí a la fuerza. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. No podía consentir que le hicieran daño. Debía pensar un plan de defensa por si el tal Pacheco la atacaba. Y, de repente, recordó el arma que llevaba escondida y que le habían enseñado a usar antes de emprender el viaje por si tenía que defenderse, así que, con mucho cuidado para no llamar la atención de sus nuevos enemigos, deslizó la mano a su costado y la cogió.

—Ya que estáis cruzando por nuestro territorio sin permiso, deberíais darnos algún tipo de compensación —siguió diciendo el hombre—. Será solo un ratito, después te la devolveré. Si es que aún la quieres, claro.

—Acércate a ella y te juro que te haré pedacitos y se los daré de comer a los cerdos. Aunque no creo que ni siquiera ellos sean capaces de digerir algo tan repugnante como tú.

—Oh, el pequeño Dieguito se ha encaprichado de la dama. Enternecedor. —Dio un paso hacia el frente, pero Diego no titubeó ni un instante en desenvainar su arma y apuntarlo con ella, listo para disparar en caso de ser necesario. Pacheco dibujó una mueca divertida y levantó ambas manos de forma casi burlesca—. Tranquilo. Solo estamos conversando como viejos amigos.

—Si no nos dejas marchar, te dispararé.

—Ya ha quedado demostrado que no vas a hacerlo, así que ahórrate el numerito.

—Puede que él no, pero yo sí. —La voz de Mercedes resonó entre los árboles, atrayendo la atención de todos los presentes. Incluso Diego se giró para mirarla, sorprendido por su firmeza—. No les tengo ningún miedo ni a usted ni a ninguno de sus hombres.

—Vaya, pero si la dama tiene garras. —El hombre rio y dio un par de pasos más al frente—. Estoy deseando ver cómo...

No lo dejó acabar. No estaba muy segura de cómo lo hizo, pero antes de que Pacheco pudiera terminar la frase, Mercedes alzó su pistola y disparó. No dio en el blanco (ni siquiera se aproximó), pero aquel gesto fue suficiente para desatar una auténtica vorágine. La cuadrilla de Pacheco se apresuró a defenderse mientras Diego y sus compañeros empezaban también a disparar. Pronto todos se vieron inmersos en una auténtica pelea con balas y navajazos.

—¡Mercedes, agárrese! —le gritó Diego cuando su yegua se levantó en dos patas y relinchó.

Ella le hizo caso y se aferró a él con fuerza, todavía con la pistola en la mano. Había disparado varias veces, presa del pánico por todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, y no sabía si había herido a alguien. Aunque esperaba no haberlo hecho.

De repente, sintió cómo una mano se asía a su pierna con fuerza y comenzaba a tirar de ella, tratando de tirarla del caballo. Gritó, sobresaltada, y empezó a patear a Pacheco, que no la soltaba y cada vez la apretaba más. El hombre levantó su navaja, dispuesto a clavársela, así que ella hizo lo único que se le ocurrió: apuntarlo de nuevo. No obstante, cuando quiso apretar el gatillo, fue incapaz. Estaba tan cerca que no podía dispararle a sangre fría. Sabía que un disparo tan cercano podría matarlo y, aunque su vida estuviera en juego, no podía hacerlo.

Pero Diego sí.

El disparo impactó a Pacheco en el hombro y el olor a sangre pareció invadirlo todo de repente. Mercedes chilló de nuevo e incluso se soltó, por lo que Diego tuvo que apresurarse a sostenerla para que no cayera de la yegua.

—¡Retirada, vamos! —exclamó, atrayendo la atención de sus compañeros. Sabía que debían aprovechar el caos que aquella herida había provocado para escapar.

Matías y Jonás asintieron y comenzaron a cabalgar, marchándose de aquel lugar. Diego intercambió una última mirada con Pacheco, que había caído al suelo y se agarraba el hombro mientras lo maldecía.

—La próxima vez no tendrás tanta suerte y esa bala irá a tu pecho —lo amenazó antes de

espolear su yegua y partir también.

Mercedes, que pareció salir del trance, se aferró con fuerza para no caer, aunque siguió observando la escena mientras se alejaban: Pacheco tirado en el suelo, sus hombres socorriéndolo. Cuando lo perdieron de vista, se giró de nuevo al frente y apoyó la frente en la espalda de Diego, sin plantearse ni siquiera lo que estaba haciendo. Sentía temblar hasta la última fibra de su ser por culpa de aquel enfrentamiento y las palabras y miradas de aquel hombre. Por un momento temió que tratara de llevársela. Por un momento temió tener que matarlo ella misma.

Cada vez estaba más nerviosa y se agitaba con más fuerza. No podía dejar de pensar en lo que podría haber sucedido y pronto empezó a notar cómo le faltaba incluso el aire y no podía respirar. Comenzó a boquear y le clavó los dedos en el costado a Diego, que se detuvo de forma abrupta al darse cuenta de lo nerviosa que estaba. Su idea era poner tierra de por medio antes de evaluar los posibles daños con sus compañeros, pero sabía que Mercedes no podía aguantar más.

—Eh, tranquila. —Con cuidado, se soltó de su agarre y se bajó de la montura para poder ponerse frente a ella. Apoyó las manos en sus costados y la bajó sin que opusiera resistencia, lo que se tomó como una mala señal—. Ya estás a salvo, Mercedes, y te prometo que ese miserable se lo pensará dos veces antes de intentar atacarnos de nuevo.

Ella, que todavía intentaba coger aire, negó con la cabeza. El mundo a su alrededor comenzó a enturbiarse y se dio cuenta de que había empezado a llorar y que, de hecho, sus sollozos eran cada vez más y más intensos. Diego chistó, en un vano intento de calmarla, y la abrazó. Mercedes se agarró a él con fuerza, como si fuera una tabla salvavidas, y él le acarició el pelo.

—Creía que... Creía que...

No pudo terminar la frase. Sollozó de nuevo e intensificó el abrazo. No era capaz de expresar en palabras el miedo que había sentido, cuánto había temido que ese hombre le hiciera daño.

—Lo siento mucho —susurró Diego—. Pacheco y yo tenemos un pasado complicado y todo esto ha sido culpa mía. Si no te hubiera visto montando conmigo, no habría intentado atacarte. Lo siento tantísimo, Mercedes...

Siguió pidiéndole disculpas una y otra vez hasta que ella por fin se calmó y dejó de temblar entre sus brazos.

—Me estás tuteando.

El murmullo de Mercedes sonó tan bajo que Diego tuvo que pedirle que lo repitiera para poder entenderlo y, cuando lo hizo, no pudo evitar sonrojarse e incluso alejarse un par de pasos de ella.

—Ha sido la situación, disculpe...

—No, me gusta que lo hagas —lo interrumpió ella. Se secó los ojos con el dorso de la mano e incluso se obligó a dibujar una pequeña sonrisa—. Siento este espectáculo tan lamentable. No suelo dejar que me vean en este estado, pero la situación me ha sobrepasado. Creí que ese hombre me llevaría con él y que acabaría muerta. O algo peor.

—No te va a pasar nada mientras yo pueda evitarlo. Para eso nos contrataste, ¿no? Para que te

lleváramos sana y salva a Madrid.

—¿Por qué el tal Pacheco te odia tanto? —le preguntó, cambiando de tema para no decirle que habían estado a punto de fracasar en su misión antes de abandonar Andalucía. Aunque, por suerte, habían logrado salir ilesos de aquel ataque—. Dices que tenéis un pasado complicado, ¿qué os pasó?

—Fue el primer bandolero con el que me encontré cuando me eché al monte. Como puedes imaginarte, su cuadrilla no es tan agradable como la mía —le explicó, clavando la vista en el horizonte. Aún recordaba con claridad aquellos primeros días, la dureza con la que lo trataron a pesar de que era solo un niño, cómo se aprovecharon de él para que hiciera todos sus trabajos sucios, puesto que sabían que estaba desesperado—. En cuanto pude, me marché, pero Pacheco se lo tomó como un ataque personal. Decía que él me había salvado, que había impedido que los guardias me apresaran, así que vio mi marcha como la mayor de las traiciones. Me la tiene jurada desde entonces.

—¿Y es verdad lo de que estuviste a punto de matarlo?

Diego titubeó. Clavó los ojos en los de ella y vio, de nuevo, el miedo que mostraron cuando le contó la historia de su padre. Y no quería que Mercedes lo mirara así. No quería que estuviera asustada cuando estuviera a su lado porque solo quería mantenerla a salvo.

Sin embargo, no podía mentirle, así que optó por suspirar y contarle un pequeño resumen de lo que sucedió aquella fatídica tarde.

—Nos encontramos por casualidad, como hoy —empezó a decir—, y nos enfrentamos. Pacheco intentó matarme, pero, por suerte, Pepe me salvó. Consiguió derribarlo y, cuando estaba en el suelo, yo lo tuve a tiro. Un disparo habría bastado para poner fin a todo, para acabar con tanta enemistad y amenazas. Pero no pude hacerlo. A pesar de que ese malnacido se aprovechó de mí en un momento de debilidad, también fue la primera persona que me acogió después de lo de mi padre. La que me enseñó a sobrevivir en la sierra y buscarme la vida. Así que no pude hacerlo y lo dejé marchar. Aunque debo decir que hoy me arrepiento bastante de esa decisión.

—Pero tú no eres de los que mata a sangre fría —terminó ella por él. Parecía más tranquila e incluso sonreía de nuevo.

—No, nunca lo he sido. Aunque estoy dispuesto a hacerlo por necesidad. Al fin y al cabo, soy un bandolero, ¿no?

Ella lo miró de nuevo con aquella chispa en su mirada, aunque mucho más pequeña. Siempre había sabido que aquellos grupos eran mercenarios y, a pesar de lo agradables que eran Diego y sus compañeros y las terribles circunstancias que los habían obligado a todos a echarse al monte, no debía olvidar que tenían las manos manchadas de sangre.

—Sí, creo que en esta profesión no se tiene demasiado apego por la vida.

—Algo así. —Suspiró y apoyó una mano en la mejilla de la joven, que dio un pequeño brinco. No se había esperado aquello—. Mercedes, antes de continuar con nuestro viaje necesito que entiendas que lo que ha pasado hoy podría repetirse. No tengo más enemigos acérrimos, pero hay

otras cuadrillas de bandoleros a las que no les gusta que extraños crucen por su territorio. Podríamos volver a enfrentarnos y quizás alguien resulte herido.

Titubeó al recordar el enfrentamiento. Una parte de ella, la que había temblado hacía apenas unos minutos entre los brazos de Diego, la que aún recordaba perfectamente el olor de la sangre, le suplicaba que dejara de una vez aquella locura, fuera al pueblo más cercano y pidiera auxilio desde allí. Estaba segura de que los guardias la llevarían con sus padres en un santiamén y podría olvidarse de aquello como si se hubiera tratado solo de un mal sueño. Sin embargo, la otra parte, la que siempre la dominaba y estaba sedienta de aventuras, se negaba a abandonar cuando el viaje acababa de comenzar. Si iba a recorrer todo el mundo ella sola, tenía que estar preparada para cualquier inconveniente, por lo que no podía permitir que una simple pelea la amedrentara.

—Ya has visto que sé disparar —respondió finalmente al tiempo que se encogía de hombros—. No tengo buena puntería, pero puedo espantar a cualquier atacante que intente acercarse demasiado.

Diego sonrió al escuchar aquello. A pesar del miedo que había pasado y del ataque nervioso que había sufrido, aquella señorita seguía dispuesta a enfrentarse a lo que fuera para conseguir sus objetivos. Y a él no podía encantarle más.

—Continuemos con el viaje, pues. Aún nos queda un largo camino por recorrer.

Capítulo 11

—**M**adre, un hombre la está buscando por todo el pueblo.

Anita se tensó al escuchar las palabras de su hijo, que acababa de entrar corriendo a casa para avisarla. Estaba lívido, casi como si acabara de ver un fantasma. Y su madre no podía culparlo después de todo lo que había vivido en sus quince años de vida. La última vez que alguien había llegado preguntando por ella, habían estado a punto de morir a manos de su propio padre.

—¿Quién?

—No lo sé, no lo conozco. Pero parece un hombre rico por la ropa que porta y los aires de grandeza con los que se pasea.

No necesitó nada más para deducir qué estaba pasando. Ya los había advertido de que aquella dama y las malas decisiones de Diego acabarían por causarles problemas a todos. Problemas que habían acabado llegando hasta la puerta de su propio hogar, hasta sus hijos.

—Coge a tus hermanos y encerraos en el cuarto —le dijo—. No salgáis hasta que yo os avise, oigáis lo que oigáis.

—Pero madre...

—*Pero* nada —lo interrumpió ella al tiempo que lo sujetaba del brazo—. Haz lo que te digo y no hagáis ruido.

El chico finalmente asintió y se apresuró a coger a sus dos hermanos pequeños y llevarlos hasta el pequeño dormitorio que compartían. Mientras tanto Anita, que intentaba apurar los últimos minutos que le quedaban antes de que ese hombre diera con su casa, escondió un cuchillo en su escote. Esperaba no tener que usarlo, pero llegado el momento no lo dudaría ni un instante. No permitiría que volvieran a hacerle daño a su familia.

Una sombra apareció pocos segundos después en la puerta de su casa y a ella no le quedó otra que hacer de tripas corazón y fingir que no estaba aterrada. Un hombre de porte regio y, como su hijo había dicho, ropajes caros pasó sin pedir permiso, como si todo el mundo le perteneciera y no necesitara invitaciones o presentaciones. Como si tuviera derecho a entrar solo porque ella no pertenecía a la burguesía ni la nobleza y, por tanto, no merecía el más mínimo respeto.

—¿Es usted Anita? —le espetó sin más ceremonias.

—¿Quién pregunta?

—Deduzco que sí que lo es.

—No ha contestado a mi pregunta —insistió ella—. ¿Quién es y qué quiere?

—No se ponga a la defensiva. —Levantó las manos, en son de paz, aunque la sonrisa de superioridad que adornaba su rostro denotaba sus verdaderas intenciones. Había ido hasta allí a por respuestas y no estaba dispuesto a irse sin ellas—. Solo quiero hablar con usted.

—Estoy muy ocupada.

—No le robaré más de cinco minutos. —Señaló una silla, como si aquella fuera su casa y Anita no fuera más que una invitada—. Por favor, siéntese.

Ella titubeó. Quería echarlo de forma inmediata, pegarle con la escoba incluso. ¿Quién se creía que era aquel hombre para entrar en su hogar y actuar de aquella forma? Sin embargo, se contuvo. Conocía muy bien a los hombres de esa calaña y sabía que enfrentarse a él sería peor. Así que acabó por asentir y sentarse. Debía librarse de él de otra forma.

—Mi nombre es Francisco de los Ríos —se presentó al fin— y quería hablar con usted porque creo que podría tener información sobre mi prometida. Desapareció hace unos días y le estoy siguiendo la pista.

—¿Y por qué cree que yo puedo saber algo?

—Porque, después de buscarla por los bosques y no encontrarla, empiezo a sospechar que algunos bandoleros pueden estar relacionados con su partida. He estado preguntando y varias personas me han dicho que su marido es uno de ellos y que su cuadrilla no actúa muy lejos de Ronda.

Había llegado a aquella conclusión después de haberse pasado todo el día anterior buscándola por el monte de manera infructuosa. Si Mercedes estuviera sola, ya habría dado con ella. Al fin y al cabo, era una señorita que lo más cerca que había estado del monte era su casa de campo; no estaba acostumbrada a deambular por su cuenta por la naturaleza. No obstante, si hubiera dado con una cuadrilla de bandoleros y hubiera sido capaz de persuadirlos... Y Francisco sabía muy bien lo persuasiva que podía ser su prometida cuando se lo proponía.

—Hace años que no veo a mi marido —mintió con soltura. Estaba más que acostumbrada a fingir que Pepe y ella no seguían juntos por la seguridad de los niños—. No tengo la más remota idea de a qué se dedica y, créame, prefiero no saberlo.

—Eso no es lo que dicen por ahí.

—La gente habla mucho, pero sus palabras no siempre son ciertas, señor De los Ríos. No debería creer simples rumores.

—Sé que no son rumores —replicó él, que había invertido bastante dinero para obtener información fidedigna. Y estaba dispuesto a seguir gastando aún más para que aquella mujer le dijera lo que quería oír—. También sé que criar sola a tres hijos no debe de ser tarea fácil.

—Hago lo que puedo. —Anita notó como todos los músculos de su cuerpo se tensaban. Quería que dejara a sus hijos fuera de aquel asunto.

—No lo pongo en duda. Estoy convencido de que se desloma cada día para sacarlos adelante por sus propios medios y es por eso por lo que creo que una pequeña contribución podría serle de gran utilidad. —Sacó una bolsa, que había escondido con cuidado hasta entonces, y se la mostró—. Aquí dentro hay mucho dinero, Anita.

—¿Cuánto?

No pudo contenerse. No quería que aquel hombre se diera cuenta de la falta que le hacían aquellas monedas, de todos los apuros de los que salvarían a su familia, mas fue incapaz de morderse la lengua.

—Mucho —se limitó a repetir Francisco al tiempo que dibujaba una sonrisa autosuficiente—. Solo necesito que me diga dónde puedo encontrar a su marido. Si lo hace, le prometo que todo este dinero será para sus hijos y que me encargaré personalmente de que no les falte de nada. Piénselo, es una muy buena oportunidad. Les estoy ofreciendo un futuro a cambio de un par de palabras. No creo que sea un pago excesivo, ¿no le parece?

Anita habría mentido si hubiera dicho que no se vio tentada a decirle a ese hombre lo que quería saber. Al fin y al cabo, no le debía nada a la tal Mercedes. No obstante, sabía que revelar el escondite de Pepe y los demás los mandaría directos al presidio y al garrote. Y, por mucho que aquel hombre pudiera facilitar la vida de sus pequeños, no podía permitir que acabaran con la vida del marido al que tanto amaba.

—Ya le he dicho, señor, que no puedo ayudarlo con eso. No sé dónde podría dar con esa cuadrilla de la que habla.

—Haga un poco de memoria —insistió mientras se pasaba la bolsa de una mano a la otra, tentándola—. Seguro que, si se esfuerza un poco, podrá recordarlo.

—No insista. No le servirá de nada.

Francisco dio un paso al frente, controlando su enfado a duras penas. No le gustaba no salirse con la suya. Mucho menos cuando era una vulgar pueblerina la que intentaba mantenerlo a raya.

—Yo no estaría tan seguro de eso. —Su tono de voz cambió y se volvió amenazador, lo que hizo que un escalofrío recorriera a Anita—. He intentado hacer esto por las buenas, pero ya veo que no está sirviendo de nada. Y no le conviene tenerme como enemigo.

—¿Ha venido hasta mi propia casa a amenazarme? —se obligó a replicar ella, manteniéndose firme.

—No son amenazas, solo... advertencias, Anita. Le he ofrecido una gran recompensa, pero, como no quiere colaborar, no me da más alternativa que decirle que tendrá que atenerse a las consecuencias.

—No le tengo ningún miedo, señor De los Ríos.

—Quizás debería tenerlo, porque si descubro que su marido, o cualquier miembro de su despreciable cuadrilla de bandoleros, está involucrado en la desaparición de mi prometida, le juro que sus hijos lo pagarán. Y créame: no soy de los que juran en vano.

—Márchese de mi casa de forma inmediata.

—¿De verdad no quiere pensárselo? Por el bien de sus pequeños.

—¡Le he dicho que se largue de aquí inmediatamente! —le gritó ella. Cogió el cuchillo que escondía y lo amenazó con él, aunque Francisco se echó a reír ante aquel gesto—. Tiene un minuto para marcharse y no volver nunca, ¿me oye?

Él no se hizo de rogar. Volvió a guardarse la bolsa de monedas y se marchó tal y como había venido. En cuanto se quedó sola, la mujer se dejó caer en una silla y se llevó una mano al rostro. Solo entonces se dio cuenta de que había empezado a temblar por el miedo. Ya había advertido a Pepe y Diego de que aquella señorita solo les traería problemas. Tomó una bocanada de aire, intentando tranquilizarse. Solo esperaba que aquel hombre no volviera a pasarse por allí jamás y los dejara tranquilos.

Capítulo 12

—Hubo un poeta inglés.

Cuatro noches tardó Mercedes en sincerarse con Diego a pesar de que había jurado y perjurado que no le contaría su historia. Sin embargo, aquella madrugada, mientras los dos hacían guardia, no pudo evitar empezar a hablar. Él le había contado tantas cosas de su historia que le parecía injusto no haberle revelado ni el más mínimo detalle de la suya. Además, cada día que pasaban juntos se sentía más a gusto con él. Sabía que no la juzgaría, que era la única persona a la que podría contarle su historia al completo sin temor a que la tachara de algo que ella ni siquiera creía que existiera.

Diego enarcó una ceja, incapaz de ocultar su curiosidad, e incluso se deslizó para acercarse más a ella.

—¿Un poeta?

—Sí, uno de esos románticos que se pasean por Europa en busca de inspiración —le aclaró ella—. Y la encontró entre mis sábanas. O, más bien, conmigo desnuda entre las de su fonda.

Él dio un respingo, sorprendido. Jamás había conocido a una dama que hablara con aquella franqueza de esos temas. Mercedes, al ver su gesto, no pudo evitar echarse a reír.

—Las mujeres también somos capaces de desear, ¿sabes?

—Lo sé, aunque no soléis admitirlo.

—Porque, por desgracia, no nos lo permiten. —Ella suspiró y se apoyó una mano en la mejilla con cierta resignación—. Me entregué a Leopold en cuerpo y alma y no he podido contárselo a nadie hasta ahora. Ni siquiera a mi mejor amiga. No me atrevía a decirlo en voz alta porque sabía que, si la persona incorrecta me escuchaba, se convertiría en un escándalo. Mi familia me repudiaría y la reputación de todas mis hermanas quedaría manchada para siempre.

—Eso no es justo.

—Pero es el mundo en el que nos ha tocado vivir. Yo decidí libremente yacer con él porque me apeteció, porque despertó en mí un fuego que no había sentido hasta ese momento, y eso podría haber supuesto mi ruina.

—¿Por eso huyes? —le preguntó él, que había empezado a unir los puntos de un mapa mental

—. ¿Porque te enamoraste de él y decidiste perseguirlo?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! —replicó, ofendida—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Me parecía lo más lógico.

—No me enamoré de Leopold. ¿Acaso tú nunca has estado con una mujer a la que solo deseabas pero a la que no amabas?

—Sí, pero...

—Pues es lo mismo. No asumas que tengo que enamorarme para entregarme a alguien —lo interrumpió antes de que pudiera puntualizar sus palabras—. Puedo tomar mis propias decisiones y dejarme llevar por los impulsos de la carne igual que lo haría cualquier hombre. Hay quien dice que es pecado, pero, de ser así, prefiero arder en el infierno por toda la eternidad a dejar que el fuego me consuma las entrañas en vida.

Diego guardó silencio, sin saber muy bien qué contestar ante aquella afirmación tan rotunda. Jamás se había imaginado que escucharía a una dama defender con tanto fervor los placeres más mundanos. Y no porque no pudieran disfrutarlos como el resto de los mortales sino porque, tal y como Mercedes le había dicho, aquello podía suponer su ruina. Sin embargo, ella había roto con todas las cadenas que le había impuesto la sociedad y estaba dispuesta a llegar hasta el final de aquello.

Cada día le sorprendía más lo valiente que era la mujer que tenía enfrente.

—Leopold me enseñó un mundo que no conocía, me habló de lugares que ahora añoro visitar y despertó en mí unas sensaciones que no sabía que podía experimentar —siguió explicándole ella, ajena a sus pensamientos—. Descubrí lo que era la pasión y me di cuenta de que no podía pasar mi vida junto a un témpano de hielo como Francisco. A él solo le preocupa llegar a ser presidente, ¿sabes? Y estaba dispuesto a usarme de las formas que fueran necesarias, como si no tuviera voluntad y fuera solo un objeto que pudiera manejar a su antojo.

—Y tú no eres de las que se deja avasallar por un marido.

—Jamás lo seré. Por todo eso decidí marcharme en mitad de la noche. Cometí un error al aceptar casarme con Francisco y tenía que solucionarlo como fuera.

Bajó la mirada al confesar aquello. Decirlo en voz alta por primera vez hacía que todo pareciera aún más real y, al mismo tiempo, resultaba liberador. Sentía una mezcla de emociones que no sabía muy bien cómo definir. Sentaba bien admitir aquello al fin, pero, al mismo tiempo, era casi aterrador. Como si le estuviera mostrando a aquel hombre al que conocía desde hacía apenas unos días, una parte muy íntima de su ser. Casi como si se estuviera desnudando frente a él.

—Y todo por culpa de un poeta inglés. —Diego, que se había dado cuenta de cómo el ambiente se había enrarecido, hizo un gesto dramático, tratando de aligerar la situación—. Mi madre siempre decía que nunca podías fiarte de uno de ellos.

—¿Y eso por qué? —Mercedes sonrió, agradecida por el cambio de tema, y acortó aún más la distancia que los separaba—. ¿Tuvo alguna mala experiencia con uno?

—Ella no, pero mi tía sí. —Dejó la frase en el aire y ella tuvo que instarlo con un gesto a que continuara—. Hace muchos años llegó al pueblo un poeta que, además, decía que era noble o algo así. Mi madre era pequeña cuando esto sucedió, pero siempre me decía que era un cantamañanas que iba por ahí pavoneándose con su bastón y unos aires de grandeza insoportables. Sin embargo, consiguió seducir a su hermana, que se quedó prendada por sus poemas y su labia.

—¿Y qué pasó al final?

—Se divirtió con ella un par de días y después se marchó sin despedirse siquiera. Aunque le dejó un regalo de despedida.

—¿La dejó embarazada?! —Mercedes gritó aquello tan alto que temió haber despertado a los demás, que dormían plácidamente a pocos metros de allí. Carraspeó, en un vano intento de recuperar la compostura que hizo que Diego lanzara una carcajada—. Perdona, es que es bastante escandaloso.

—Tranquila, lo entiendo. Aunque no le dejó ningún hijo, sino una enfermedad que a punto estuvo de llevársela a la tumba —le aclaró con tranquilidad, como si estuviera más que habituado a relatar aquella historia—. Nadie en la familia sabe cómo sobrevivió. Los médicos no se lo explicaban y decían que era un auténtico milagro.

—Menos mal. Debió de ser una situación terrible.

—No era más que un canalla que iba por el mundo causando problemas. En mi pueblo estuvo apenas unos días y, además de con mi tía, estuvo con dos jóvenes más. Y una de ellas murió. Así que no quiero ni imaginarme todo el caos que habrá provocado por el resto de Europa.

—Espero que, al menos, le dedicara un poema.

—Lo dudo mucho, aunque habría sido todo un detalle para compensar todo el daño que provocó. —Él se encogió de hombros al decir aquello—. Así que ya ves: los poetas ingleses siempre lo complican todo. Aunque creo que, en tu caso, ese hombre te ha salvado de un matrimonio terrible.

—Sí, eso parece.

—Pues démosle las gracias a la Gran Bretaña por una vez.

Casi sin pensar en lo que hacía, Diego estiró una mano y acarició la mejilla de Mercedes, que dibujó una mueca sorprendida. A pesar de la cercanía y las confesiones, no se había esperado aquel gesto. Se quedaron mirándose el uno al otro como si no existiera nada a su alrededor, como si el mundo acabara de detenerse. La mano de él descendió unos cuantos centímetros hasta rozar su mentón y ella fue consciente, de repente, de lo desnuda que estaba con apenas aquella camisa. La piel se le erizó, aunque no sabía si era por el fresco de la noche o por el batallón de mariposas que se había arremolinado en su estómago con aquella pequeña caricia.

—Démosle las gracias —consiguió repetir en un murmullo.

Clavó la mirada en sus labios, en esa sonrisa socarrona que le dedicaba y sintió unas ganas irrefrenables de besarlo que no sabía muy bien de dónde habían salido. ¿En qué momento había

empezado a ver a Diego de aquella manera? Quizás se debía a la ternura con la que la había tratado después del enfrentamiento con los hombres de Pacheco, la forma en la que la había sostenido entre sus brazos mientras le aseguraba que estaba a salvo. O puede que aquella sensación se hubiera despertado poco a poco gracias a todos los pequeños momentos que habían tenido desde que se conocieron. A los comentarios provocativos, las pequeñas discusiones y la complicidad que había ido surgiendo durante aquellos días.

Él también desvió la mirada hacia su boca. Sentía la tentación de acariciar sus labios con las yemas de los dedos, de besarla hasta que sus pulmones les pidieran oxígeno, de estrecharla entre sus brazos hasta fundirse en uno solo. Estaba tan sorprendido por la fortaleza de aquella dama, por su valor, por su forma de romper con la sociedad, que se había quedado completamente prendado de ella.

No habían sido sus ojos ni sus faldas lo que habían acabado atrayéndolo, sino su carácter tenaz y decidido.

—Mercedes...

Se aproximó aún más y ella, en lugar de apartarse como él había temido, cerró los ojos en anticipación. Sin embargo, cuando los labios de ambos estaban a punto de rozarse, una voz los interrumpió:

—¡Cambio de turno!

Se separaron de forma abrupta, como si acabaran de descubrirlos haciendo algo prohibido. Y, en parte, así era, ya que lo que habían estado a punto de hacer habría supuesto un punto de inflexión que podría haberlo cambiado todo entre ellos.

—Creo que les has interrumpido.

Matías se echó a reír, y Jonás, ligeramente sonrojado, les pidió perdón, aunque tanto Diego como Mercedes se apresuraron a asegurarle que no pasaba nada e inventar excusas poco creíbles para justificar su cercanía.

Se levantaron y se alejaron unos cuantos pasos, hasta el lugar que habían preparado hacía unas horas para poder dormir. Se tumbaron, en silencio, sin apenas mirarse, dándole vueltas a ese beso que había muerto antes de poder convertirse en una realidad. Mercedes se rozó los labios y cerró los ojos de nuevo, perdiéndose en sus fantasías. No sabía si seguiría pensando lo mismo por la mañana, pero, en ese momento, el fuego que le recorría las venas la hacía desear con todas sus fuerzas que Diego la hubiera besado. Y algunas cuantas cosas más.

—Mercedes —lo oyó susurrar unos minutos más tarde—, ¿sigues despierta?

Titubeó, aunque finalmente se giró hacia él.

—¿Qué sucede?

—Nada, es que estaba pensando en todo lo que me has contado y solo quería darte las gracias por confiar en mí.

Ella suavizó el gesto e incluso dibujó una pequeña sonrisa. Aquellas palabras habían sonado tan sinceras que no podía evitar enternecerse.

—Es lo justo, ¿no? Tú también has compartido conmigo detalles muy íntimos de tu vida.

—Sí, pero me alegra que lo hayas hecho. Me ha encantado conocer otras facetas de ti y descubrir qué te ha traído hasta aquí. Siempre supe que debías tener un buen motivo para escapar de una vida llena de lujos, pero me ha encantado poder comprobar que estaba en lo cierto.

—¿Crees que es un buen motivo?

—¿La libertad? El mejor de todos.

Se aproximó un poco a ella para poder cogerla de la mano y besársela, haciendo que Mercedes pusiera los ojos en blanco y negara con la cabeza.

—Eres un adulator.

—Puede. —Se echó a reír y ella no pudo evitar que se le escapara también una carcajada—. Duerme bien, Mercedes. Mañana nos espera otro día lleno de aventuras.

—Oh, estoy deseando que llegue ya.

Capítulo 13

—No puedes estar hablando en serio.

Mercedes protestó y dibujó una mueca de fastidio que hizo que Diego se echara a reír.

—¿Cómo crees que nos alimentamos los simples mortales que no tenemos nuestra propia cocinera ni sirvientas que nos traigan los platos? —replicó—. Ya hemos gastado todos los víveres que habíamos preparado, así que no nos queda otra que cazar. Pero no te preocupes: hemos puesto ya bastante tierra de por medio y estamos en un territorio seguro, así que podemos perder unas cuantas horas si es necesario.

—Yo no sé cazar, ¡ni mucho menos pienso hacerlo! —siguió quejándose ella. Le horrorizaba la simple idea de tener que atacar a un pobre animal indefenso y mucho más la de despellejarlo y trocearlo después—. Prefiero alimentarme a base de hojas.

—También recolectaremos frutos, no te preocupes, pero no podemos depender exclusivamente de eso. —Diego se cruzó de brazos y amplió su sonrisa—. Además, no es que quiera hurgar en la herida, pero, si de verdad pretendes viajar por el mundo tú sola, tendrás que aprender a buscar comida. No sé cuánto dinero ni cuántas joyas llevas escondidas, pero no son infinitos, así que en algún momento se te acabarán, ¿y qué harás entonces?

—Ya me apañaré cuando llegue el momento, no te preocupes.

Él tuvo que aguantar las ganas de reír de nuevo. Ahí estaba de nuevo aquella seguridad, aquella tozudez que cada día lo conquistaba más y más.

—No tienes que venir si no quieres, tranquila —acabó por acceder—. Jonás puede quedarse contigo, por si acaso sucede algo. Hay un arroyo aquí cerca, así que puedes bañarte si lo deseas.

—No quiero que Jonás me vea desnuda —protestó Mercedes a pesar de que necesitaba aquel baño desesperadamente y le había insistido varias veces a Diego para que le diera tiempo de asearse en condiciones—. Puedo quedarme sola.

—Puedes, pero no deberías. Podrían atacarte aprovechando que estarías indefensa y ninguno de nosotros quiere eso. Además, quédate tranquila: a Jonás no le gustan las mujeres. Justo por eso se echó al monte. No le dejaban amar a quien quería, lo amenazaron... y no le quedo más remedio que huir.

—En busca de la libertad.

—En busca de la libertad —confirmó él—. Así que no tienes de qué preocuparte.

Ella titubeó de nuevo, aunque acabó por darse por vencida y asentir. Sabía que tenía razón y no era sensato quedarse completamente indefensa, así que, por mucho que la incomodara que hubiera un hombre cerca mientras se bañaba (aunque no le gustaran las mujeres), dejaría que se quedara con ella.

Diego y Matías se marcharon entonces en busca de alimento y Mercedes, tras pedirle a Jonás que la esperara detrás de unos árboles desde los que tendría una visión limitada, se desnudó. Hacía muy buen día, así que se detuvo unos instantes para disfrutar de los rayos de sol acariciando su piel. Era extraño estar en mitad del bosque sin nada de ropa, totalmente expuesta, aunque, al mismo tiempo, se sentía en paz, como si aquel fuera su estado natural, como si se hubiera librado de otra de esas terribles cadenas que siempre le habían impuesto. Tras un par de minutos, dio un paso al frente y metió un pie en el agua. Un escalofrío recorrió su espalda y se le erizó el vello de los brazos. Estaba más fría de lo que había creído en un principio, aunque esperaba no tardar en acostumbrarse a ella. Poco a poco fue metiéndose hasta que el agua le cubrió los hombros. Permaneció así unos instantes más, disfrutando del contraste entre el calor del sol que le daba en la cara y el frescor del río que envolvía su cuerpo, hasta que tomó una bocanada de aire y se echó hacia atrás. Durante unos segundos, el universo quedó ensordecido a su alrededor y solo escuchó la corriente, como si no existiera nada más a su alrededor. Como si no hubiera nada fuera de aquel río, ni un prometido del que huía, ni un futuro incierto. Solo estaban ella y la más absoluta de las calmas.

Emergió de nuevo a la superficie y trató de asearse, a pesar de la falta de jabones y perfumes. Se desenredó el pelo con los dedos y frotó todo su cuerpo para eliminar los restos de tierra y polvo que se le habían adherido a la piel. Recorrió su clavícula y, casi sin querer, recordó a Diego acariciando su mejilla, a punto de besarla. Cerró los ojos, recreándose en ese momento, pensando en lo que casi había sucedido. ¿Cómo sería besarlo? ¿Se parecería a besar a Leopold? Subió la mano hasta sus labios y suspiró. Una parte de Mercedes deseaba que estuviera allí en ese río, bañándose y enredándose con ella. Lo imaginaba estrechándola con fuerza entre sus brazos, acariciándole el pelo, besando su cuello, sus hombros, sus labios... Y tuvo que obligarse a sí misma a dejar de imaginar porque una corriente de fuego prendió de golpe sus venas.

Sumergió la cabeza de nuevo en el agua, tratando de apartar todas aquellas ideas de su mente y apagar el incendio que amenazaba con devorar sus entrañas, aunque no le resultó muy eficaz. Aquellas imágenes eran tan tentadoras que era incapaz de ignorarlas. Esas manos acariciándola, esa boca arrancándole suspiros... Emergió, con más calor del que tenía antes, y tomó una bocanada de aire, todavía tratando de calmarse. Sabía que lo mejor sería no seguir por ahí o acabaría cometiendo el error de entregarse a él. Y no le convenía mezclar el placer con los negocios.

Después de unos cuantos minutos en los que intentó que el agua fresca la enfriara en vano,

acabó por salir del agua. Se escurrió el pelo y se visitó solo con una camisa. Toda su ropa estaba demasiado sucia para ponérsela de nuevo, así que tendría que lavarla antes de poder vestirse. Aunque no estaba muy segura de cómo iba a hacerlo.

—¡Ya he terminado, Jonás! —le dijo para que el hombre pudiera, por fin, salir de entre las plantas donde lo había dejado vigilando—. Voy a enjuagar mi ropa, pero ya estoy visible.

—Menos mal —contestó él al tiempo que se giraba para mirarla— porque Diego y Matías están a punto de regresar.

—¿Tan pronto? —preguntó, sorprendida. No se esperaba que lograran cazar algo, mucho menos en tan poco tiempo. Aunque suponía que, como estaban acostumbrados a buscarse la vida, conocerían muchos trucos para atrapar presas sin demasiado esfuerzo.

Los dos hombres no tardaron en llegar hasta ellos y Diego sintió que se mareaba al ver a Mercedes vestida solo con aquella camisa blanca y el pelo mojado pegándosele al cuello. No era la primera vez que la veía con tan poca ropa (al fin y al cabo, dormía así), pero sí que era la primera vez que lo hacía con tanta luz. Por primera vez pudo contemplarla en todo su esplendor con la piel inmaculada brillando bajo los rayos del sol y pequeñas gotas de agua descendiendo por su clavícula, perdiéndose en lugares prohibidos. Intentó no fijarse demasiado en aquellos detalles, pero estaba tan preciosa al natural que no podía apartar la mirada.

Casi sin querer, empezó a fantasear con la joven en el río, deshaciéndose de aquella prenda e invitándolo a bañarse con ella. Se imaginó cómo sería estrecharla entre sus brazos, acariciar aquella piel tan perfecta, besar sus labios, escuchar sus suspiros. Sintió un tirón y tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar aquellas imágenes de su mente. Sabía que no podía seguir yendo por ahí, anhelando cosas que nunca pasarían. Le había quedado ya bastante claro que, si Mercedes quisiera algo con él, se lo habría dicho. Era evidente que ella lo veía solo como a alguien que iba a llevarla sana y salva hasta Madrid y que el casi beso que habían estado a punto de darse hacía unas noches había sido solo un error, un momento pasajero de debilidad.

Nunca iba a pasar nada entre ellos y aquellas ideas solo acabarían por hacerle daño.

—¿Diego?

—¿Eh?

Dio un pequeño bote al escuchar su nombre. Mercedes lo miró de forma chulesca, sin contener la sonrisa. Se había dado cuenta de que se había quedado embobada mirándola y a una parte de ella le había encantado descubrir que él también fantaseaba con cosas que podrían pasar entre ellos a pesar de que sabía que nunca sucederían.

—Te preguntaba cómo había ido la caza.

—Bastante bien —consiguió responder con una tranquilidad fingida que no engañó a nadie—. Hemos traído un par de conejos para almorzar y, tranquila, los prepararemos sin que veas sus tripas.

Ella amplió su sonrisa y se acercó a él, que tuvo que contener incluso la respiración al tenerla tan cerca así vestida. Un par de imágenes se le pasaron de nuevo por la mente, aunque consiguió

apartarlas antes de que ella se percatara.

—Genial, pues aprovecharé para lavar mi ropa y ponerla a secar mientras vosotros os encargáis de eso. Avisadme cuando la comida esté servida.

Dio media vuelta y se alejó, aunque Diego no apartó la mirada de ella hasta que desapareció entre los árboles cercanos a la orilla del río. Se le escapó entonces un suspiro, que no pasó desapercibido a ninguno de sus compañeros.

—¿Qué? —les preguntó al darse cuenta de cómo lo miraban.

—Que tienes mucha suerte de que Pepe y Anita no estén por aquí, Diego, porque no te darían tregua —respondió Matías, echándose a reír—. El que decía que no se quería meter bajo sus faldas...

—Oh, cállate —lo interrumpió antes de que pudiera añadir nada más—. Y vamos a ponernos manos a la obra. Cuanto antes terminemos el almuerzo, antes podremos seguir nuestro camino. Y no tenemos tiempo que perder o alguien podría dar con nosotros.

—A sus órdenes —bromeó aquella vez Jonás.

Diego refunfuñó, aunque no añadió nada más. Se limitó a buscar su cuchillo y coger los conejos. Tenía cosas más importantes que hacer que discutir con sus compañeros.

Capítulo 14

Los días siguieron pasando y, cuando por fin llegaron a tierras castellanas, Mercedes y Diego pudieron respirar con tranquilidad. Sabían que, si aún no habían dado con ellos, era difícil que lo hicieran. Estaban a punto de lograr su objetivo, de escapar de las cadenas que ataban a la joven. En cuanto estuvieran en Madrid, nadie podría detenerla.

Su relación también avanzaba a pasos agigantados. Cada noche de guardia los dos se abrían más y más el uno al otro. Compartían anécdotas, historias y confesiones personales entre susurros, como si se conocieran de toda la vida. Incluso habían vuelto a tener un par de momentos de proximidad en los que habían estado a punto de traspasar los límites, aunque la (mala) fortuna siempre les había impedido hacerlo. Parecía que, cada vez que estaban a punto de besarse, algo los separaba y les impedía cometer ese error. Pero cada día que pasaba los dos tenían más ganas de mandar al infierno aquello que los frenaba y lanzarse a los brazos del otro. Se estaba acumulando tanta tensión entre ellos que, si no la resolvían, acabaría lanzándolo todo por los aires.

Como ya habían puesto bastante tierra de por medio y estaban muy cansados después de tantas jornadas de comidas frugales, cabalgadas eternas y cabezadas entre matorrales, Mercedes sugirió pasar la noche en alguna venta que encontraran en el camino.

—Ya no tenemos que ser tan cuidadosos porque dudo que los guardias nos encuentren —les dijo—, así que podemos comer algo caliente y dormir a cubierto una noche.

—¿Y no crees que sospecharán al ver a una dama alojándose con tres hombres? —replicó Diego, al que aquella idea no le convencía en absoluto—. Es algo fuera de lo común.

—Pero no tienen por qué relacionarlo conmigo. Nadie sabe que me estáis acompañando hasta la capital —insistió ella sin dar su brazo a torcer. Después de tantos días de penurias en los que apenas se había quejado, necesitaba un pequeño descanso—. No estoy pidiendo tanto, Diego.

—Es peligroso.

—Tú mismo me dijiste anoche que a partir de ahora podíamos relajarnos un poco. Ya no estamos en Andalucía, ya hemos dejado atrás a los guardias, a mi familia, a Francisco y a muchas cuadrillas de bandoleros.

—Una cosa es relajarnos y otra esto, Mercedes —contestó él también con tozudez. Aquello era una auténtica lucha en la que ninguno estaba dispuesto a ceder—. Además, ¿no te das cuenta de todo lo que tendremos que exponernos a partir de ahora? Esta tierra es muy llana, por lo que nos costará más escondernos, y no conocemos este terreno, así que tendremos que usar los caminos convencionales. Si alguien sospecha y pone a los guardias sobre aviso, podrían dar con nosotros.

—No seas dramático.

—No lo soy, pero llevo muchos años haciendo esto, así que deberías escucharme.

—Solo te pido un plato de comida caliente y un lecho de verdad durante una noche.

—Mercedes tiene razón —intervino de repente Jonás para sorpresa de ambos—. Llevamos muchos días y noches así y estamos agotados. Necesitamos un buen descanso para reponer energías y poder continuar nuestro viaje a Madrid. Además, hemos puesto tanta tierra de por medio que dudo que sea realmente peligroso.

—¡Votemos pues! ¿Quién está de acuerdo conmigo?

Jonás levantó la mano sin dudar al escuchar la pregunta de Mercedes y Matías, tras titubear unos instantes, acabó por hacerlo también.

—Lo siento, Diego —se excusó—, pero creo que tienen razón. Está siendo un trayecto muy duro y nos merecemos un respiro.

Él bufó, maldijo por lo bajo y, finalmente, se resignó. No podía luchar si eran tres contra uno; podía haber intentado convencer a Mercedes de su insensatez, pero no a todos sus compañeros, así que no le quedaría más remedio que ceder. Solo esperaba que aquello no torciera sus planes.

—Haced lo que queráis, pero, si pasa algo, no digáis que no os lo advertí.

—No habrá ni una sola protesta, tranquilo —replicó Mercedes, con una sonrisa de autosuficiencia dibujada en los labios que demostraba lo mucho que estaba disfrutando el haber podido salirse con la suya.

Siguieron cabalgando durante un buen rato hasta que, casi a la hora de la cena, divisaron al fin una venta para viajeros y decidieron parar.

Cuando entraron, se encontraron con el local completamente lleno de hombres y mujeres que disfrutaban de una reconfortante comida tras una larga jornada. La mayoría tenían aspecto de viajeros, aunque algunos otros eran evidentemente habitantes de algún pueblo cercano que volvían de sus tareas en el campo.

—¿Puedo ayudarles? —les preguntó uno de los meseros en cuanto se acercaron a la barra.

—Queríamos cenar y dormir, si fuera posible —se apresuró a responder Mercedes, tomando la voz cantante—. Llevamos varias jornadas de viaje y estamos exhaustos.

—Nos quedan solo dos habitaciones. —El hombre entornó los ojos al decir aquello, como si tratara de evaluarlos—. ¿Alguno de estos hombres es su marido, señorita?

—Señora —lo corrigió ella. Dibujó una sonrisa y entrelazó su brazo con el de Diego, que tuvo que disimular para no delatarse—. Nos casamos hace poco y estos amigos nos están

acompañando a la capital para resolver unos asuntos urgentes.

—Exacto —consiguió decir el bandolero, todavía tratando de recuperarse de la impresión—. Es mi esposa.

—¿Hay algún problema? No quisiéramos importunarlos, pero estamos agotados. Los asuntos que nos llevan a Madrid son tan apremiantes que apenas hemos podido descansar durante el camino, así que le agradeceríamos unos platos de comida y un par de camas. —Mercedes, acostumbrada como estaba a mentir, amplió la sonrisa y puso su mejor cara de no haber roto nunca un plato. Si tenía que fingir ser una sencilla mujer recién casada desesperada por encontrar donde dormir aquella noche, lo haría—. Podemos pagarle por adelantado si es necesario.

Él titubeó unos instantes, pero finalmente pareció decidir que no eran una amenaza y suavizó la expresión. Se había tragado aquella mentira por completo.

—No se preocupe, señora. Como le decía, nos quedan dos habitaciones y, si este hombre es su marido, no tengo inconveniente en rentárselas.

—¡Muchísimas gracias, buen hombre! —exclamó al tiempo que se volvía hacia Diego y agitaba su brazo—. ¿Has oído, querido? Podremos reponer fuerzas aquí.

—Es maravilloso —respondió él, que todavía estaba tratando de asimilar lo que acababa de suceder. Desde luego, la joven podría ganarse la vida como actriz.

—Siéntense y enseguida les llevaré unos vasos de vino y la cena.

Los cuatro volvieron a darle las gracias antes de acomodarse en una de las mesas libres. Diego se sentó al lado de Mercedes y le dedicó una mirada que mezclaba la sorpresa y la admiración.

—Así que somos marido y mujer —le dijo en un susurro para que ningún curioso pudiera escucharlos y descubrir su secreto—. Vaya, ¿cuándo ha sucedido eso? Creo que no estaba presente en el enlace, querida. Estoy convencido de que lo recordaría de ser así.

—Fue lo primero que se me ocurrió para salvar la situación —se excusó ella también en voz baja—. Si hubiera creído que era una dama soltera acompañada de tres hombres extraños, no nos habría dejado quedarnos. Pero, tranquilo, puedo compartir habitación con...

—De eso nada —la interrumpió antes de que pudiera terminar la frase. Se cruzó de brazos y le dedicó una sonrisa chulesca a pesar de que la idea de compartir lecho con ella lo ponía bastante nervioso—. No debemos levantar sospechas, ¿cierto? Entonces tendremos que dormir juntos esta noche.

Su conversación se vio interrumpida por la llegada del vino y de cuatro platos de un guiso que no sabían de qué era, pero que olía tan bien que no tardaron ni un minuto en degustar. Tras tantos días alimentándose de provisiones frías y lo poco que iban cazando y recolectando, aquello era un auténtico manjar caído del cielo como el maná. Lo devoraron en apenas unos instantes y no dejaron ni gota. Estaba demasiado bueno como para malgastar un solo ápice.

Cuando acabaron, el mismo mesero los condujo a la planta superior donde estaban las habitaciones. Dejó a Jonás y Matías en la primera antes de acompañar a Mercedes y Diego hasta el final del pasillo, donde se alojarían.

—He mandado que suban agua, para que puedan asearse, pero, si necesitan algo, no tienen más que avisarme —les dijo—. Sus caballos estarán cuidados en los establos y podrán recogerlos mañana tras el desayuno.

—Perfecto. Muchísimas gracias por todo —contestó Mercedes dibujando, de nuevo, su sonrisa encantadora—. Es usted muy amable.

El hombre se despidió y ellos pudieron, al fin, entrar al dormitorio.

—Después de ti, querida —le susurró Diego al oído.

Ella se estremeció, lo que hizo que él tuviera que contener una carcajada. Le gustaba provocarle de vez en cuando aquellas emociones, despertar sus sentidos de esa forma.

—No es gran cosa, pero después de tantos días durmiendo a la intemperie me parece casi un palacio —comentó Mercedes, que trataba de ignorar lo que acababa de pasar, nada más cruzar el umbral—. Y la cama es amplia.

—¿Cómo vamos a dormir?

Diego cerró la puerta a su espalda, para que nadie pudiera oír su conversación, y se giró para mirar a la joven, que se había asomado a la pequeña ventana del cuarto y contemplaba la negrura de la noche al otro lado.

—¿A qué te refieres?

—A que, a pesar de que eres una mentirosa muy convincente, tú y yo no somos marido y mujer.

—¿Y? Llevas muchas noches durmiendo a mi lado en el bosque. —Ella dio media vuelta y lo encaró, cruzada de brazos—. ¿Acaso te da miedo compartir lecho conmigo, querido?

Diego habría mentido si hubiera negado aquello de forma categórica. Habían estado a punto de pasar tantas cosas entre ambos que una parte de él temía lo que pudiera suceder cuando se quedaran a solas en un espacio tan minúsculo. La tensión que iba incrementándose podía acabar por estallar de tantas maneras distintas que lo asustaba.

—¿Debería tenerlo? —le preguntó en lugar de responder con lo que se le estaba pasando por la cabeza y que lo habría delatado en exceso—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—Nada en absoluto. —Mercedes esbozó una sonrisa y señaló el palanganero lleno de agua—. Voy a asearme, si no te importa, así que me gustaría tener un poco de privacidad.

—Sí, tranquila. Me daré la vuelta y esperaré a que termines. Tómate todo el tiempo que necesites.

Se colocó al otro lado de la cama y se sentó en el suelo, dándole la espalda para no ver nada que no debiera. Cerró los ojos con fuerza, tratando de evadirse para no pensar en que la joven estaba desnuda a tan pocos metros de él. Sabía que, si se recreaba en aquella idea, acabaría por cometer alguna insensatez.

Cuando Mercedes por fin terminó, después de lo que a Diego le pareció una eternidad, se giró de nuevo y tuvo que contener un quejido al volver a verla en camisa. Estaba preciosa mientras preparaba de aquella guisa la cama, como si estuviera habituada a acostarse junto a él cada

noche. Se deslizó bajo las sábanas y lo miró con una ceja enarcada.

—Si quieres que yo también me dé la vuelta mientras tú te aseas, no tengo ningún inconveniente en hacerlo, aunque preferiría, a poder ser, que no me hicieras salir de aquí. Estoy demasiado cómoda.

Él esbozó una sonrisa burlona al escuchar aquello y recuperó, casi sin pretenderlo, su chulería.

—Tranquila, puedes mirar todo lo que te apetezca.

Mercedes masculló algo por lo bajo que Diego no logró entender antes de poner los ojos en blanco y darse la vuelta para darle la intimidad que él le había dado a ella. El bandolero se apresuró a asearse y ponerse una muda limpia. Apagó la vela que les habían dejado y se metió también bajo las sábanas, a la espalda de Mercedes. Ella sintió un escalofrío recorrerla ante tanta cercanía. A pesar de que ya habían dormido juntos en el bosque, y que había incluso bromeado con aquello, la intimidad que se creaba sobre un colchón era totalmente diferente. E intimidad no era precisamente lo que ellos necesitaban.

—Gracias por acceder a esto —susurró la joven en un tono tan bajo que él tuvo que pegarse todavía más a su espalda para escucharla—. Necesitábamos esa cena y esta cama.

—Lo sé y, aunque aún no estoy del todo seguro de que haya sido sensato, me alegra haberlo hecho —le confesó—. Especialmente por la cena. Ha sido uno de los mejores guisos que he tomado en mi vida.

Mercedes rio y, sin pensar demasiado en lo que hacía, buscó la mano de Diego y entrelazó sus dedos. Él tardó unos segundos en reaccionar, sorprendido por aquel pequeño gesto, por la fuerza con la que ella, de repente, se asía a él.

—Mercedes...

—Solo vamos a dormir, ¿de acuerdo? —quiso dejarle claro para que no creyera que aquello tenía un doble sentido—. No va a pasar nada más entre nosotros esta noche, Diego.

—Nada más —le confirmó él. Aunque no pudo evitar sentir una chispa de esperanza gracias a ese «esta noche». ¿Querría decir que otra sí?—. Está todo claro, Mercedes.

—Me alegro.

Le apretó con un poco más de fuerza la mano y él, sin soltarla, le pasó el brazo por encima de la cadera. Los dos quedaron abrazados en la cama, cubiertos por la ligera sábana, y ella se estremeció. A pesar de lo que acababa de decirle, tanta cercanía le había puesto la piel de gallina y había despertado en ella unas sensaciones que debía contener. No era el mejor momento para hacer aquello. No podía dejarse llevar como le gustaría con un hombre con el que aún tenía negocios a medias.

—¿Tienes frío?

—No —confesó ella aun así. No tenía ningún sentido mentirle cuando era obvio que los dos sabían lo que se le estaba pasando por la cabeza—. No tiemblo precisamente de frío.

Él no pudo ocultar una sonrisa al escucharla. La estrechó con un poco más de fuerza entre sus brazos y le dio un ligero beso en el hombro que lo dejó con ganas de mucho más. Aunque sabía

que no sucedería aquella noche.

—Intenta dormir —le susurró—. Cada vez estamos más cerca de Madrid, pero aún nos quedan unas cuantas jornadas y a ti te aguarda un largo camino a partir de ese momento, así que deberías descansar.

Ella asintió, se acomodó y cerró los ojos. Diego tenía razón: lo mejor sería aprovechar aquella noche porque no sabía qué le aguardaba en las próximas semanas.

Capítulo 15

—¿Hay noticias?

Amalia preguntó aquello casi con desesperación nada más entrar al comedor. Era lo primero que decía cada mañana, aunque siempre obtenía la misma respuesta.

—Aún nada.

Suspiró al oír las palabras de su madre y se dejó caer de forma desgana en su asiento, aunque no se sirvió nada.

—Tienes que comer, Amalia —la reprendió su padre—. Perder la salud no hará que tu hermana vuelva.

—Pero no entiendo cómo no han podido dar con ella todavía —protestó la joven—. Hay guardias peinando toda la serranía y Francisco estaba convencido de ir tras una pista. ¿Cómo es posible que nadie la haya encontrado?

—Ten un poco más de paciencia. Esto está siendo duro para todos, pero debemos tener confianza —intervino su madre de nuevo—. Además, no olvides que hay una patrulla siguiendo los pasos de Francisco.

Ella asintió. A pesar de que el prometido de su hermana había insistido en ir a buscarla él solo, las familias de ambos habían roto su promesa y acordado con el alcalde que lo mejor sería enviar a unos cuantos guardias tras él por su seguridad. Tenían órdenes de permanecer a una distancia prudencial para que no los descubriera, pero de no alejarse demasiado para poder protegerlo en caso de necesidad. Si estaba en lo cierto y a Mercedes la habían retenido unos bandoleros, toda cautela era poca. Esos desalmados no solían tener reparos en asesinar a quienes trataran de pararlos.

—No sé cuánto tiempo más aguantaré así, madre. Necesito saber que Mercedes está bien.

—Todos estamos afectados, Amalia, pero tenemos que contenernos. —La mujer le dedicó una mirada de soslayo a uno de los criados, dando a entender a su hija que debía tener cuidado antes de emitir esos juicios frente a ellos—. Deberías ir a misa para sosegar tu espíritu.

—No quiero ir a misa —replicó ella, ignorando la mirada velada de su madre. Le daba absolutamente igual lo que el servicio pensara en aquel momento. Solo quería a su hermana

mayor de vuelta sana y salva—. Un par de sermones no conseguirán sosegar me en estos momentos.

—Pues entonces vete al salón a bordar —insistió con expresión cada vez más seria. No estaba dispuesta a enfrentarse a dos escándalos simultáneos, así que su hija menor debía contener aquellos ataques de rebeldía—. Seguro que tus hermanas estarán encantadas de acompañarte.

Margarita y Eugenia, que habían contemplado la escena en silencio, se irguieron en la silla de forma casi simultánea. Ellas también estaban preocupadas por el bienestar de Mercedes, pero no osarían jamás hablar a sus padres de aquella manera. Mucho menos en aquellas circunstancias que tan duras eran para todos.

—No tengo el ánimo para bordados.

—Ni tampoco para tomar el desayuno en paz por lo que veo —tomó de nuevo la palabra su padre—. Lo mejor será que te marches.

—Padre...

—Inmediatamente, Amalia. No quiero oírte replicar ni una sola vez más, así que vete y prepárate para ir a misa. Ya has oído a tu madre: sosegará tu espíritu y quizás te ayude a recuperar la compostura.

Estuvo tentada a replicar, aunque al final consiguió morderse la lengua. Se levantó con cierta brusquedad, haciendo que la silla rechinara contra el suelo al echarla hacia atrás, y abandonó el comedor sin ni siquiera despedirse.

Se sentía muy incomprendida desde que su hermana había desaparecido, como si nadie en aquella casa fuera capaz de entenderla, como si nadie la tomara en serio solo por ser la más pequeña. No hacían más que mandarla callar y ordenarle que se comportara, tratando de obligarla a hacer vida normal a pesar de las circunstancias. Y ella, por mucho que lo intentaba, no podía actuar como si nada mientras Mercedes estaba en paradero desconocido, así que solo esperaba tener noticias pronto.

No sabía qué sería de ella en aquel hogar sin alguien que la comprendiera como siempre lo había hecho la mayor de sus hermanas.

Capítulo 16

Después de la noche en la venta en la que, por fin, pudieron recuperar fuerzas, los cuatro continuaron su viaje hacia un Madrid cada vez más cercano. Aquella primera jornada apenas se detuvieron. Se sentían tan descansados que lograron avanzar durante horas sin pausa hasta que la noche los hizo parar. Como ya se habían acostumbrado a hacer, cenaron algo ligero y echaron a suertes qué pareja haría la primera guardia.

—No sé cómo pierdes siempre —se quejó Mercedes una vez Diego y ella se hubieron acomodado—. Empiezo a creer que lo haces a propósito para hacerme rabiar.

—Por supuesto —bromeó él—. Me encanta lo encantadora que eres cuando tienes sueño.

—Un auténtico primor. —Mercedes suspiró y se recostó en el árbol en el que se había apoyado—. Voy a echar de menos la cama de anoche. Era tan cómoda...

—Pronto podrás volver a alojarte en pensiones y ventas. En cuanto abandones España tendrás libertad para hacer lo que te plazca.

—Estoy contando los días que quedan para eso.

—Ya, yo también. —Diego apartó la vista al decir aquello y Mercedes le dedicó una mirada interrogante, sin comprender qué le sucedía ni por qué, de repente, había dibujado esa mueca sombría. Él suspiró y, a pesar de que titubeó, acabó por aclarárselo—: Cuando lleguemos a Madrid tendremos que despedirnos.

Ella, que hasta aquel momento no había sido verdaderamente consciente de la despedida que se avecinaba, echó los hombros hacia delante con cierta resignación.

—Oh, eso...

—Te voy a echar de menos. Me he acostumbrado a cabalgar contigo a mi espalda, a estas guardias compartidas, a tu forma de burlarte de mí o, al menos, intentarlo.

—Y conseguirlo.

—Solo a veces. —Esbozó una pequeña sonrisa que le contagió a la joven—. La cuestión es que con el paso de los días y las largas jornadas juntos he acabado por cogerte cariño.

—El sentimiento es mutuo, Diego.

Casi sin pensar en lo que hacía entrelazó los dedos de ambos, como había hecho en la cama la

noche anterior, y apretó su mano con fuerza. Él se quedó petrificado, con los ojos clavados en el rostro de ella, que no estaba mirándolo.

—Mercedes, lo de anoche...

—¿Anoche? —lo interrumpió ella alzando al fin la mirada, aunque tratando de fingir una tranquilidad que definitivamente no sentía—. Anoche no sucedió nada. Solo compartimos lecho.

—Abrazados.

—¿Es que ahora vas a decirme que le has jurado amor eterno a todas las mujeres a las que has estrechado entre tus brazos? Porque no me lo creo.

—Claro que no lo he hecho. Además, ahora no estoy hablando de amor, sino de algo más... terrenal. —Le miró la boca y ella se mordió el labio. En aquel momento habría renunciado incluso al mismísimo paraíso por poder hacerlo él, por probar aquella tentación que tenía justo delante—. Sé por qué temblabas.

—No es muy difícil de adivinar, ¿no te parece? Fue un momento de debilidad.

—Yo también lo tuve y si no te lo dije fue solo porque ya me habías dejado claro que no iba a suceder nada entre nosotros en ese momento.

Mercedes sintió cómo el corazón le daba un vuelco y una corriente eléctrica recorría sus piernas hasta su bajo vientre. A pesar de que no era ingenua y era consciente de la tensión que los envolvía, no había esperado aquella confesión, ni que Diego le dijera que sentía los mismos impulsos que ella tanto se esforzaba por mantener bajo control.

—Sería una insensatez —murmuró al tiempo que bajaba la vista hacia sus labios. Los mismos que llevaba mucho tiempo queriendo probar y a los que cada vez le costaba más resistirse—. No podemos... No debemos. Tenemos un acuerdo que podría estropearse.

—Sí, tienes razón.

Diego se acercó unos milímetros y, casi por inercia, Mercedes lo imitó, reduciendo la escasa distancia que los separaba. Eran incapaces de apartar los ojos de la boca del otro. Se atraían más y más a cada segundo que pasaba.

—No podemos estropear esto por un rato de placer —añadió ella, aún en voz baja, aunque su tono de voz delataba que no estaba demasiado convencida de aquello.

Por su mente en aquel momento pasaban demasiadas imágenes de los dos enredados, entregándose a la pasión más desenfrenada sin preocuparse por nada más.

—Entonces quizás lo mejor será que nos separemos —respondió él también en un susurro— porque algo me dice que, si seguimos así de cerca, acabaremos por cometer esa insensatez que tanto temes.

Hizo ademán de apartarse, pero ella lo retuvo. Agarró su mano con más fuerza y le dio un pequeño tirón que le impidió moverse del sitio.

—Quédate.

—Mercedes...

—Quédate —repitió ella al tiempo que le dedicaba una mirada anhelante en la que podían

intuirse las primeras ascuas de un incendio capaz de arrasarlo con todo.

—Creía que pensabas que sería una insensatez.

—Y lo pienso, pero no quiero que te alejes.

Diego se acercó un poco más a Mercedes, que seguía mirándolo con aquella intensidad en la mirada y los labios ligeramente entreabiertos. Posó las manos en sus mejillas y las acarició con el pulgar. Cada vez había más fuego en su mirada y él estaba más que dispuesto a quemarse si eso era lo que ella quería. Arder junto a ella sonaba demasiado tentador como para decir que no.

—¿Estás segura? —se atrevió a decir, en voz baja. Se acercó un poco más y se mojó los labios—. Mercedes, si quieres que me vaya, solo tienes que...

—No —contestó ella. Parpadeó un par de veces de forma seductora mientras dibujaba una sonrisa—. No quiero que te vayas a ninguna parte.

—Menos mal. No creo en ningún dios, pero creo que voy a darle las gracias por esto.

No fue capaz de aguantar ni un segundo más. Los labios de Mercedes eran como un imán que atraía los suyos, así que recorrió la distancia que los separaba y la besó haciendo que todo estallara a su alrededor. Se besaron de forma ansiosa, descontrolada, como si fueran dos tormentas que acabaran de chocar, como si fueran náufragos a la deriva que hubieran alcanzado por fin tierra firme. Diego deslizó las manos hasta sus caderas y la atrajo hacia sí. Necesitaba sentirla más cerca y hasta aquella camisa le estorbaba. Quería sentir su piel, poder acariciarla sin que nada se interpusiera entre ellos. Mercedes se aferró con fuerza a sus hombros, clavándole las uñas. Tenía la cabeza embotada y solo podía pensar en el ardor que la recorría de arriba abajo.

—Párame —murmuró él cuando se separaron. La contempló, conteniendo la respiración. Tenía las mejillas rojas y la respiración alterada—. Detenme, por favor.

—Para si quieres parar —contestó ella también en un murmullo antes de rozarle los labios con una lentitud que amenazaba con volverlo loco—, pero no lo hagas por mí. Ya te lo dije una vez: las mujeres también podemos desear. Y yo en este momento deseo esto.

Lo besó y todo volvió a estallar. Diego tiró de su mano para levantarla y, sin alejarse de su boca, la condujo hasta un pequeño claro alejado de donde descansaban los demás. La apoyó contra un árbol y recorrió su cuerpo con las manos. Acarició sus curvas lentamente hasta llegar al borde de la camisa. La fue subiendo lentamente y ella se estremeció sin poder evitarlo al notar cómo el aire frío le rozaba la piel desnuda.

Diego lanzó la prenda lejos y ella lo ayudó a deshacerse también de las suyas. Separaron sus labios y se miraron fijamente durante unos instantes, intentando recobrar la respiración. Mercedes notaba la piel de gallina. Quizás fuera al infierno por aquello, pero le daba absolutamente igual. Por ese fuego era por el que había decidido dejarlo todo atrás y no estaba dispuesta a controlarse justo esa noche.

Diego deslizó una mano hasta su nuca mientras le acariciaba la mejilla y ella cerró los ojos. Era probablemente la estampa más hermosa que había visto jamás.

—Eres preciosa —murmuró, con la voz ligeramente ronca.

—¿Eso se lo dices a todas? —Mercedes sonrió y abrió los ojos lentamente. Diego la estaba mirando con una intensidad que la abrumó por un instante. La recorría de arriba abajo, intentando aprender cada pequeño detalle de su cuerpo. Su sonrisa desapareció mientras su estómago se sacudía hasta ponerse del revés. Nunca antes la habían mirado así—. ¿Qué sucede?

—Sigo intentando averiguar a qué dios rezarle para darle las gracias por esto.

—Creo que no es momento de rezar —contestó, volviendo a sonreír y haciendo que él enarcase una ceja—. Se me ocurren mejores cosas que hacer.

Volvió a besarlo y deslizó una mano desde su hombro hasta su vientre, acariciando cada milímetro de piel. Diego se estremeció y la pegó aún más a aquel árbol.

—Creo que me gusta esa idea. —Tuvo que contener un jadeo. Sentía que iba a explotar en cualquier momento—. Me gusta mucho.

—Me he dado cuenta.

Diego gimió cuando sintió cómo la mano de Mercedes se detenía en su muslo. Estaba jugando a torturarlo, pero él no pensaba quejarse de aquello. Además, ambos podían jugar a aquel juego. Se acercó a su cuello y empezó a recorrerlo lentamente hasta que la notó estremecerse entre sus brazos. Subió hasta alcanzar su oreja y comenzó a mordisquearla con suavidad.

Mercedes movió la cadera de forma inconsciente y profirió una maldición al abrir los ojos y ver cómo Diego sonreía.

—Eres un canalla —dijo, deteniendo el movimiento. Subió la mano de nuevo por su estómago y la posó en su pecho.

—Dijo la mujer que se está estremeciendo entre mis brazos.

Deslizó una mano desde su cadera hasta su muslo y ascendió hasta alcanzar el punto que buscaba. Deslizó los dedos lentamente, recorriendo cada milímetro con una lentitud casi exasperante. Trazó aquel camino una y otra vez y Mercedes se echó hacia atrás y gimió. Ya no sentía fuego, sino un auténtico incendio recorriendo cada parte de su cuerpo.

Él volvió a besar su cuello, sin dejar de acariciarla. Aquellos pequeños gemidos en su oído eran el sonido más hermoso que había escuchado jamás. Mercedes se aferró con fuerza a su espalda y dejó que aquella pasión terminara de envolverla. Todo su cuerpo se tensó durante unos instantes de placer en los que Diego no paró de tocarla hasta que por fin se dejó caer, casi desfallecida, sobre él, que la sostuvo por la cintura.

—Por Dios... —masculló.

—Creía que eras tú quien no quería meter a ningún dios en estos asuntos —comentó con cierta chulería—. ¿Ahora vamos a ponernos a rezar?

Mercedes levantó la cabeza y trató de fulminarlo con la mirada, aunque no pudo evitar echarse a reír y besarlo de nuevo. Diego aprovechó el momento para auparla y hacer que enredara las piernas alrededor de sus caderas. Lentamente entró en ella, arrancándole un nuevo suspiro que se perdió en su boca. Separaron sus labios y se quedaron quietos unos instantes, con las frentes pegadas y los ojos fijos en los del otro. Por unos segundos sintieron que eran capaces de hablar

sin palabras y ambos volvieron a sonreír. Aquella tensión se estaba resolviendo mucho mejor de lo que esperaban.

Poco a poco, Diego fue aumentando el ritmo, dejando por fin que aquel incendio que habían intentado contener en vano prendiera también sus venas. Se aferró con fuerza a Mercedes, que le clavaba las uñas en los omóplatos y volvía a gemir y suspirar, y enterró el rostro en su cuello. Siguió moviéndose guiado por el más puro de los instintos hasta que no aguantó más y se dejó llevar.

Apoyó una mano en el tronco, intentando no perder el equilibrio, y Mercedes bajó un pie al suelo. Ambos se miraron de nuevo mientras trataban de recuperar el aliento y se separaban. Diego acarició sus labios con el pulgar y la chica sonrió otra vez antes de besar la yema.

—Creo que hoy no hemos hecho bien guardia —murmuró. Siguió acariciándole las mejillas y el cuello hasta llegar a su pecho—. Menos mal que nadie ha decidido atacarnos.

—Se habrían encontrado una escena peculiar desde luego. —Mercedes se echó a reír y lo besó de nuevo—. ¿Quieres dormir luego conmigo?

—Algo me dice que no es una invitación a dormir precisamente.

—Además de guapo también eres listo, ¿eh? —Lo besó de nuevo y posó la mano cerca de su entrepierna. Cuando separaron sus labios, se puso de puntillas y se acercó a su oído—. ¿Qué me dices?

—Creo que vas a ser mi perdición.

—¿Pero...?

—Pero no me importará nada verme condenado.

—Supongo que ambos acabaremos por encontrarnos en el infierno, si es que existe.

Diego volvió a besarla y entrelazó sus dedos. Lo mejor sería regresar junto a sus compañeros para terminar su guardia. Ya tendrían tiempo después de seguir donde lo habían dejado.

Capítulo 17

A pesar de que una parte tanto de Diego como de Mercedes temía que lo que había sucedido (varias veces) entre ellos entorpeciera lo que quedaba de viaje, cuando ambos se despertaron a la mañana siguiente, con el brazo de él envolviéndola y la cabeza de ella descansando en su pecho, se dieron cuenta de que aquello no los había separado precisamente. Los dos se sentían muy a gusto después de haber aliviado la tensión, así que no fue incómodo despertarse abrazados, ni rememorar los besos que habían compartido.

—Buenos días —lo saludó ella al tiempo que se incorporaba para desperezarse.

—Buenos días —repitió él. La miró desde abajo y sonrió al ver que se le había descolocado la camisa que se había puesto antes de quedar dormida—. ¿Has descansado?

Ella lo miró con una ceja enarcada antes de echarse a reír. Aquella pregunta, teniendo en cuenta lo poco que habían dormido por estar entretenidos en otros menesteres más placenteros, le parecía bastante fuera de lugar.

—Oh, pues cierto bandolero apenas me ha dejado pegar ojo, ¿sabes?

—Menudo canalla... —La agarró del brazo y tiró, haciéndola caer sobre él. Mercedes volvió a reír y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Cómo se atreve a interrumpir tu descanso?

—Fue bastante convincente.

Ni siquiera se lo pensó. Se inclinó para terminar de acortar la distancia que los separaba y lo besó. Diego tampoco necesitó meditar aquello. En cuanto sintió los labios de ella, la abrazó de la cadera, para acercarla aún más, y correspondió el beso, que no tardó en transformarse. De repente la calma se convirtió en una vorágine de bocas y dientes, dedos que se clavaban en la piel de otro y pequeños gemidos y suspiros que se escapaban.

A lo mejor la tensión no estaba tan resuelta como ellos habían creído. O, quizás, habían disfrutado tanto resolviéndola que querían repetir.

—¡Por fin os despertáis!

Los dos se separaron con brusquedad al escuchar la voz de Jonás, que había salido de la nada. Mercedes se dejó caer hacia el lado y se recolocó la camisa que Diego había empezado a subirle

y que había acabado enredada alrededor de su cadera.

—¡Jonás, ahora no! —le gritó el otro hombre cubriéndose la entrepierna con las manos—. ¿No ves que no es un buen momento?

—Es que llevamos horas esperando que, por fin, deis señales de vida.

—¿Horas? —preguntó Mercedes, sorprendida.

—Puede que no os hayáis percatado porque habéis pasado la noche en vela, pero no está precisamente amaneciendo y debemos ponernos en marcha. ¿No eras tú, Diego, quien decía que a pesar de que ya habíamos puesto tierra de por medio lo mejor sería no relajarse?

—Déjate de bromas, Jonás, esto no es divertido. —Diego resopló mientras se ponía de pie con desgana—. Aunque tienes razón: deberíamos partir para aprovechar la jornada.

—Nosotros ya hemos recogido el campamento, así que solo queda que vosotros os adecentéis un poco.

—En cinco minutos nos reuniremos con vosotros —le aseguró la joven, que acababa de levantarse también del suelo.

Jonás se marchó para darles un poco de intimidad y Diego y Mercedes se quedaron en silencio, mirándose fijamente el uno al otro. No sabían el motivo, pero aquella interrupción había hecho que, de repente, se sintieran algo incómodos.

—Deberíamos vestirnos —dijo él tras unos instantes que se les antojaron eternos—. No nos conviene aminorar la marcha ahora que nos separan tan pocos kilómetros de nuestro destino.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí, Niño Bonito? Anoche no me dio esa impresión, aunque quizás esté equivocada.

Esbozó una sonrisa traviesa al decir aquello que hizo que Diego sintiera un nuevo tirón en el vientre. No sabía qué se le estaba pasando por la cabeza en aquel momento, pero sí que aquella expresión no era casual. Algo estaba tramando.

—Sabes que no estás equivocada, Mercedes.

—Lo pasamos bien, ¿verdad?

—Bastante.

—Y estaba pensando... —Carraspeó, aunque trató de mostrar una seguridad en sí misma que no sentía. Aunque aquello le parecía una idea estupenda, temía que él pensara que era una estupidez. O, peor aún, que aquello cruzaría cualquier límite establecido—. Ya que disfrutamos tanto la experiencia, a lo mejor podríamos repetirla. ¿Por qué dejar que algo tan placentero sea cuestión de solo una noche cuando aún nos quedan varias antes de separarnos?

Diego abrió mucho los ojos, tratando de asimilar aquella propuesta. Una parte de él había asumido desde el primer momento que su encuentro sería cuestión de una única noche, así que le costaba comprender que ella estuviera realmente sugiriendo algo así. ¿De verdad quería que se repitiera durante lo que les quedaba de trayecto?

—Solo si te apetece, por supuesto —añadió ella al ver que él no decía nada. Sintió una pequeña punzada en el estómago, aunque se esforzó por disimularla—. No quiero que creas que

he desarrollado algún tipo de sentimiento romántico por ti, ¿de acuerdo? Es solo que... deseo seguir con esto. Aunque entenderé que tú quieras dejarlo aquí. No tienes pinta de ser de los que repiten.

—Puedo hacer excepciones —atinó a decir a pesar de la sorpresa que aún lo embargaba—. Hay damas con las que una noche no es suficiente. Ni siquiera toda una vida lo sería.

—Ahora debería ser yo quien se preocupara por los sentimientos.

—Tranquila, estamos de acuerdo en eso: nada de romanticismo. Lo que nos une es algo mucho más terrenal.

—Yo lo llamaría carnal, pero estoy de acuerdo. —Dio un paso hacia él, que tragó saliva al darse cuenta de lo cerca que volvían a estar. Tanto que, si uno de los dos se movía, acabarían por besarse—. ¿Qué me dices entonces de mi propuesta?

—Que estaré encantado de aceptarla. —Posó una mano en su cintura y la acercó, terminando, al fin, con los pocos centímetros que los separaban. Los dos se besaron, aunque lograron detenerse antes de que el ambiente se caldeara de nuevo—. Deberíamos volver con Matías y Jonás o empezarán a impacientarse.

Ella resopló, fastidiada por aquella interrupción, aunque acabó por asentir. Sabía que, si tardaban mucho más, Jonás regresaría y no quería convertirse en el centro de todas sus burlas.

Los dos se vistieron y se acicalaron como pudieron antes de reunirse con sus compañeros, que los esperaban con impaciencia y los recibieron con risas y comentarios con dobles sentidos que hicieron que ambos pusieran los ojos en blanco.

—¿Tú no eras quien tenía tanta prisa por proseguir el viaje, Jonás? —le espetó Diego tras subirse sobre su yegua—. Pues no sé a qué vienen tantas bromas.

—A que Anita siempre tiene la razón por mucho que tú te empeñes en llevarle la contraria.

Diego lo imitó en tono burlesco, aunque no lo desmintió. La mujer de su amigo tenía muy buen ojo y, por mucho que le costara admitirlo, siempre acababa teniendo la razón.

Le ofreció una mano a Mercedes para ayudarla a subir, pero ella, tan orgullosa como siempre, la rechazó y se montó sola.

—¿Creías que lo de anoche cambiaría esto?

Él rio al escucharla. Le encantaba que aquella cabezonería no hubiera desaparecido y que el tira y afloja que caracterizaba su relación siguiera intacto a pesar de todo.

En cuanto estuvieron listos, azuzaron sus monturas y partieron, dispuestos a avanzar una jornada más.

Capítulo 18

El viaje siguió su curso con normalidad, aunque, después de la noche que habían compartido y de su conversación a la mañana siguiente, Mercedes y Diego comenzaron a pasar aún más tiempo juntos (si es que aquello era posible, teniendo en cuenta que llevaban ya muchas jornadas compartiendo montura, noches de guardia e incluso lecho). Pasaban cada instante entre risas, comentarios sarcásticos y besos, y no era extraño que Jonás o Matías los sorprendieran en momentos comprometidos.

—Sois unos inoportunos —se quejó Diego al tiempo que se recolocaba la ropa que Mercedes le había desordenado y salía de entre los árboles donde ambos se habían escondido para tener un rato de intimidad que sus compañeros les habían arruinado sin ningún tipo de consideración—. ¿No veis que estaba ocupado?

—Solo quería avisar de que habíamos vuelto con el almuerzo y que podíamos tomárnoslo para partir cuanto antes —replicó Jonás, que a aquellas alturas era incapaz de aguantar la risa cuando los descubría en aquellas situaciones tan poco decorosas—. Eres tú quien siempre insiste en que no debemos permanecer mucho tiempo en el mismo lugar para que no den con nosotros y Mercedes quien dice que quiere llegar a Madrid cuanto antes. Aunque, quizás, ya no estéis tan interesados en llegar rápido a la capital...

—Mis planes no han cambiado, no se preocupe por eso —intervino Mercedes, saliendo también de entre la arboleda con el pelo aún despeinado—. No voy a renunciar a mis sueños por unos días de pasión, así que podemos almorzar y ponernos en marcha cuando quieran.

—Oh, va a romperle el corazón al pobre Diego —bromeó el hombre—. No sé cómo podrá superar esto.

—Mi corazón está perfectamente —replicó el aludido a pesar de que, en realidad, aquellas palabras le habían provocado una extraña punzada en el pecho—. No temáis por él.

En ese momento fue Mercedes quien sintió una molesta sensación en el abdomen, aunque prefirió ignorarla y fingir que no sucedía nada. Debía tratarse solo de un pequeño dolor de estómago provocado por el hambre, por lo que lo mejor sería no darle más vueltas de las necesarias.

Los cuatro se sentaron bajo un árbol, asaron la carne que sus compañeros habían cazado y la tomaron con los frutos que habían recolectado. Una vez acabaron, recogieron todas sus pertenencias, dispuestos a ponerse en marcha cuanto antes.

—¿Por qué no os adelantáis? —les sugirió Diego a los demás cuando tuvieron todo recogido—. Enseguida os alcanzamos.

Los otros compartieron una mirada divertida y se echaron a reír, aunque decidieron darles una tregua y no añadir nada. Terminaron de empaquetar sus cosas, se subieron a los caballos y partieron, dejando a Diego y Mercedes solos.

—¿Y esto a qué se debe? —preguntó ella al tiempo que levantaba una ceja con curiosidad.

—A que antes nos dejamos algo a medias...

—Algo que dudo que podamos terminar en cinco minutos.

Él esbozó una sonrisa burlona antes de posar las manos en las caderas de la joven y conducirla hasta el árbol más cercano. Compartieron una mirada cómplice y ella también sonrió.

—Se pueden hacer muchas cosas en solo cinco minutos... —murmuró él. Subió una de sus manos lentamente, acariciándola, hasta posarla en su cuello y se acercó hasta que sus labios estuvieron a punto de rozarse—. Cosas que te gustarían.

—Oh, ¿eso crees? —lo provocó ella, que incluso se mordió el labio. A pesar del escaso tiempo que tenían, se moría de ganas de saber cuáles eran esas cosas que, supuestamente, tanto iban a gustarle.

—Estoy bastante seguro.

Diego por fin hizo desaparecer la distancia que los separaba. La besó y ella se aferró a él de una forma que ya les resultaba tan natural que parecía que llevaran haciéndolo toda la eternidad. Como si fueran almas que se conocían de otra época. Polvo de una misma estrella que llevaba persiguiéndose toda la eternidad.

Siguieron besándose, olvidándose incluso de que apenas tenían unos instantes y debían reunirse con los demás. Mercedes deslizó también sus manos, tratando de quitarle la ropa a Diego, que no pudo evitar reír.

—¿No decías que solo cinco minutos no eran suficientes?

—Quizás podamos demorarnos diez...

Volvieron a besarse, aunque no pudieron ir más allá. De repente, una voz salida de la nada los hizo detenerse.

Una voz que Mercedes conocía demasiado bien.

—De todos los posibles escenarios que me había imaginado, este no se me había pasado en ningún momento por la cabeza. Es, cuando menos, sorprendente, Mercedes.

Apartó al joven de un empujón, alarmada, para comprobar que aquello era real y no producto de su imaginación.

Mas no lo era.

No sabía cómo había pasado, pero Francisco la había encontrado.

Capítulo 19

—Francisco.

Mercedes a punto estuvo de desmayarse al ver frente a ella a su prometido, como si fuera una aparición surgida de la nada. Lo recorrió de arriba abajo lentamente, evaluando cada detalle para asegurarse de que era realmente él y no un impostor. Pero era inequívoco: a pesar de su aspecto cansado y desaliñado, era el mismo Francisco que se paseaba por los salones y casinos más selectos de España.

—Eres muy escurridiza cuando te lo propones, ¿lo sabías? —se limitó a decir él, que también la observaba con detenimiento—. Llevo muchos días siguiéndote la pista, incapaz de dar contigo.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Diego que, aunque podía hacerse una ligera idea de lo que estaba sucediendo, quería confirmarlo antes de ponerse en lo peor. Si era quien creía que era, estaban en apuros.

—Tú no te metas —le espetó Francisco con desdén—. No se te ha perdido nada en esta conversación.

—Es mi deber proteger a Mercedes.

—Disculpa, pero yo soy su prometido y tú no eres más que un vulgar bandido, así que quien está en la obligación de salvarla soy yo.

—Teniendo en cuenta que está huyendo de usted, permítame dudarlo. —Dio un paso al frente y desenvainó su navaja—. Así que lo mejor será que se marche por donde ha venido. A quien no se le ha perdido nada aquí es a usted.

—¿Crees que un criminal con un cuchillo me asusta? —le espetó casi con desprecio, como si no fuera más que un gusano al que pudiera aplastar con la punta de un dedo sin hacer el más mínimo esfuerzo—. Mi prometida y yo tenemos un asunto que tratar en privado.

—Ya le he...

—Diego —lo interrumpió Mercedes. Se giró hacia ella, que le dedicó una mirada severa. Estaba tensa por aquella situación y parecía evidente que él no estaba precisamente ayudándola —, Francisco tiene razón: esto es algo que solo nos incumbe a nosotros.

En sus ojos se reflejaban el miedo y la incertidumbre que aquella situación le provocaba, pero

estaba decidida a resolver aquello por sus propios medios. No podía consentir que Francisco la arrastrara de vuelta a Ronda y sabía que era la única capaz de detenerlo. O, al menos, esperaba serlo porque no estaba dispuesta a dejar que la encerraran de nuevo en su jaula de oro.

—¿Quieres que te deje sola con él? —le preguntó en un susurro—. ¿Estás segura?

—Completamente. Puedo hacerme cargo de la situación, no te preocupes.

Diego titubeó, aunque acabó por ceder al ver que ella se mantenía firme. Conocía a Mercedes ya lo suficiente como para saber que tenía muchos ases escondidos bajo la manga y era más que capaz de defenderse en caso de ser necesario. Además, ya le había demostrado que sabía disparar. Y, si no, que le preguntaran a Pacheco y sus hombres.

—Me quedaré cerca, así que, si intenta hacerte daño, solo llámame, ¿de acuerdo? Vendré corriendo.

—Lo sé, pero, no te preocupes. Puedo ocuparme de esto.

Cuando por fin se quedaron solos, Mercedes se cruzó de brazos y encaró a Francisco, que esbozó una sonrisa socarrona sin poder evitarlo. Seguía tan altiva como siempre, mas no le serviría de nada. Iba a llevarla de vuelta consigo, aunque tuviera que usar la fuerza.

—¿Qué haces aquí?

—Buscarte, por supuesto. ¿Creías que te saldrías con la tuya solo porque tuviste la sangre fría de huir de tu propia casa?

—He llegado bastante lejos.

—Demasiado diría yo, aunque tu viaje termina aquí.

—¿Cómo me has encontrado? —le espetó antes de que él pudiera añadir algo más. No pensaba ir con él a ninguna parte.

—Debo admitir que no ha sido fácil. Todos creían que te habían secuestrado, pero yo no tardé demasiado en darme cuenta de que te habías escapado. Decidí salir a buscarte yo mismo y, al no dar contigo, deduje que debías de haberte aliado con algún bandido para que te sacara de la comarca, por lo que empecé a buscar pistas que pudieran traerme hasta ti —le explicó con tranquilidad, tratando de no alardear a pesar de lo orgulloso que se sentía de sí mismo—. Llevo muchas jornadas siguiéndolos y, siendo totalmente sincero, estaba a punto de rendirme hasta que en una venta me dijeron que te habían visto.

Mercedes maldijo por lo bajo su estupidez. Debería haber escuchado a Diego cuando dijo que no debían relajarse y dejarse ver. Por culpa de aquella noche de descanso, Francisco había dado con ella.

—Lamento que te hayas tomado tantas molestias para nada.

—¿Para nada? —Lanzó una carcajada irónica y dio un paso al frente—. Mercedes, vas a volver a casa. No puedes huir de nuestro compromiso.

—No pienso casarme contigo. No permitiré que me conviertas en una pieza más de tu juego político.

—Teníamos un acuerdo —le recordó él—. Yo te llevaba a Madrid y tú me dabas un título que

pudiera abrirme puertas y un hijo que lo heredara. Creo que no te estaba pidiendo tanto, ¿sabes? Hay damas que lo tienen mucho peor que tú, así que deja de comportarte como una cualquiera y regresa para cumplir con la palabra que me diste y con tus obligaciones como hija y como futura esposa.

—No consentiré que volváis a encorsetarme ahora que he descubierto lo que es la libertad.

—¿Crees que corretear por los bosques con un puñado de forajidos es libertad? —Francisco enarcó una ceja al preguntar aquello—. Por Dios, Mercedes, no seas ingenua.

—No, claro que no. La libertad es poder hacer lo que me plazca cuando me plazca sin que nadie pueda impedírmelo, sin unos padres, un marido o unos hijos que me encadenen a un hogar.

—No sé de dónde has sacado esas ideas absurdas. Quizás tu padre tenía razón al decir que leías demasiada poesía y que deberíamos habértelo prohibido.

—Los libros no tienen nada que ver con esto. Ya los leía cuando quería una vida en sociedad y casarme con alguien supuestamente digno de mi posición.

—Oh, supongo entonces que el cambio tiene que ver con cierto poeta inglés, ¿no es cierto?

Mercedes se quedó petrificada al oír aquella pregunta. ¿Qué sabía Francisco de lo que había sucedido entre Leopold y ella?

—¿Qué?

—Ese hombre solo te quería para calentarse la cama un rato. No entiendo qué pudo decirte para que hayas decidido tirar tu vida de esta forma.

—¿Lo sabías? —murmuró ella, aún desconcertada. Creía que había sido muy cuidadosa para que no la descubrieran.

—Pues claro que sí. ¿Crees que soy un necio? —Francisco bufó—. Es mi deber estar al tanto de lo que hace mi prometida, así que estaba al corriente de que te pasabas las noches en su habitación como una cualquiera. Solo lo consentía porque sabía que se iría pronto y que era un mero entretenimiento.

—Pero... Pero yo...

Era incapaz de hilar una frase completa. Su mente era un auténtico torbellino de ideas, recuerdos y teorías. ¿Cómo había podido descubrirla? ¿Cuándo? No entendía lo que estaba sucediendo.

—Deja esto y vuelve a casa conmigo —la interrumpió antes de que pudiera formar una frase coherente—. Me da igual lo que sucedió con ese poeta e incluso lo que haya podido pasar con ese bandido. Nuestro matrimonio siempre fue una mera transacción y creo que sigue siendo un buen negocio.

—No...

—Inventaremos algo —insistió, sin dejarle tiempo para replicar—. Diremos que te raptaron cuando los descubriste robando y que decidieron mantenerte prisionera. Diremos que nunca quisiste colaborar con ellos, que intentaste escapar incluso. Nadie tiene por qué enterarse de tu pequeña huida, ni siquiera tu familia. Eres una excelente mentirosa y a mí se me da bastante bien

encubrirte.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué crees que nadie se enteró de lo del poeta? ¿No serás tan ilusa como para pensar que lo conseguiste tú sola?

Cada vez estaba más confusa. No entendía lo que estaba sucediendo. ¿Francisco la había estado encubriendo? Durante meses había creído que ella sola había logrado engañar a todo el mundo, pero, al parecer, no había sido así y había dejado las pruebas suficientes como para que su prometido la descubriera. Dos veces.

—Pero tuve mucho cuidado...

—No el suficiente. —Francisco suspiró y le tendió una mano—. Vuelve conmigo a Ronda. Diré que te rescaté con ayuda de unos guardias y me casaré contigo a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —Aquella frase pareció sacarla de su trance. Volvió a subir sus barreras y a hacerle frente, dispuesta a mantenerse firme. Había conseguido desarmarla al contarle lo de Leopold, pero no iba a consentir que se saliera con la suya—. ¿A qué te refieres?

—Todos pensarán que eres mercancía de segunda ahora que has sido mancillada por un vulgar bandido —contestó con tranquilidad—. Pero debemos ver esto como algo positivo. Si me caso contigo ahora, demostraré que soy un hombre piadoso. Intentarán vetarte de determinados círculos y yo podré convertirme en tu defensor. Eso siempre gusta.

—Por Dios, ¿acaso la política es lo único en lo que piensas? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Tienes que sacar provecho de absolutamente todo?

Mercedes sentía que, de repente, la sangre hervía en sus venas. Su compromiso siempre había sido una transacción ventajosa para ambas partes, pero aquello era excesivo incluso para ellos. Además, ¿quién se creía Francisco que era para considerarla «de segunda» y creerse un buen samaritano solo por desposarla?

—No actúes como si yo fuera algo más para ti que una cartera llena de dinero y un hogar cómodo y tranquilo.

—No voy a regresar contigo —dijo con determinación. Puede que fuera una ilusa o que no fuera tan buena mentirosa como creía, pero no iba a consentir que la ataran—. No pienso malgastar la vida que me queda con un hombre de hielo que solo me ve como una pieza en su macabro juego de presidentes.

—No te hagas la víctima. Si te hubieras quedado en casa bordando tu ajuar como una buena dama, esto no habría pasado. Pero decidiste dejar de lado toda la decencia, meterte en camas ajenas y huir en plena noche.

—¡Eso no me hace mala persona!

—Te conviertes en una mujer impura, Mercedes. ¿Qué mujer respetable entrega su honor como tú lo has hecho?

—¿Honor?

—Te has entregado a dos hombres sin pensar en el daño que tus acciones podían ocasionar a

tu familia. Piensa en tus hermanas, en lo que pasará si se descubre todo esto: quedarán manchadas y nadie querrá casarse con ellas jamás. ¿Y tus padres? ¿De verdad merecen esta humillación?

El corazón de Mercedes se saltó un latido al escuchar aquello. Su intención nunca había sido perjudicar a sus hermanas, ni humillar a su familia, pero conocía lo suficiente del mundo para saber que Francisco tenía razón: si alguien descubría la verdad, todos quedarían marcados. Y sería únicamente su culpa.

—Vuelve a casa —insistió él al verla dudar. Incluso se atrevió a acercarse un poco y apoyar una mano en su brazo—. Eres una señorita, Mercedes, y tienes unos deberes que cumplir.

Aquellas palabras, con las que su prometido había intentado desarmarla por completo, consiguieron justo el efecto contrario. Sí, era cierto que tenía unas obligaciones, pero eran precisamente el motivo por el que había decidido escapar.

—No —murmuró al tiempo que levantaba la vista con determinación. Odiaba hacerle daño a su familia, pero no podía condenarse a una vida monótona por ellos.

—No seas tozuda.

—Lo siento, Francisco, pero no voy a casarme contigo, así que lo mejor será que vuelvas por donde...

—Deja de decir sandeces. —Apretó con un poco más de fuerza su brazo y ella contuvo un quejido—. No quiero hacerte daño, pero no dudaré en usar la fuerza si es necesario.

—Suéltame.

—No pienso irme de aquí solo.

—Pues te aseguro que no lo harás conmigo. He aprendido a defenderme y, por si lo has olvidado, hay tres hombres aguardando cerca que no dudarán ni un instante en sacar sus armas para ayudarme.

Francisco aflojó su agarre, asustado al recordar de repente a los tres bandoleros que la acompañaban y que no tardarían ni medio minuto en atacarlo si intentaba hacerle daño. A lo mejor debía cambiar de estrategia y ser más sutil.

—Piensa un poco, Mercedes: si no regresas ahora, no podrás hacerlo nunca. ¿Y qué pasará cuando se te acabe el dinero?

—Ya pensaré en alguna solución entonces —replicó ella, aún a la defensiva—. Aprenderé a vivir de forma frugal.

—¿Estás segura de que podrás soportar eso? ¿Soportarás convertirte en una forajida huida de la justicia?

—¿Forajida? —Mercedes frunció el ceño, confusa—. ¿Qué quieres decir?

—Como comprenderás, cuando vuelva a Ronda tendré que contar la verdad: cómo fingiste el robo y el secuestro, cómo te uniste a una cuadrilla de bandoleros, cómo tuviste el descaro de acabar en los brazos de, al menos, uno de ellos... Será un auténtico escándalo y creo que ya hemos hablado de lo que pasará con tu familia. Es una pena que, justo ahora que todos parecían

haberse olvidado de lo que sucedió con tu tía abuela, tú decidas volver a ponerla en boca de todos.

La historia de su tía abuela era algo de lo que nunca hablaban, el secreto que con tanto celo guardaban, ya que había estado a punto de arruinar a la familia para siempre. Muchos años antes, durante la guerra contra los franceses que habían invadido España, la hermana pequeña de su abuela, una joven romántica y soñadora de dieciséis años, destrozó su vida al fugarse con un soldado enemigo que la abandonó a los pocos meses al descubrir que se había quedado embarazada. Cuando trató de regresar, se encontró todas las puertas cerradas. No le quedaban familia ni amigos que quisieran ayudarla, así que no tuvo más remedio que malvivir y subsistir como pudo hasta que una noche, pocas semanas antes de dar a luz, acabó con su vida.

Su familia había tardado muchos años en limpiar su nombre y aquel era uno de los principales motivos por los que su abuela siempre le había insistido tanto para que encontrara un buen marido. No podían permitirse otro escándalo así.

Un escándalo como el que se desataría si, efectivamente, Francisco contaba la verdad al regresar a Ronda.

—No puedes contarlo.

—Es mi deber. No puedo permitir que los guardias sigan perdiendo su valioso tiempo, ni que todos crean que no eres más que una pobre víctima de unos desalmados delincuentes. Además, creo que a las autoridades les parecerá muy interesante que te hayas unido a este grupo. ¿El bandolerismo no está penado con garrote?

—Francisco...

—Si no regresas conmigo, se lo diré a todos y tanto tú como tu familia tendréis que pagar las consecuencias. —Fingió un suspiro dramático, como si realmente le preocupara aquello a pesar de que ambos sabían que no era así—. Pobrecillos, ni te imaginas lo mucho que están sufriendo. Especialmente la pequeña Amalia.

—No te atrevas a meter a mi hermana en esto.

—Piensa en ella entonces, Mercedes. —Volvió a apretarle el brazo y, a pesar de que la joven trató de liberarse de un tirón, no la soltó—. Piensa en lo que pasará cuando el escándalo estalle. ¿De verdad vas a arrebatarle su futuro por un capricho? ¿Quién querrá casarse con ella en cuanto se sepa lo que has hecho? ¿Qué le quedará? Nada. Absolutamente nada. Y todo será por tu culpa.

Una súbita rabia la invadió. Francisco estaba tan obcecado con la idea de casarse con ella y tan furioso por su rechazo que estaba dispuesto a arrasar con gente inocente para castigarla. Y eso no podía consentirlo. Tenía que hacer algo. Tenía que proteger a sus hermanas de él como fuera.

—Esto es entre tú y yo, así que no te atrevas a hacerles daño.

—Yo no les haré nada. Serán tus acciones las que las condenen al ostracismo.

—Eres un bastardo. —Dio un tirón, pero él la agarró con más fuerza, clavándole los dedos en el brazo con tanta fuerza que Mercedes tuvo que contener un quejido—. Me estás haciendo daño, Francisco.

—Vas a venir conmigo por las buenas o por las malas, o te juro que haré todo lo que esté en mi mano para que no vuelvas a tener ni un solo segundo de paz en tu vida.

Comenzaron a forcejear. Ella trataba de librarse de su agarre, defendiéndose incluso a arañazos; él se aferraba a ella, dispuesto a no soltarla pasara lo que pasara. Mercedes comenzó a golpearle con la mano que tenía libre mientras le gritaba que la soltara.

—Deja de ser tan testaruda —le repetía él una y otra vez—. Esta rebelión se ha acabado. Vas a venir conmigo lo quieras o no.

—¡Que me sueltes, Francisco!

Logró, al fin, soltarse, aunque no dejaron de pelear. Él seguía tratando de agarrarla mientras ella agitaba los brazos, intentando alejarlo, y le pedía que la dejara de una vez.

—No pienso irme de aquí sin ti —repetía él una y otra vez—. No te saldrás con la tuya.

En un momento del forcejeo, justo cuando él estaba a punto de sacar su arma para obligarla a parar y empezaba a regodearse en su victoria, Mercedes, desesperada, le dio un empujón con tanta fuerza que le hizo dar un traspié y caer hacia atrás. Con tan mala suerte que se golpeó la nuca con una piedra.

Francisco se quedó inmóvil en el suelo, con los ojos muy abiertos clavados en el cielo y un rictus de sorpresa dibujado en el rostro, mientras un charco de sangre comenzaba a formarse alrededor de su cabeza.

Mercedes gritó, horrorizada, y se dejó de caer de rodillas junto a su prometido.

—No, no, no —murmuró. Lo agarró de los hombros y comenzó a agitarlo e incluso a darle pequeños golpes en la mejilla—. Francisco, por favor, dime algo. Lo que sea, por favor.

Pero él no reaccionó ni pronunció palabra por mucho que ella insistió.

Estaba muerto.

Lo había matado.

Y, con ello, acababa de condenarse para siempre.

Capítulo 20

Diego llegó apenas unos segundos después de escuchar el grito de Mercedes y se quedó petrificado al ver la escena: Francisco en el suelo, tumbado sobre un charco de sangre con los ojos abiertos, Mercedes de rodillas, tratando de hacerlo reaccionar en vano mientras gritaba y sus manos y su ropa iban tiñéndose de rojo.

—Por Dios, ¿qué ha pasado? —Se acercó a ella, que ni siquiera lo había oído llegar, y apoyó las manos en sus hombros—. Mercedes, ¿qué ha sucedido?

—Está muerto —susurró, deteniéndose por fin—. Yo no quería. Ha sido... ha sido un accidente.

—Lo sé.

—No quería matarlo —insistió aun así. Seguía con la vista fija en el cuerpo, aunque buscó la mano de Diego y se la apretó con fuerza, como si tratara de aferrarse a algo que la anclara a la realidad—. No quería.

—Te creo, pero necesito saber qué ha pasado —le dijo él en un tono de voz calmado. Sabía lo complicada que era la situación por experiencia propia y necesitaba obtener toda la información posible para saber cómo gestionarla—. Cuéntamelo.

La giró con delicadeza para quedar cara a cara y le apoyó las manos en las mejillas. Tenía la mirada perdida y el rostro pálido.

—Ha sido un accidente.

—Pero ¿cómo ha sido?

—Yo no... yo no...

—Mercedes, por favor —le pidió al tiempo que comenzaba a acariciar sus mejillas, tratando de calmarla—. Ya sé que tú no querías hacerlo, pero necesito saber si ese malnacido intentó hacerte daño.

Ella apartó las manos de Diego de su cara para poder girarse de nuevo y mirar el cuerpo. Lo observó, aún tratando de asumir que aquello era real, e incluso le agitó el hombro una última vez, por si acaso. Pero él no iba a moverse.

—Lo siento mucho —murmuró. Se acercó un poco más y le cerró los ojos con delicadeza—.

Lo siento tantísimo, Francisco. Yo no... yo no quería...

No tuvo tiempo de terminar la frase. De repente, Matías y Jonás aparecieron, montados en sus caballos y acompañados de la yegua de Diego.

—¡Hay una patrulla cerca! —exclamó el primero antes de reparar en lo que estaba sucediendo. Paseó la mirada entre el cadáver y las manos manchadas de sangre de Mercedes—. ¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un accidente —repuso Diego, que ya se había puesto en marcha. Si los guardias los encontraban en esa situación ninguno de ellos se libraría de la muerte. Ni siquiera Mercedes. Y no podía permitirlo bajo ningún concepto—. Tenemos que sacarla de aquí.

La sujetó por debajo de los brazos y tiró de la joven, que no parecía dispuesta a moverse, aunque al final acabó por levantarse y dejarse llevar hasta la montura. La ayudó a subir con dificultad, pues seguía mirando a Francisco y parecía ajena al caos y la ansiedad que dominaban a sus compañeros, que sabían que los guardias estaban cada vez más cerca, antes de subirse a su espalda y sujetarla con fuerza.

—No podemos dejarlo ahí —la oyó murmurar—. Su madre tiene derecho a saber qué ha sido de él. Tiene derecho a llorarle.

—Los guardias lo encontrarán y lo llevarán con su familia —le aseguró Diego—, pero ahora tenemos que marcharnos o nos atraparán y todo habrá sido en vano, Mercedes. Así que, por favor, sujétate bien porque no podemos permitirnos perder ni un segundo.

Ella asintió de forma casi imperceptible y se asió a la yegua, así que él hizo un gesto a sus compañeros y los tres comenzaron a cabalgar justo cuando empezaban a oírse a los guardias.

Recorrieron varios kilómetros sin descanso, conscientes de que los perseguían y de que, al no estar en su territorio, no partían con ventaja. Pero la fortuna parecía estar de su lado, ya que encontraron una arboleada en la que se internaron y, al estar más acostumbrados a aquel terreno que los guardias, consiguieron darles esquinazos tras lo que parecieron horas.

Con cautela, se detuvieron, y aguardaron hasta que dejaron de oír los cascos de los caballos. Debían haberlos dado por perdidos, y decidido regresar junto a Francisco para encargarse de él.

—Esto está a punto de llenarse de guardias —dijo Diego—, así que debemos poner tierra de por medio cuanto antes. Pero... deberíamos darle a Mercedes un minuto. ¿Os importa dejarnos solos?

Jonás y Matías asintieron y se alejaron mientras su compañero bajaba del caballo y ayudaba a hacer lo propio a Mercedes, que no había pronunciado palabra durante su huida.

—¿Estás bien? —le preguntó en un murmullo.

Y justo entonces, como si aquellas palabras fueran un hechizo, pareció despertar de su letargo y comprender realmente la gravedad de lo que había sucedido.

—Lo he matado —dijo, con la vista aún fija en sus manos—. Ha sido un accidente, pero lo he matado. Esto me convierte en una asesina, en una forajida. Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Cómo he podido? Estábamos forcejeando, lo empujé y...

Fue incapaz de terminar la frase. Empezó a notar cómo le faltaba el aire, cómo este parecía no llegarle a los pulmones. Por muchas bocanadas que tomaba, no conseguía respirar. Sentía que iba a asfixiarse de un momento a otro sin que nadie pudiera hacer nada para salvarla.

—Mercedes, tranquila. —Diego le dio una mano y posó la otra en su mejilla para calmarla, logrando que alzara al fin la mirada y la fijara en él—. Ha sido un accidente.

—He matado a un hombre, Diego. Puede que para ti no sea nada, pero yo... yo no era una asesina.

—Lo sé.

—¿Cómo he podido? —insistió ella de nuevo—. Acabo de perderlo todo. He arruinado mi vida para siempre. Nunca podré volver a casa. Aunque quiera nunca podré hacerlo. Huía para conseguir libertad, pero esto... esto... —Notó una nueva punzada en el pecho y, otra vez, la falta de aire—. No puedo respirar.

Se alejó, agitando una mano frente a su rostro y boqueando. Por mucho que lo intentaba, no lograba llenar sus pulmones. Cada vez le dolía más el pecho y se ponía más nerviosa. No quería morir asfixiada en mitad de un bosque.

—Mercedes, por favor.

Diego la cogió de las manos y la joven volvió a reparar en ellas. Estaban rojas, aún manchadas con la sangre de Francisco. Eran la prueba del delito que acababa de cometer. Una súbita furia la invadió y, tras soltarse de Diego, comenzó a rascárselas, como si quisiera arrancarse la piel, como si borrando la sangre pudiera hacer desaparecer lo que había sucedido.

—Eh, para. —Su compañero la agarró con fuerza de las muñecas, impidiendo que siguiera haciéndose daño—. Por favor, Mercedes, no hagas... no hagas eso. Te lo suplico.

—Están llenas de sangre —susurró ella, con la mirada aún clavada en sus dedos rojos—. De su sangre. Diego. Tengo su sangre en mis manos. Tengo que limpiarlas. Tengo que quitarme esto.

—Está bien, pero así no. —Miró a su alrededor, buscando algo que pudiera ayudarlo, aunque solo vio árboles—. Vamos a buscar un arroyo, ¿de acuerdo? Ahí podrás limpiarte.

Ella asintió, aún respirando con dificultad, y se dejó arrastrar mientras Diego intentaba dar con cualquier fuente de agua que pudiera servirles. Agudizó el oído, por si escuchaba una corriente, una cascada, alguna pista que pudiera ayudarles. Y de repente lo hizo. Oyó, a lo lejos, un rumor y lo siguió hasta que llegaron a un río.

No se lo pensó. Se metió con Mercedes en el agua y le limpió las manos con delicadeza, retirando los restos de sangre seca hasta que no quedó ni un ápice de esta. Cuando estuvieron completamente limpias, ella las puso frente a su cara para poder observarlas y comprobar que la prueba de su delito se había esfumado.

—¿Qué va a pasarme ahora? —preguntó en un susurro mientras movía los dedos en el aire.

—Si te atrapan, te condenarán a la pena capital —le contestó él con sinceridad. Había pasado por un momento así hacía ya muchos años, por lo que sabía que lo mejor era ser franco.

De nada serviría endulzarle la realidad—. No podrás regresar a Ronda, ni a ningún lugar donde puedan encontrarte. Lo siento mucho, Mercedes, pero a partir de ahora te espera una vida como forajida.

Ella asintió despacio, tratando de asumir que la libertad por la que tanto estaba luchando se había esfumado en apenas unos segundos por culpa de un forcejeo y una mala caída. Lo había sabido desde el primer instante, pero aquella confirmación había hecho que todo fuera demasiado real.

Al final Francisco había logrado su objetivo: le había cortado las alas para que no pudiera ser libre. Y no quería ni pensar lo que pasaría con su familia cuando todos descubrieran lo que había sucedido. Solo esperaba que la sociedad no los castigara demasiado por sus errores.

Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no hizo nada para detenerlas. Si había un momento para llorar era, desde luego, aquel. Las piernas empezaron a temblarle y cayó de rodillas al río, ajena a la frialdad del agua y la corriente que la golpeaba. Murmuraba palabras inconexas, frases sobre la desgracia que se cernía sobre ella, maldiciones hacia Francisco, lamentos por la familia de su prometido. Diego se puso de rodillas frente a ella, sin preocuparse por acabar también empapado, y la abrazó con todas sus fuerzas, tratando de transmitirle su apoyo.

—Comprendo cómo te sientes ahora mismo. Cuando maté a mi padre y hui, también estaba así —le dijo mientras besaba su frente y acariciaba su pelo—. Me estaba defendiendo, pero nunca fue mi intención acabar con su vida, por lo que verlo inmóvil, rodeado de sangre fue... una tragedia. Así que, si tienes que llorar, llora, no te preocupes. Desahógate.

Y eso hizo Mercedes: lloró entre sus brazos, sumergida en aquel río, hasta que no le quedaron más lágrimas, hasta que no pudo pronunciar ni un solo lamento más. La muerte de Francisco había marcado un punto de inflexión en su viaje y en toda su vida y solo esperaba poder recuperarse de ella en algún momento.

Aunque algo le decía que había situaciones que, por mucho tiempo que pasara, jamás se podían superar.

Capítulo 21

Unos golpes en la puerta despertaron a los marqueses de Arquería aquella mañana. Juan salió de la cama y, tras pedirle a su esposa que no se moviera, se asomó a las escaleras del primer piso para preguntar qué sucedía.

—Han venido a verlos, señor —respondió el mayordomo, que acababa de subir a su encuentro.

—¿Tan temprano? —replicó el marqués. No eran, desde luego, horas de recibir, así que debía tratarse de algo importante—. ¿Quién es?

—El alcalde.

Se sintió palidecer al escuchar aquello. Si Rafael había ido hasta su casa antes del desayuno, debía tratarse de un asunto grave. Así que ni siquiera respondió. Se apresuró a bajar las escaleras y saludar al otro hombre, que aguardaba en la entrada.

—Sé que no es momento de visitas, pero este asunto no podía esperar —se disculpó mientras le estrechaba la mano.

—No se preocupe, ya sabe que desde que Mercedes desapareció las puertas de esta casa están siempre abiertas para usted. ¿Hay alguna novedad?

—Deberíamos hablar de esto en privado y creo que su esposa debería estar también presente. Esto es algo que los incumbe a ambos.

Juan asintió, cada vez más confuso, y le pidió que lo acompañara al salón antes de mandar avisar a su mujer para que bajara de inmediato. Ella apenas tardó unos minutos. Entró a la estancia sin vestir ni peinar, demasiado alarmada como para preocuparse por aquellas minucias.

—Alcalde, ¿qué sucede? —le preguntó—. ¿Se sabe algo de Mercedes o Francisco?

—Sí, pero me temo que no les traigo buenas noticias. —El hombre suspiró y aprovechó aquellos segundos para medir sus palabras. Sabía que lo que iba a decir era difícil de escuchar para unos padres—. Vengo de la casa de los señores De los Ríos. La patrulla que seguía a Francisco lo encontró muerto hace apenas un par de días.

La mujer lanzó un grito horrorizado y se cubrió la boca con una mano.

—¿Cómo es posible? ¿Qué le ha sucedido?

—Al parecer estaba en lo cierto: unos bandoleros tenían a Mercedes como prisionera. Les siguió la pista más allá de Despeñaperros, Dios sabe por qué querían llevársela tan lejos, y cuando se enfrentó a ellos acabaron con su vida sin piedad. Les ahorraré los detalles, puesto que hay una dama delante, pero fue una muerte muy sangrienta.

—Un joven tan brillante y prometedor, tan enamorado de Mercedes —se lamentó Juan—. Esto es una auténtica tragedia.

—Desde luego. Su familia está desconsolada, como podrán imaginar. A pesar de que sabíamos que era peligroso, nadie esperaba este fatal desenlace.

—¿Y se sabe algo de Mercedes? —intervino Cayetana, que, aunque apenada por el fallecimiento de Francisco, seguía teniendo sus prioridades muy claras—. ¿Los guardias pudieron recuperarla?

—Lamentablemente no lo lograron. Esos malnacidos la subieron a un caballo contra su voluntad y, a pesar de que los persiguieron durante millas, al final consiguieron escapar.

—¿Entonces sigue en su poder?

—Así es, y siento tener que darles otra mala noticia porque —suspiró de nuevo e incluso apartó la mirada, incapaz de comunicarles aquello mirándolos a los ojos— tenemos que dar su búsqueda por finalizada.

—¿Disculpe? —Juan se levantó de un salto, incapaz de creerse aquellas palabras—. Si los guardias la vieron y saben dónde está, ¿por qué se detienen justo ahora? ¿De verdad van a dejarla con unos asesinos? ¡Si le han hecho eso a Francisco, ¿qué no le harán a ella?!

—Entiendo su enfado, pero es demasiado peligroso y son muy escurridizos. No parecen dispuestos a dejarla ir, ni liberarla, y no podemos seguir destinando tantos recursos a perseguir un imposible. Lo siento mucho, pero deberían dar a Mercedes por perdida.

La noticia cayó sobre los padres de la joven como una jarra de agua fría. Hasta aquel momento habían conservado la esperanza (por mínima que fuera) de que Mercedes acabaría apareciendo. Sin embargo, la confirmación de que los guardias habían sido incapaces de liberarla y que abandonaban la misión había hecho trizas todas sus ilusiones. Su hija no iba a volver. No habían logrado recuperarla y había acabado perdida para siempre en manos de unos bandidos.

Rafael no tardó demasiado en irse después de aquello, dejando a Cayetana y Juan sumidos en el más absoluto de los silencios. No había nada que pudieran decir en aquel momento que los consolara.

—Debemos decírselo a las niñas —murmuró la mujer, tomando la iniciativa al ver que su marido seguía sin reaccionar—. No podremos acallar esta noticia. A mediodía toda la ciudad sabrá lo que ha sucedido. Y también deberíamos reunir a los criados para evitar que hablen. No nos conviene tener al enemigo en casa en estos momentos.

Él asintió y dejó que fuera ella quien se encargara de avisar al servicio para que despertaran a Margarita, Eugenia y Amalia y prepararan unas tisanas. Iban a necesitarlas.

Las tres jóvenes, que entraron al salón aún sin vestir y con el pelo suelto, dedujeron que se

trataba de algo grave al ver la expresión apesadumbrada de su padre.

—Sentaos —les pidió su madre, aún llevando la voz cantante. Juan estaba demasiado conmovido por la noticia de la pérdida de su primogénita—. Tenemos algo que contaros.

—¿Son noticias de Mercedes? —se atrevió a preguntar Amalia—. He escuchado que llamaban temprano y pensé...

—Era el alcalde —le confirmó sin dejar que acabara la frase—. Hay novedades. Y siento tener que deciros que son muy malas noticias.

Eugenia, sentada entre sus dos hermanas menores, las agarró de las manos con fuerza tratando de darles ánimos y, al mismo tiempo, dárselos a sí misma.

—No va a volver, ¿verdad? —preguntó al tiempo que una lágrima descendía por su mejilla.

—Mucho me temo que no. Francisco consiguió dar con ella, pero los miserables que la secuestraron acabaron con su vida y se la llevaron antes de que los guardias pudieran alcanzarlos. Así que la han dado por perdida.

—¡Pero si la han visto! —protestó Amalia, también llorando. Era incapaz de creer que todos se estuvieran rindiendo y fueran a dejar a su hermana a su suerte—. ¿Por qué se detienen justo ahora?

—¿Es que no has escuchado lo que he dicho? Esos desalmados han matado a Francisco y solo Dios sabe lo que habrán hecho con tu hermana. El alcalde ha sido muy claro: seguir persiguiéndolos no servirá de nada.

—Así que ¿eso es todo? —preguntó Eugenia en un susurro—. ¿Mercedes ha desaparecido para siempre?

—Para nosotros será como si hubiera muerto. —Cayetana tuvo que cerrar los ojos al pronunciar aquellas palabras tan duras. Saber que Mercedes estaba presa en algún lugar del mundo, en manos de unos bandidos, y que ellos no podían hacer nada para salvarla era devastador—. Nos pondremos luto, cerraremos la casa. Nos esperan unos meses muy difíciles, pero lograremos salir adelante.

La puerta del salón se abrió de repente y los cinco se giraron hacia la entrada para ver qué sucedía. Una de las doncellas los miraba desde la entrada, con expresión compungida y sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Cayetana al ver que no decía nada—. Espero que sea algo importante porque estábamos tratando un asunto privado.

—Ha venido la señora De los Ríos —respondió finalmente la joven—. Está... está muy agitada y exige verlos de inmediato.

Ni siquiera tuvieron tiempo de decir que la hiciera pasar. Fernanda la empujó y entró en la habitación como un vendaval. Estaba enfurecida, fuera de sí, aunque ninguno de los presentes podía culparla por ello. Al fin y al cabo, acababan de comunicarle que el mayor de sus hijos, el orgullo de su familia, había sido asesinado.

—Esto es culpa suya —les dijo al tiempo que alzaba un dedo acusador—. Suya y de su hija.

—Fernanda...

—¡No me interrumpa! —cortó a la que habría sido su consuegra antes de que esta pudiera terminar la frase—. No ose hacerlo, marquesa. Mi hijo seguiría vivo de no ser por su hija. Si no hubiera sido tan temeraria, si se hubiera comportado como cualquier otra dama lo habría hecho y hubiera permanecido en la cama en lugar de intentar enfrentarse a los forajidos, nada de esto habría sucedido.

—La situación es terrible y puedo entender cómo se siente, pero...

—No, no puede. Mercedes sigue viva.

—Mercedes está en manos de unos bandidos y el alcalde acaba de decirnos que lo mejor será que la demos por perdida porque es imposible recuperarla, así que para nosotros es también como si hubiera muerto.

Las palabras de Cayetana retumbaron por la estancia, aunque Fernanda ni se inmutó. Estaba demasiado dolida como para entender que ella no era la única que había sufrido una pérdida aquel día, así que siguió culpándolos una y otra vez y lamentándose por el compromiso de su hijo.

—Maldigo el día en el que decidió pretender a su hija —murmuró—. Maldigo el momento en el que decidió ir tras ella, como si no hubiera en el mundo más damas dignas de ser su esposa. No merecía morir por ella. No se merecía acabar asesinado por correr detrás de una mujer que solo podía ofrecerle un título nobiliario.

—No consiento que venga a mi casa a insultar a mi hija.

La voz del marqués, que parecía, por fin, haber reaccionado, retumbó por la sala y todas, incluida Fernanda, se giraron para mirarlo. Él se puso de pie lentamente y señaló la puerta abierta.

—Creo que lo mejor será que vuelva a casa. Supongo que tendrán mucho que hacer y que preferirá pasar estas horas tan difíciles con su marido y sus hijos.

—Sí, será lo mejor —añadió su esposa—. Nosotros también necesitamos un poco de intimidad y no vamos a recibir a nadie hoy. Son momentos complicados que debemos superar en familia.

La mujer quiso decirles que dejaran de hacerse las víctimas, que mientras Mercedes siguiera viva al menos tendrían una esperanza que a ella le habían arrebatado, aunque logró morderse la lengua en el último momento. Creía que ir hasta esa casa para echarles en cara a los marqueses la muerte de su hijo aliviaría algo su pena, mas no había sido así. Suponía que nada podría calmar nunca aquel pesar.

—Y, por cierto, ni usted ni ningún miembro de su familia volverá a ser bien recibido en esta casa —añadió Juan mientras ella comenzaba a arrastrarse hacia la salida—. Cualquier lazo que haya podido unir a nuestras familias queda cortado en este mismo instante.

—¿Sabe qué, marqués? —replicó ella, dándose la vuelta para poder encararlo—. Estamos completamente de acuerdo. A partir de hoy nuestras familias no compartirán nada, ni siquiera la más mínima cortesía.

Abandonó por fin el salón y Juan se giró para mirar a su mujer y sus hijas, que seguían agitadas por culpa de aquel encuentro.

—Padre, ¿hablaba en serio? —se atrevió a preguntar Amalia—. ¿Nuestras familias acaban de convertirse en enemigas?

—Eso parece.

—No tiene sentido. Todos estamos pasando por el mismo dolor por lo que les ha pasado a Mercedes y Francisco, así que no deberíamos...

—Amalia, este asunto no te incumbe —la interrumpió su padre con dureza—. Eres una cría, así que deja que los adultos lidiemos con esto.

—Pero...

—No quiero oír ni una queja. Además, ¿no habéis escuchado a vuestra madre? Estamos de luto por Mercedes, así que debéis ir a prepararos. Esto es algo muy serio.

Eugenia fue la primera en levantarse. Tiró de sus hermanas, obligándolas a ponerse en pie, y las instó a subir a sus dormitorios para poder cambiarse a algo más apropiado para la situación.

Sus padres tenían razón: les esperaba un largo duelo, así que debían estar preparadas.

Capítulo 22

—¿Alguna vez desaparece la culpa?

Mercedes, que estaba acurrucada entre los brazos de Diego, se incorporó para poder mirarlo a los ojos. Era de madrugada, ya habían terminado su guardia, e intentaban dormir, aunque sin demasiado éxito. Últimamente a ambos les costaba mucho pegar ojo. Él le apartó un mechón de pelo que se le había escapado de la trenza y la miró con dulzura. Habían hablado muchas veces de aquello desde la muerte de Francisco: del pesar, de las consecuencias, de la culpabilidad. Si había alguien en el mundo que entendía cómo se sentía Mercedes en aquel momento era, definitivamente, él, así que estaba dispuesto a escucharla relatar lo que había sucedido todas las veces que ella necesitara contarlo, a calmar sus temores y a aconsejarla en lo que pudiera. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para aliviar, en parte, la pesada carga que la joven se había echado sobre los hombros y que la acompañaría durante el resto de sus días.

—Con el tiempo disminuye, aunque nunca se va del todo —respondió con franqueza—. Han pasado diez años y a veces aún sueño con ese momento. Nunca fue mi intención matarlo, fue en legítima defensa, pero todavía me pregunto si podría haber actuado de otra forma, si podría haber escapado de mi padre sin acabar con su vida. Pero entonces recuerdo que era solo un crío asustado y desesperado y trato de ser indulgente conmigo mismo.

—Yo no soy una cría asustada.

—No, pero él te estaba llevando al límite. Amenazó a toda tu familia, intentó hacerte daño... y tú te defendiste. Tu intención jamás fue causarle ningún mal, Mercedes.

—No me quito de la cabeza sus ojos —susurró—. Cada vez que cierro los míos, veo en mi mente su mirada perdida y vacía. Sin chispa, sin vida.

—No puedo prometerte que vayas a olvidarte de eso, mas sí que el paso del tiempo diluirá lo que sientes ahora mismo. —Le acarició la mejilla y ella suspiró y volvió a enterrar la cabeza en su pecho—. Sé que es difícil, pero no puedes permitir que la culpa te consuma.

—Pero soy culpable de su asesinato —insistió ella, al tiempo que se envolvía aún más en la manta que la cubría. Desde que había matado a Francisco siempre tenía frío. Daba igual las capas de ropa que se pusiera, siempre lo sentía dentro de ella—. Si no me hubiera seguido, si no

hubiéramos discutido...

—No te culpes por sus decisiones. Fue él quien quiso seguirte, a pesar de que era evidente que tú no querías que lo hiciera; fue él quien intentó arrastrarte de nuevo hacia Ronda, aunque tú le dejaste bien claro desde el principio que no ibas a regresar para casarte con él.

—Supongo...

—Sé que ahora mismo es difícil de entender, pero esto ha sido solo un lamentable accidente.

Diego le besó la frente y la estrechó con más fuerza. Ojalá pudiera matar su pena, ojalá pudiera hacer que todo ese dolor desapareciera, pero entendía que tenía que pasar por todas las fases para poder asumir lo que había sucedido y continuar con su vida, así que se limitaría a sostenerla y apoyarla hasta que pudiera hacerlo sola. O, al menos hasta el final del viaje. Aunque cada vez le apetecía menos separarse de ella.

Cuando llegó la mañana, volvieron a ponerse en marcha. Después de tantas emociones y jornadas agotadoras, apenas hablaban, así que los cuatro se limitaron a cabalgar en silencio, perdidos en sus pensamientos, durante horas hasta que el hambre los hizo detenerse para descansar.

—¿Creéis que llegaremos pronto a Madrid? —preguntó Jonás mientras comían algunos restos de la noche anterior.

—Calculo que en una o dos jornadas —contestó Diego, de forma distraída—. O, al menos, eso creo. Cada vez nos encontramos con más diligencias y viajeros, así que deduzco que estamos cerca.

—¿Sabe ya qué hará cuando la dejemos allí? —intervino, de nuevo, Jonás, dirigiéndose esa vez a la joven—. ¿Cómo llegará a Francia?

—Aún no estoy muy segura, pero supongo que no me costará demasiado encontrar alguna diligencia que vaya hacia el norte. Desde allí, será solo cuestión de tiempo salir del país. Aunque creo que no respiraré tranquila hasta que esté pisando suelo galo y nadie pueda ajusticiarme.

—Dudo que puedan encontrarla una vez llegue a la capital. Podrá camuflarse entre los cientos de viajeros y no darán con usted. Será como si se hubiera esfumado.

Mercedes suspiró al escuchar aquello. Solo esperaba que Jonás tuviera razón y que aquella pesadilla concluyera en cuanto se difuminara entre los miles de habitantes de la capital, en cuanto se convirtiera en una joven más sin ningún pasado que la condicionara, sin ningunas expectativas que cumplir. Cuando dejara de ser la primogénita del marqués de Arquería, la antigua prometida y asesina de Francisco de los Ríos, y se convirtiera solo en Mercedes.

Y, sin embargo, había algo que hacía que sus ganas de llegar a Madrid disminuyeran. Miró a Diego de reojo. Parecía absorto en su almuerzo, casi como si no quisiera oír hablar del fin de aquel viaje. La primera noche que estuvieron juntos, le dijo que iba a echarla de menos y la verdad era que ella también lo haría. No quería despedirse de él, no quería dejarlo marchar. Jamás había conocido a nadie que la hiciera sentirse tan a gusto, que la entendiera tan bien. A pesar de que venían de lugares totalmente diferentes, de que sus vidas habían discurrido de

formas completamente opuestas, Diego la comprendía como nadie en el mundo. Separarse iba a ser una de las cosas más difíciles de aquel viaje.

Nada más terminar el almuerzo, volvieron a ponerse en marcha. Mercedes se aferró a la cintura de Diego con todas sus fuerzas, como no había hecho hasta ese momento, y apoyó la cabeza en su espalda. El bandolero, al que aquello no le pasó desapercibido, hizo un gesto a sus compañeros para que siguieran avanzando y redujo la marcha. Mercedes alzó la cabeza, sorprendida por aquel cambio, aunque no habló hasta que Jonás y Matías estuvieron a una distancia considerable.

—¿Qué sucede?

—Justo eso iba a preguntarte yo. —Giró la cabeza por encima del hombro y la miró—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. ¿Por qué preguntas?

—Nunca me habías abrazado con tanta fuerza.

Mercedes apartó la mirada, avergonzada porque él se hubiera percatado de aquello. Incluso notaba las mejillas sonrojadas.

—Pensaba en Madrid.

—¿Estás asustada?

—Sé que debería, pero tengo tantas ganas de dejar atrás a los guardias que no lo estoy —le confesó—. Solo quiero olvidarme de todo lo que ha sucedido durante este viaje y poder comenzar la nueva vida que tanto añoro muy lejos de aquí.

—¿Todo *todo*?

Ella dibujó una pequeña sonrisa, consciente de lo que quería decir aquella pregunta.

—No, claro que no. A ti no quiero olvidarte y, de hecho... —Se encogió de hombros y, por fin, volvió a mirarlo a los ojos—. De hecho, si te he abrazado con tanta fuerza es porque no quiero soltarte, Diego. Así que no, no quiero olvidarme de ti ni de lo que ha sucedido entre nosotros.

—Yo tampoco quiero hacerlo, Mercedes. No quiero dejarte ir justo ahora, pero sé que debo hacerlo. No puedo retenerte solo porque quiera protegerte y cuidarte.

—No necesito que nadie me proteja o me cuide.

Diego sonrió y detuvo su montura por completo. Le alegraba ver que, a pesar de todo lo que había sucedido en los últimos días, no había perdido su determinación. En ese momento volvió a ver a la dama que los había detenido en mitad del bosque para exigirles que la escoltaran a la capital, a la misma que se había negado a dejarse ayudar para subir a la yegua.

—Eso me lo has dejado muy claro, tranquila. Y jamás osaría pensar que no puedes sobrevivir sin mi ayuda. Aunque...

—¿Aunque...?

—Aunque sé que no estás pasando por tu mejor momento y me va a costar mucho dejarte ir justo ahora.

Los ojos de Mercedes se aguaron porque ella se sentía de la misma forma, porque sabía que no volvería a encontrar a nadie que la sostuviera como él lo hacía, porque había estado en su momento más oscuro y no la había juzgado. Diego le había limpiado la sangre de las manos, la había dejado llorar abrazada a él en mitad de un río, la había escuchado repetir las mismas preguntas una y otra vez. Y no había puesto ni una mala cara. Todo en él había sido comprensión.

—A mí también.

No añadieron nada más. Ninguno se atrevió a pedir nada, a soñar con un futuro que ambos añoraban sin saber que el otro se sentía de la misma forma.

Tras unos segundos de silencio, Diego se giró de nuevo hacia el frente y reanudó la marcha. Mercedes volvió a abrazarlo con la misma fuerza y a apoyarse en él. Si aquellas iban a ser sus últimas horas juntos, no pensaba soltarlo.

Capítulo 23

Cuando por fin divisaron, al día siguiente, la silueta de Madrid, Mercedes sintió por primera vez en días que, por fin, podía respirar. Los cuatro se detuvieron para contemplarla desde lejos. Tan grande, tan imponente. No era comparable a nada que ninguno de ellos hubiera visto antes; ni siquiera la joven, que había visitado ciudades como Sevilla o Granada.

—Bienvenidos a Madrid —anunció Diego—. Final de nuestro camino juntos.

—Es impresionante —murmuró Matías—. Podríamos perdernos ahí sin que nadie nos encontrara jamás.

—Es una auténtica vorágine de gentes con sus propias historias y aventuras —añadió Mercedes, que se había aupado para poder ver mejor por encima del hombro de Diego—. Es una maravilla.

Se bajaron de los caballos y se apartaron del concurrido camino para poder hablar de cómo procederían a partir de aquel momento. A pesar de que lo habían acordado en su primer encuentro, habían cambiado tantas cosas que debían tratar aquel asunto de nuevo.

—Quedamos en que me dejaríais en un punto seguro a las afueras de la ciudad —dijo Mercedes—. Este no me parece un lugar peligroso y creo que podré llegar sola.

—No vamos a dejarte aquí —replicó Diego antes de que pudiera añadir nada más—. Ni pensarlo.

—¿No eras tú quien decía que no pensaba arriesgarse a que detuvieran a sus hombres?

—Y sigo opinando lo mismo, pero Matías tiene razón: aquí hay tanta gente que podremos camuflarnos sin llamar la atención, así que podremos acompañarte al menos hasta que llegues al centro de la ciudad y sepas cómo continuar con tu viaje.

—Puedo hacerlo sola. Además, a vosotros os espera un largo camino de regreso a Ronda. —Se llevó la mano al pequeño bolso en el que aún guardaba el dinero y sacó la bolsa, que Jonás aceptó de buena gana—. Usad algunas de estas monedas para pagaros una habitación en alguna venta y una buena cena. Os lo habéis ganado después de traerme aquí sana y salva.

—Bueno, hemos tenido algunos problemas...

—Que habéis sabido solventar —insistió Mercedes—. De no ser por vosotros, Francisco me

habría llevado a rastras de vuelta a Ronda o los guardias me habrían apresado por su asesinato. Así que os debo mi libertad.

—Aun así, insisto en acompañarte —volvió a tomar la palabra Diego, que no parecía dispuesto a rendirse.

—Ya te he dicho que puedo hacerlo sola...

—Sé que puedes, pero no quiero que lo hagas porque no me gustaría despedirme tan pronto de ti. Quiero pasar hasta el último minuto que pueda a tu lado.

Aquella respuesta hizo que el corazón de Mercedes empezara a latir con tanta fuerza que temió que se le saliera del pecho. Era una de las frases más tiernas que le habían dicho en su vida y eso que había sido la amante de un poeta.

—Está bien, supongo —accedió finalmente en parte por lo emocionada que seguía por aquellas palabras y en parte porque ella también quería retrasar todo lo posible aquella despedida—. Pero no quiero que os arriesguéis demasiado, así que no hace falta que me acompañéis hasta el mismísimo centro de la ciudad.

—Te dejaremos en alguna calle segura y nos marcharemos, te lo prometo.

Volvieron a subirse de nuevo a las monturas y se unieron a las decenas de personas que, al igual que ellos, terminaban su largo viaje a la capital. Se internaron entre las primeras casas y, antes de darse cuenta, se encontraron rodeados por el más absoluto caos y los edificios más grandes que habían visto en su vida. Absortos por aquello, siguieron avanzando, dejándose arrastrar por la masa de personas que sí que parecían saber hacia dónde iban, mientras contemplaban, asombrados, todo a su alrededor.

—Es lo más increíble que he visto jamás —le confesó Diego a Mercedes, haciendo un esfuerzo por hacerse oír por encima del ruido que los envolvía—. Nunca pensé que vería algo tan... mágico.

—Si Madrid es así, me muero por saber cómo será el resto del mundo.

Él se giró para mirarla y no pudo evitar sonreír al darse cuenta de cómo relucían sus ojos. No la veía tan emocionada desde hacía días, así que le alegraba comprobar que nada de lo que había sucedido durante el viaje había aniquilado por completo sus ansias de aventuras y aquel espíritu indómito que tanto echaría de menos.

Vagaron durante largo rato, hasta que encontraron un lugar transitado, pero no tan abarrotado como los demás, y pensaron que sería un buen sitio donde detenerse y enfrentarse de una vez por todas a la tan temida separación.

—Cuídense mucho, Mercedes —le dijo Jonás mientras la abrazaba—. Y disfrute de su libertad.

—Muchísimas gracias por todo, de verdad —respondió ella. Lo soltó y abrazó también a Matías—. Han sido la mejor de las compañías para este viaje.

Cuando por fin llegó el turno de despedirse de Diego, este carraspeó y les hizo un gesto a sus compañeros.

—¿Podríais darnos un minuto? —les pidió.

—Por supuesto. —Jonás no pudo ocultar una sonrisa socarrona que en cualquier otra ocasión lo habría hecho poner los ojos en blanco. Pero en ese momento, cuando estaba a punto de separarse de aquella mujer que tanto le gustaba, no le prestó demasiada atención.

Los dos hombres se marcharon y Mercedes y Diego se quedaron, al fin, solos. Permanecieron en silencio, mirándose a los ojos como si sus miradas fueran capaces de expresar todo lo que sus labios no se atrevían a pronunciar.

Que se echarían mucho de menos.

Que ninguno de los dos quería separarse.

Que habían encontrado en el otro un refugio y una comprensión que jamás habían esperado.

Que, aunque pudiera parecer apresurado, habían empezado a sentir cosas el uno por el otro gracias a tantas noches de charlas, a las risas, a las caricias y a los besos que habían compartido en las últimas jornadas.

—Ha estado bien, ¿verdad? —dijo finalmente ella.

—Un camino algo accidentado, pero entretenido —confirmó él—. Voy a extrañarte muchísimo.

—Yo a ti también. Ha sido un placer compartir este viaje contigo, Diego.

—El placer ha sido todo mío, créeme.

Volvieron a quedarse en silencio, dejando que sus ojos hablaran por ellos. Mercedes dio un paso al frente y abrazó al bandolero, que no tardó en rodearla con sus brazos y estrecharla con fuerza, sin importarle lo más mínimo lo que pudieran pensar las decenas de personas que los rodeaban.

Alargaron aquel momento todo lo que pudieron y cuando se separaron, a desgana, no pudieron resistirse y compartieron un último beso lleno de esperanzas que nunca se harían realidad.

—Cuídate mucho, ¿vale? —le susurró él, con las manos aún apoyadas en sus mejillas—. Y recorre cada rincón del planeta.

—Y tú ten mucho cuidado y no dejes que ningún guardia te atrape —contestó ella, sin moverse ni un milímetro. No quería que la soltara, aunque sabía que en apenas unos minutos tendría que hacerlo—. Aún te queda mucha guerra que dar.

—No quiero irme, pero creo que tengo que hacerlo, ¿verdad?

—Eso parece.

—Adiós, Mercedes. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—Adiós, Diego. No voy a olvidarme de estos días y de todo lo que has hecho por mí en lo que me queda de vida.

Se separaron y Mercedes contempló, inmóvil, cómo el joven se subía a su yegua y avanzaba entre la multitud, alejándose de ella para siempre.

Y, de repente, una sacudida la recorrió de arriba abajo. ¿Pero qué estaban haciendo? ¿Por qué estaba dejándolo marchar? No podía permitir que la persona que mejor la comprendía en el mundo desapareciera de su vida de aquella manera. No podía dejar que aquel bandido del que se

estaba enamorando poco a poco y casi sin querer se marchara.

Podía recorrer el mundo ella sola, pero prefería hacerlo cogida de su mano.

—¡Diego, espera!

Echó a correr mientras lo llamaba. Él se giró, sorprendido, y le dedicó una mirada interrogante antes de descender de nuevo de la montura.

—¿Qué sucede?

—No te vayas —le espetó sin rodeos y casi sin pararse a pensar lo que estaba haciendo, por si se echaba atrás—. No quiero que esto sea un adiós.

—Creía que querías recorrer el mundo.

—Y quiero, pero... ¿por qué tengo que hacerlo sola?

—¿A qué te refieres?

Mercedes tomó una bocanada de aire, armándose de valor. Ni siquiera sabía muy bien por dónde empezar, pero sí que, si no lo hacía, acabaría arrepintiéndose el resto de su vida por no haberlo al menos intentado.

—Ven conmigo —le pidió—. Recorramos el mundo los dos juntos, cuidando el uno del otro como hemos hecho estos días, compartiendo momentos de risas y de llantos. Sé que no tengo derecho a pedirte esto porque nos conocemos desde hace solo unas semanas y entenderé que no quieras dejar tu vida para perseguir una aventura, pero... piénsalo. Podríamos conocer lugares aún más increíbles que este, cruzar océanos y descubrir el mundo. Iríamos a todos los rincones, a todos los confines, y viviríamos momentos únicos. No puedo prometerte un matrimonio, ni un hogar al que volver cada noche. Nunca seré una de esas esposas cándidas que aguardan a su marido en casa y que se cuelgan de su brazo para que puedan lucirlas por ahí. Pero sí que puedo prometerte una vida llena de aventuras juntos. Así que ¿qué me dices, Niño Bonito? ¿Te apetece viajar conmigo el resto de tus días?

Los segundos que Diego tardó en contestar fueron los más largos de la vida de Mercedes. Durante esos instantes se planteó tantas posibilidades, y todas tan terribles, que empezaron incluso a temblarle las piernas. ¿Y si pensaba que estaba loca y el recuerdo de lo que habían vivido acababa aún más manchado de lo que ya estaba? Pero cuando vio cómo él dibujaba una pequeña sonrisa, todos sus nervios se aflojaron.

Supo lo que iba a decir antes de que él pudiera abrir la boca y darle la respuesta que tanto ansiaba escuchar.

—Nada me gustaría más que pasar el resto de mi vida viviendo aventuras contigo. Así que elige el destino y marchémonos porque no puedo esperar a descubrir qué nos depara el futuro.

Volvieron a besarse, provocando unos murmullos a su alrededor que a ellos no podían importarles menos. Sabían que aquello era una locura, que podía torcerse en cualquier momento, pero no querían pensar en aquella terrible posibilidad.

Aquel era el primer paso de un largo camino que ansiaban recorrer cogidos de la mano.

Epílogo

Estimados padre y madre; queridas Eugenia, Margarita y Amalia:

Supongo que no esperarían recibir esta carta después de todo lo que ha sucedido, pero no podía marcharme del país sin darles una explicación de mis actos.

Empezaré por la primera mentira: no me secuestraron, sino que hui en mitad de la noche para evitar mi enlace con Francisco. Hace un tiempo me di cuenta de que no podía pasar el resto de mis días junto a un hombre al que no amaba y al que solo movía la ambición política. La vida en sociedad que me ofrecía ya no me bastaba. Yo quería mucho más y es por eso por lo que decidí huir antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que un marido y unos hijos me lastraran.

No ha sido un camino fácil, pero no he estado sola. Conseguí ayuda de unos bandoleros para llegar hasta Madrid. Desde allí, he continuado mi viaje hasta Francia. No sé dónde estaré cuando reciban estas palabras, pero sí que ya habré abandonado España para siempre. Aunque no lo hago sola, pues uno de esos bandoleros ha decidido unirse a mi viaje y vamos a recorrer el mundo junto. No teman: es un buen hombre al que la vida no siempre ha tratado bien, pero con un corazón puro y amable.

Espero que no me odien por mis acciones y, especialmente, por la muerte de Francisco. Nunca fue mi intención hacerle daño, nunca quise convertirme en una asesina ni una forajida. Cuando me encontró, trató de llevarme a casa por la fuerza. Discutimos, forcejeamos... y él cayó y se golpeó la nuca con una piedra. No pude hacer nada por su vida. Cuando llegué a su lado, ya estaba muerto y no me quedó más remedio que salir corriendo para que no me atraparan y ajusticiaran. Pero créanme cuando les digo que esta será una culpa con la que cargaré hasta mi último suspiro.

No sé cómo ha reaccionado la sociedad a la noticia de esta muerte y de mi huida, pero espero que esto no les repercuta de forma negativa. Mis hermanas no merecen que nadie las castigue por algo que hice yo. Ellas tienen derecho a vivir la vida que más les plazca sin que otras personas dicten su destino por ellas. Espero que tengan la mejor de las suertes y que sean muy felices. Desde la distancia, su hermana mayor siempre pensará en ellas.

Espero que ustedes no me guarden rencor por lo que ha sucedido y que me entiendan. Sé que tenía unas responsabilidades y que he huido de ellas en lugar de acatarlas como siempre me habían inculcado, pero intenten entenderme. Yo no nací para encerrarme en una casa, ni para ser una marquesa casada con un político despiadado. Tengo que ser libre.

No puedo darles una dirección a la que escribirme porque no sé dónde me quedaré ni cuánto tiempo pasaré allí. Mi intención es recorrer cada recodo del mundo, por lo que dudo estar mucho tiempo en un único lugar. No obstante, les escribiré siempre que pueda para que sepan que estoy bien y no se preocupen

por mí. Enviaré las cartas a casa de Mari Paz para no levantar sospechas y que nadie descubra que intercambian correspondencia con una fugitiva. Estoy segura de que a ella no le molestará hacérselas llegar.

De nuevo, espero que la sociedad no les juzgue con dureza por mis actos y ustedes me perdonen por marcharme de esa forma y ni siquiera despedirme. Pero sé que, de haberlo hecho, me habrían retenido.

Tengo que despedirme ya. Deséenme la mejor de las suertes en esta nueva aventura pues voy a necesitarla. Aunque, como ya les he dicho, tengo la mejor de las compañías.

Un afectuoso saludo y muchos besos a mis hermanas.

Mercedes, que siempre los querrá y pensará en ustedes.

Nota de autora

Esta historia no está basada en hechos reales, aunque los lugares en los que se ambienta sí que existen. Además, a pesar de que me he documentado para que esta novela fuera fidedigna a la España isabelina, me he tomado algunas licencias narrativas.

Por otra parte, es más que evidente que *La perla y el bandido* bebe directamente del mito romántico del bandolerismo (al fin y al cabo, soy una niña de los 90 que se crio viendo episodios de *Bandolero* en La Banda de Canal Sur). Diego y sus compañeros representan a esos bandoleros de buen corazón que se han visto obligados a llevar esa vida por culpa de un cruel destino, unos Robin Hood del siglo XIX que se dedican a robar, pero también a ayudar a aquellos que lo necesitan. Mi intención con esta historia no es representar de forma cien por cien verídica la vida de estos bandidos, sino contribuir humildemente a que el mito romántico que tanto me ha fascinado desde pequeña no desaparezca. Y espero haberlo logrado y que hayas disfrutado de esta aventura.

PD: Si tienes curiosidad por saber más de Amalia, no te vayas muy lejos porque quizás en unos meses te lleves una sorpresa.

Agradecimientos

En primer lugar, como siempre, quiero darles las gracias a mis padres por todo su apoyo. También a mis amigas, que se alegran de cada una de estas publicaciones y me animan a seguir escribiendo.

Gracias también al Ayuntamiento de Ronda por dejarme bucear en su archivo histórico para poder documentarme. Gracias a esto encontré datos tan valiosos como el nombre del alcalde de aquella época o planos de la ciudad que me ayudaron a ubicarme mejor.

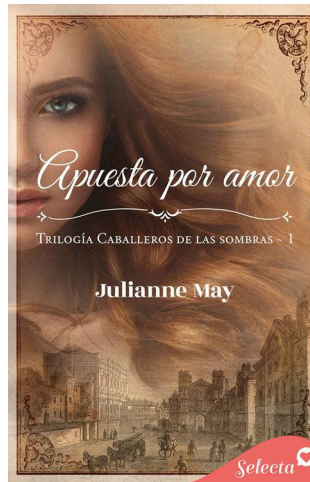
Por último, gracias a todo el equipo de Selecta que me acompaña novela tras novela. A Lola Gude, mi editora, que me animó a lanzarme a la aventura de la romántica histórica cuando le comenté esta idea; a Juanjo, mi corrector, a Bárbara, que ha diseñado la maravillosa cubierta; y a todos los que, en definitiva, trabajan día a día para que todas estas historias lleguen hasta las manos de las lectoras. Nada de esto sería posible sin todos y cada uno de ellos.

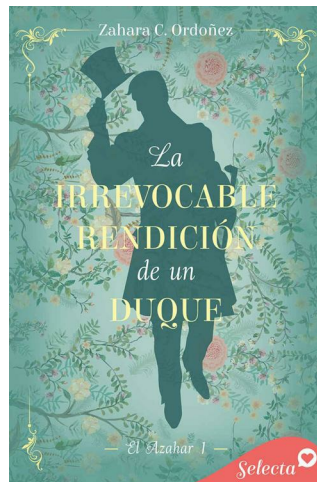
Y, por supuesto, gracias a ti, querida lectora, por darle una oportunidad a esta novela. Espero que hayas disfrutado con las aventuras (y desventuras) de Mercedes y que nunca olvides que no hay cadenas lo suficientemente fuertes para atar unas alas deseosas de libertad.

Si te ha gustado

La perla y el bandido

puedes disfrutar de estas





«No quería una vida monótona. No quería rezos y ajuares. Quería seguir sintiéndose viva y sabía que solo podría lograrlo si se marchaba».



Mercedes Díaz de Medina y Quevedo, la primogénita y heredera del marqués de Arquería, sabe perfectamente los pasos que tiene que seguir en su vida. Sin embargo, tras un breve idilio con Leopold, un poeta romántico inglés que está de paso en Ronda, se replantea toda su existencia. Casarse con Francisco de los Ríos, un prometedor político con un carácter de hielo, ya no le parece tan buena idea. De repente ve el matrimonio como una cadena que la mantendrá atada para siempre, una cárcel que jamás le permitirá ser libre y hacer lo que le plazca.

Cuando la vida de una de sus amigas cambia de forma radical, Mercedes decide huir y toma una decisión desesperada: se irá al monte y contratará a una cuadrilla de bandoleros para que la escolte hasta Madrid desde donde podrá marcharse a Europa sin que sus familiares puedan encontrarla. Es así como conoce a Diego.

Diego, alias «el Niño Bonito», es un bandolero que siempre está dispuesto a ayudar a aquellos que verdaderamente lo necesitan, así que, cuando se encuentra con Mercedes accede a acompañarla por una suma de dinero. Sin embargo, el camino hasta Madrid es largo y, tras pasar tanto tiempo juntos, puede que las chispas empiecen a saltar entre ellos. Pero Francisco no está dispuesto a rendirse y hará todo lo que sea necesario para traer a su prometida de vuelta.

Una huida a contrarreloj, un bandolero con buen corazón y una dama dispuesta a todo por conseguir su libertad.

Mia Heywood es el seudónimo para novela histórica de la escritora María Heredia (Estepona, 1995). Enamorada de la literatura y el siglo XIX, Jane Austen es su autora de cabecera (aunque suene a cliché) y le encantan las historias que la transportan a la época del Romanticismo, la Regencia o el reinado de la reina Victoria. *La perla y el bandido* es su primera incursión en la romántica histórica, pero no será la última.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2024

© 2024, Mia Heywood

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-54-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

La perla y el bandido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mia Heywood

Créditos